

ANDRÉS MUÑOZ Y CAÑIZARES



JUBILEO.

S. F. DE

1900

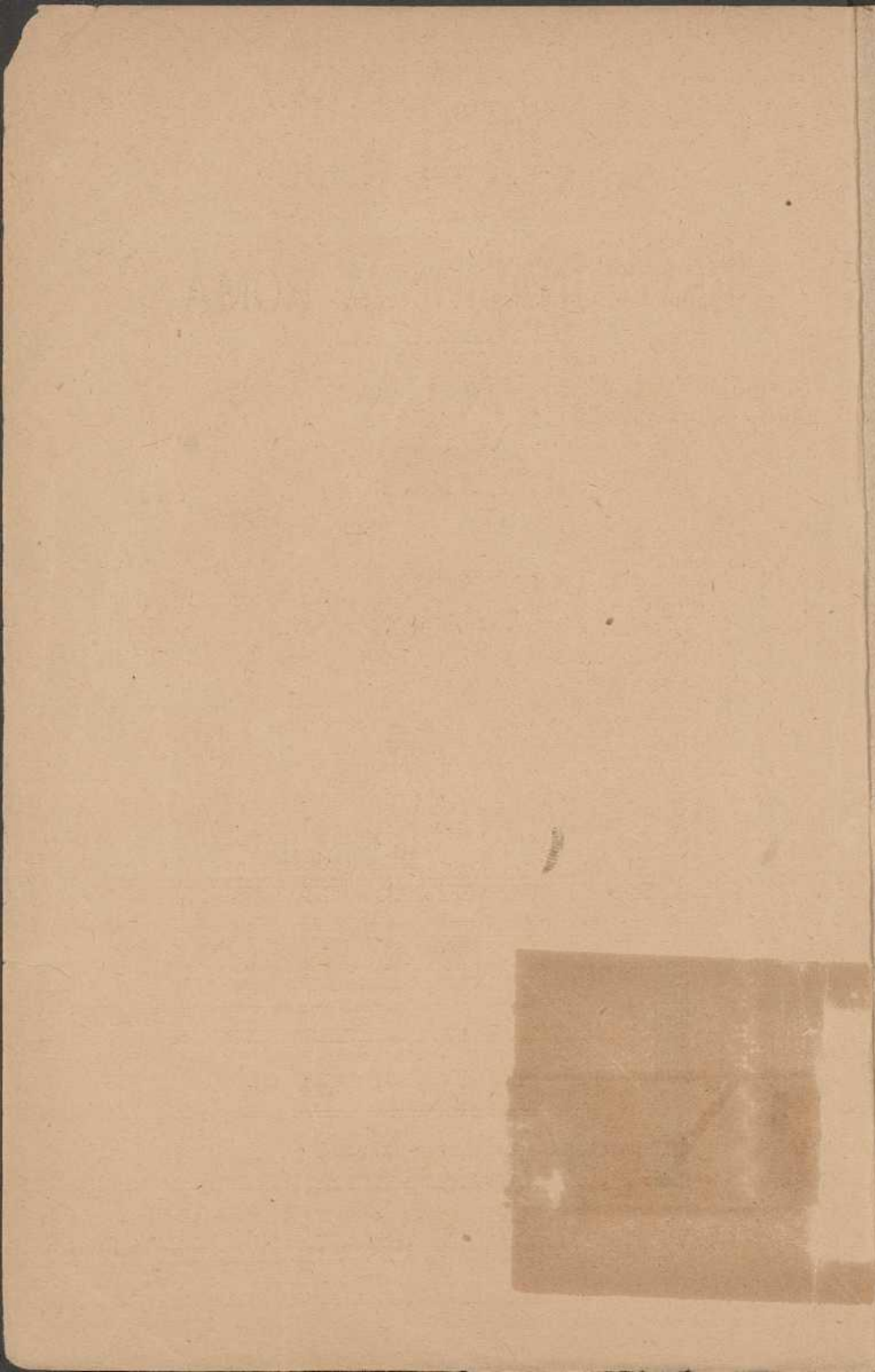
Peregrinación á Roma

MIS IMPRESIONES



S.L.C.

37-6



403256

210-14841

S.L.C.

37-6

JUBILEO DE 1900

PEREGRINACIÓN A ROMA

MIS IMPRESIONES

POR EL

Lic. D. Andrés Muñoz y Cañizares

GURA ECÓNOMO DE

CALZADA DE CALATRAVA

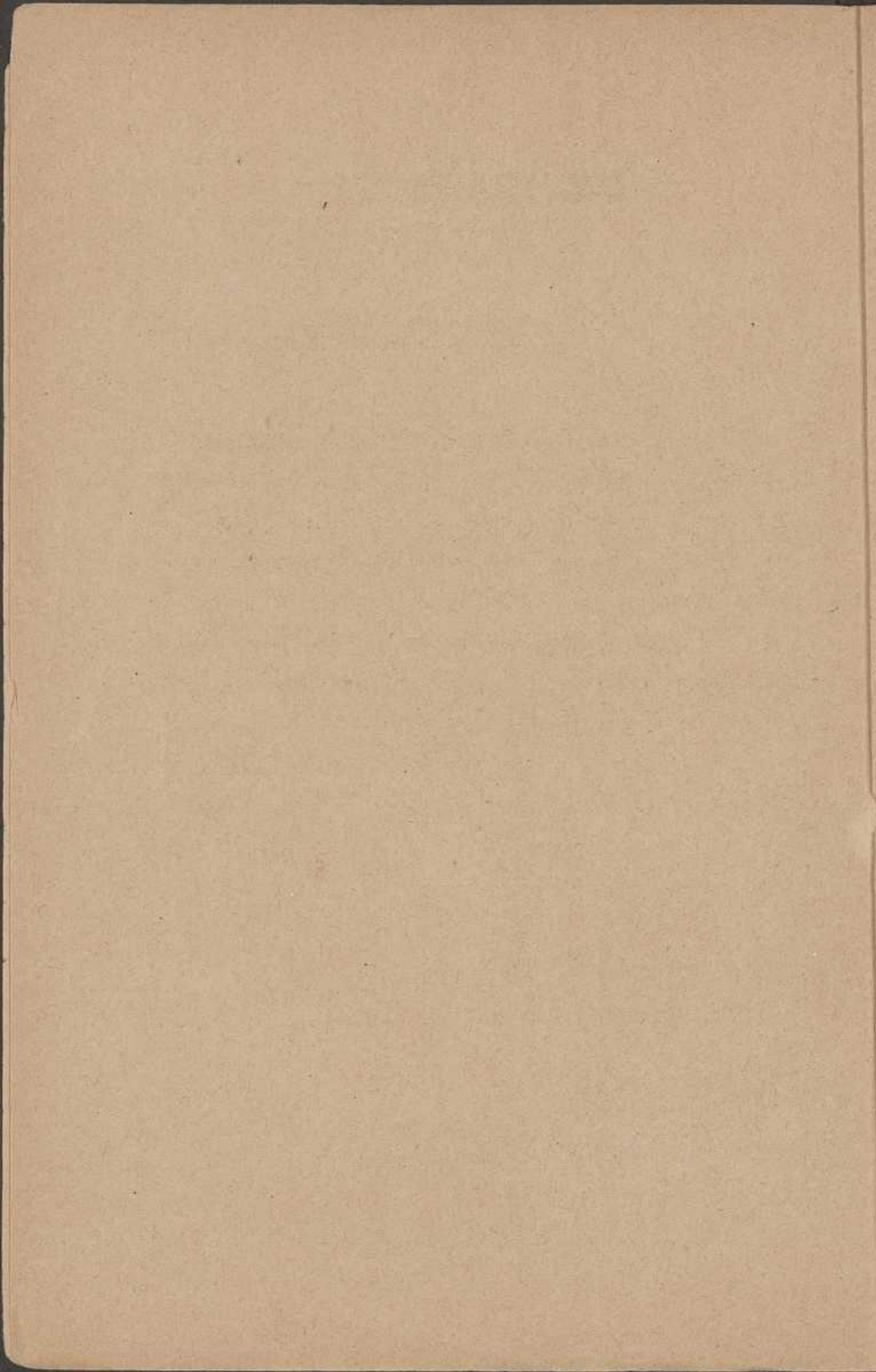
Con licencia de la Autoridad Eclesiástica

CIUDAD-REAL

IMPRENTA DE RAMÓN C. RUBISCO

10-Calatrava-10

R. 13357



DEDICATORIA

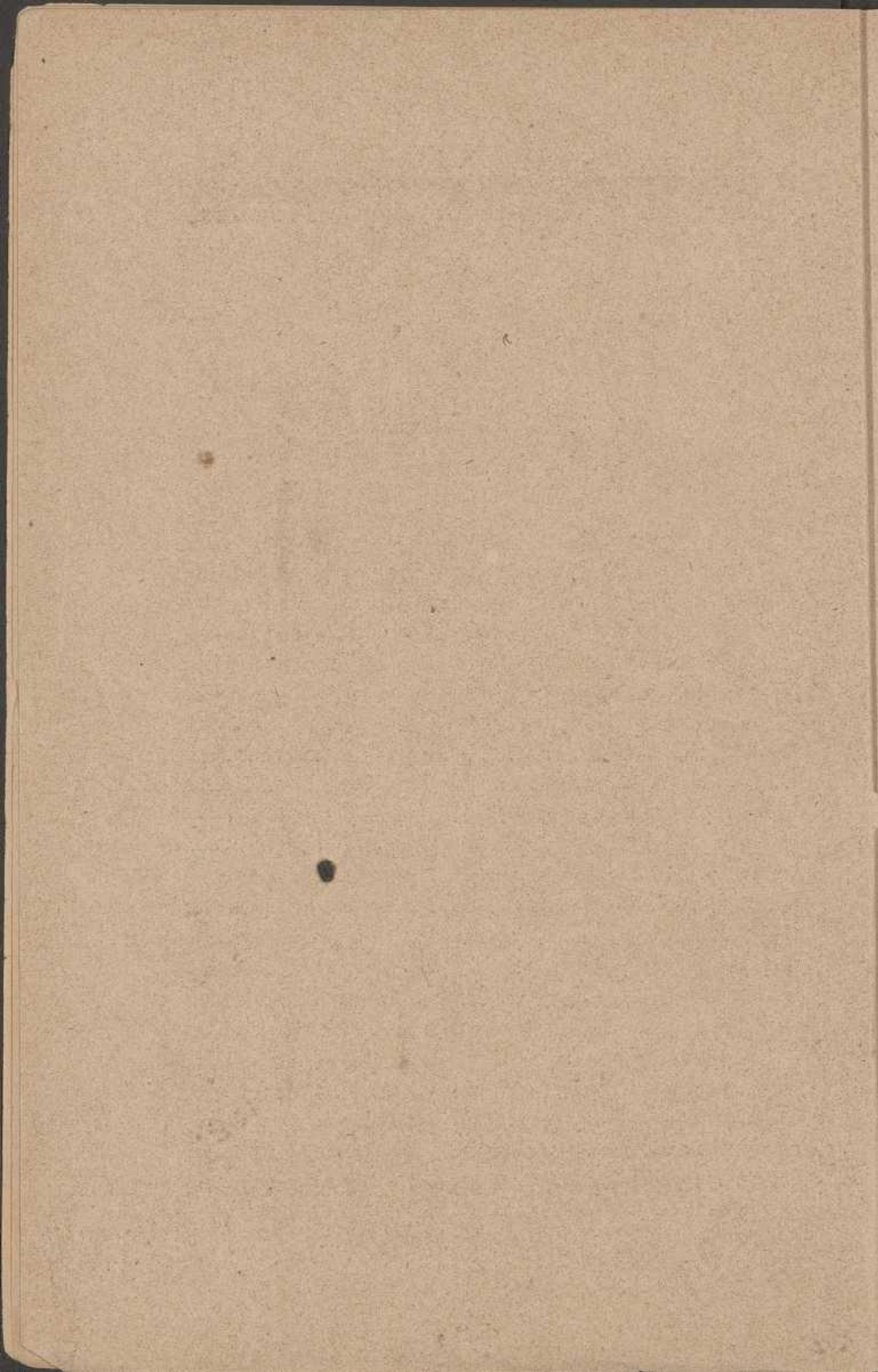
Sr. D. Inocente Hervás.

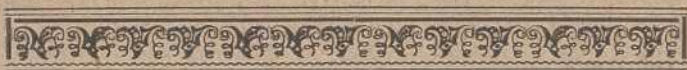
Cuando me decidí á publicar *Mis impresiones* pensé también que á usted debía dedicárselas: mi párroco primero, mi maestro después y siempre mi leal amigo y solícito compañero, me creí obligado á responder, siquiera una vez, á sus muchos y mayores beneficios.

Nada vale y menos significa esta obrita; pero, como sea, dignese usted aceptarla: ella será una débil muestra de gratitud y una manifestación de cariño al maestro, al amigo y al compañero. Al aceptarla, no olvide usted que la firmo en Granátula, cabe la augusta y tutelar sombra de la Virgen de Zuqueca, fiesta de la Natividad de mil novecientos.

Suyo siempre

*Andrés Muñoz
y Cañizares.*





PRÓLOGO



En revistas y periódicos, libros y folletos se ha escrito de Roma hasta la saciedad en todos los países y en todos los tiempos. Su historia, sus monumentos y sus leyes, sus glorias y sus desastres están delineados en todos los idiomas del mundo, porque á todas partes llevó sus códigos, sus costumbres y su civilización pagana á cambio de los Dioses que adorara en el *Pantheon*. Y cuando los Césares se trasladaron á la Bizancio del Bósforo y la Cruz se levantó erguida y vencedora sobre el *Capitolio* iluminando las conciencias y dominando los corazones con el suave yugo del Evangelio, llevó también Roma su influencia á todos los países con las enseñanzas de sus Papas, el ejemplo de sus mártires y las concepciones de sus artistas. Si pagana fué la dominadora del mundo, cristiana fué la señora de las naciones.

Por esto es tarea, poco menos que imposible, al menos para mí, decir algo nuevo de Roma, más imposible aún dar novedad á lo conocido; y aun intentado y conseguido á satisfacción, entiendo, que pocos detalles podría añadir á ese acabado y majestuoso cua-

dro, que, de Roma, nos presenta en sus páginas la Historia.

No voy á hacer la del Imperio, porque el mundo sabe lo que hicieron los Emperadores, ni seré tampoco el apologista de los Papas, pues es sabido, que los sucesores de San Pedro salen de las catacumbas y son el faro luminoso en los naufragios de la inteligencia y del corazón; la base y el sostén de la civilización y la libertad; los árbitros entre los príncipes; el alma de aquellas gigantescas empresas de los cruzados; los que salvaron á Europa de las brutales irrupciones de los sarracenos. Y si á veces levantaron el juramento de obediencia de los pueblos á sus reyes, fué para hacer la justicia y ennoblecir la soberanía, reprimiendo así las torpes ambiciones de los poderosos de la tierra.

Condena con razón la civilización la ominosa esclavitud, y nadie ignora, que los Romanos Pontífices la condenaron de todos los modos y emplearon todos los medios para abolir ese infame tráfico de carne humana, afrenta y baldón de la humanidad y negra laguna de las antiguas legislaciones que la ampararon y permitieron.

Y, ¿quién no sabe cuáles fueron siempre los anhelos de la Santa Sede en proteger las ciencias y las artes? Los Papas las favorecieron y fomentaron, no solo dentro de sus estados si que también en todas las naciones del mundo, haciéndose meritorios de los respetos de las sociedades y de los aplausos y bendiciones de los pueblos.

Ni siquiera hablaré del Pontificado en el siglo que agoniza, porque todos lo hemos visto grande y glorioso, siendo, conforme á su misión divina y tradiciones seculares, el baluarte inexpugnable de la fé, la

invencible fortaleza contra la que se han estrellado las desbordadas iras de la revolución y la demagogia, que, odiando toda religión positiva y todo principio de autoridad, ha convergido al Pontificado todos los tiros de sus satánicas pasiones, suscitando terribles tempestades, que, después de conmover las naciones y derribar los tronos entre ruinas y sangre, pone su mano sacrílega en Roma sumiéndola en la más desoladora anarquía y arrebatando el cetro temporal al Romano Pontífice, reduciendo sus dominios y limitando sus fronteras al *Portone di bronzo* del Vaticano, crimen nefando que Dios consiente para que el mundo tenga una manifestación más de la verdad que encierran estas palabras: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Tampoco es mi ánimo escribir una guía, que pueda servir de tal á nuestros peregrinos, ni hacer un catálogo descriptivo de sus monumentos, porque esta labor requiere tiempo, que no tiene el peregrino, por activo que sea, cierta extensión ó caudal de conocimientos en Historia y sus ciencias auxiliares, especialmente de Roma, y en Bellas Artes; conocer regularmente el italiano y tener facilidades y atrevimiento para presentarse en todos los museos y visitar todos los monumentos. Y aun así, mi trabajo resultaría sin provecho práctico, porque, ¿quién no habrá leído ó escuchado lo que nos han dicho los periódicos ó los peregrinos de San Pedro del Vaticano, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor, San Pablo, San Lorenzo y demás Basílicas é Iglesias de Roma? ¿Quién no conocerá siquiera por esas referencias el Coloseo, los arcos de Tito y Constantino y las Catacumbas? ¿Quién no habrá admirado alguna de sus infinitas é inimitables *Maddonas* con esa expresión,

actitud y corrección espiritualista del arte cristiano.

No intento al escribir estos borrzones delatar nuestra impericia ó nuestro abandono al organizar peregrinaciones, no; creo que no sabemos hacerlo, y mientras no se aprenda es inútil pensar en que nos resulte una organización acabada, perfecta, matemáticamente calculada y llevada á cabo en sus más insignificantes detalles. Siempre una peregrinación, sea nacional, sea diocesana es una manifestación de fé y patriotismo, que se agiganta y crece á medida que es mayor la distancia que nos separa de la Patria, la que oficial ú oficiosamente se representa y cuyos alientos y esperanzas se cantan en el habla nacional. Lo que esto es, lo que se goza y lo que se siente no se puede trasladar al papel: es preciso sentir el entusiasmo y los latidos del corazón, dejar correr las lágrimas y abrir la puerta á todas las expansiones de esos dos amores ingentes ó sublimes que nos arrebatan y enloquecen, el amor á la Religión y el amor á la Patria.

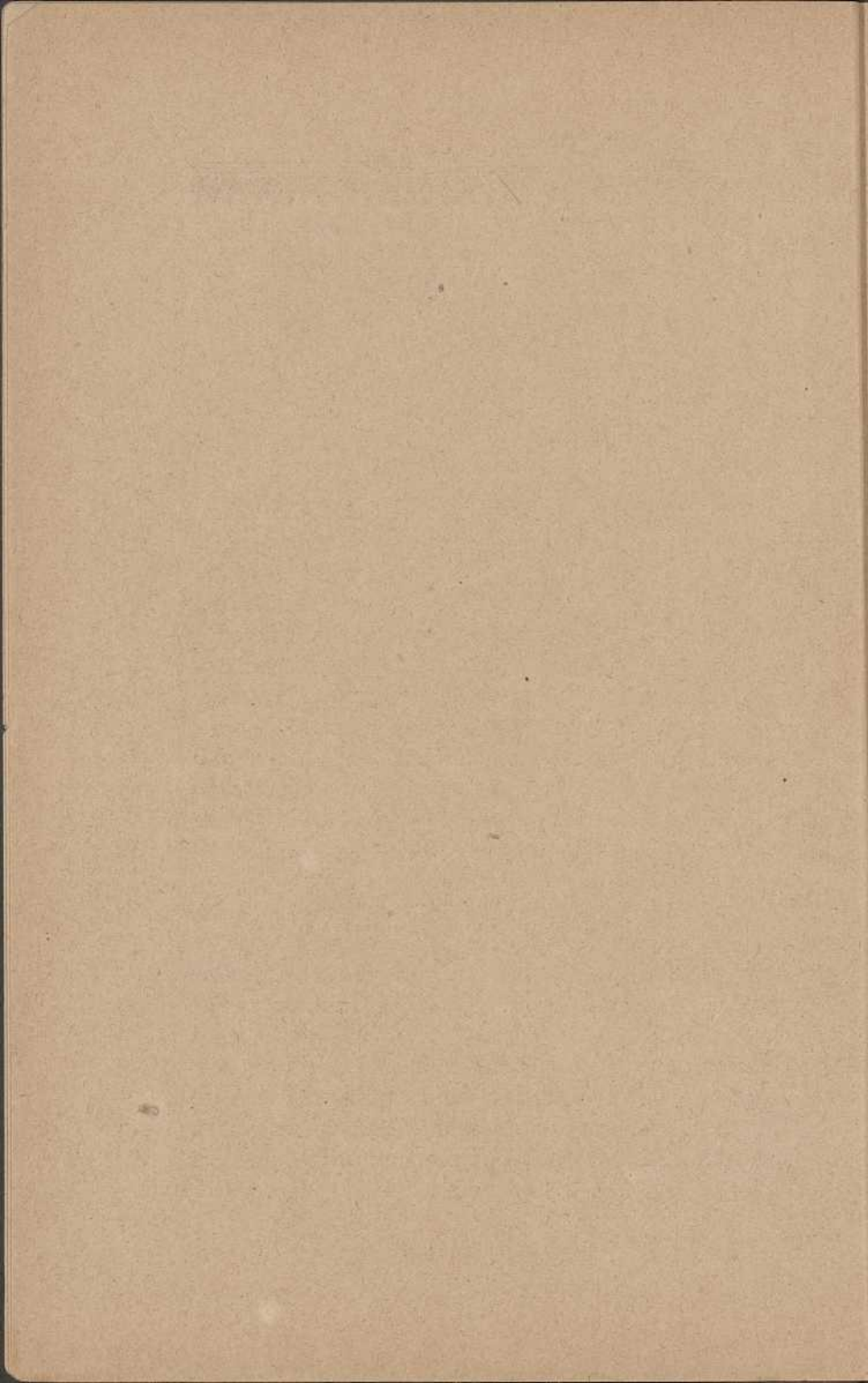
Entretener mis cortos ratos de ocio es mi objeto al escribir «Mis Impresiones», que no serán otra cosa, que una relación escueta, desprovista de adornos y galas, de lo que el peregrino vea y visite, no una descripción analítica y razonada del viajero ilustrado. Fué mi principal objeto lucrar el Jubileo y visitar al Santo Padre León XIII, y á él se subordinan, como muy secundarios todos los demás detalles de la peregrinación, que no son ya objeto del peregrino, sino más bien del que viaja por el placer de visitar famosas ciudades, monumentos célebres y sitios de histórico renombre, ya para enriquecer sus conocimientos, ya también para escribir sus enseñanzas y observaciones en beneficio de los demás.

Tomados estos apuntes desde un wagón del ferrocarril, ó á la luz de una bugía en las fondas, después de haber estado corriendo todo el día, ya á pié, ya en coche, con el cansancio material y con la fatiga que experimentan las facultades intelectuales con la percepción de ideas y objetos, afectos y pensamientos que despiertan la historia, la fé y la piedad en sus sublimes y grandiosas manifestaciones; el que no lo es, no se siente poeta, ni soñador: es un mero y modesto relator de lo que ha visto ó creído ver, sin otro mérito, que el que tiene la verdad, aunque se diga con palabra torpe y desaliñada.

Esto es lo que voy á hacer.

Si grande es mi atrevimiento, es mayor la indulgencia de mis amigos.







I.

Día 15 de Mayo de 1900.—A las cinco de la tarde parte el carruaje de D. Alvaro Villalón de la puerta de mi casa. Agregados á la peregrinación valenciana vamos á Roma D. Ignacio Rivera, Presbítero, y yo. Está lloviendo, entramos en el Salvador y hacemos una corta oración. De Almagro salimos en el tren correo y llegamos á Valencia á las doce de la mañana siguiente, hemos tardado catorce horas.

Día 16 de Mayo.—Estamos alojados en el hotel *Universo*; al volver la esquina nos hemos encontrado con la redacción del periódico *El Pueblo* de Blasco Ibáñez, pero nadie nos ha molestado en cuantas veces hemos pasado por la puerta.

Llegamos á la Secretaría de Cámara y vemos que figuran nuestros nombres en la lista de embarque de la vía marítima, pero tenemos que recoger nuestros pasajes de la casa *Campoy*. Rogamos que nos concedan embarcar por la noche y acceden, pero hemos de llevar cena. Nos retiramos á casa á almorzar y descansar, pues aunque la hora de embarque es á las cinco de la mañana, nosotros lo haremos esta noche á las siete. La población parece tranquila é inspira confianza; quizá se lo debamos al estado de sitio, y

éste nos librará de las acostumbradas brutales agresiones de la gentuza de B. Ibáñez.

A las cinco de la tarde hemos comido y nuevamente salimos. Entramos en la capilla de la Virgen de los Desamparados; están haciendo las *Flores* y cantan las Letanías; rezamos una Salve á la Virgen y también cantamos á coro con el pueblo. Esta capilla es muy notable. Aunque la había visto y celebrado en su camarín hace once años, volví á admirar el notabilísimo fresco de la bóveda y las joyas y exvotos de valor y mérito artístico de la patrona de Valencia. Esta tarde lo que más sorprende y embelesa es el altar adornado de variedad de flores naturales y el frontal que parece de raso blanco, matizado de lises formadas de claveles; en el centro una *María* grande, coronada, igualmente hecha de gardenias, tulipanes y otras flores raras y preciosas, todo con mucha delicadeza y gusto exquisito. No hay que decir que embriaga esta atmósfera embalsamada. Cada día presentan las *Hijas de María* distinto altar y distintos adornos, pero de flores naturales, en hermosa y filial competencia, con que cada coro quiere sobresalir de los demás en obsequios á su Santísima Madre. También hemos visitado la catedral, pero muy ligeramente.

Trasladamos las maletas del hotel á la calle de la Corregería, tomamos la cena y en un tranvía eléctrico llegamos al Grao.

El Canalejas, vapor que nos ha de conducir á *Civita-vechia*, está atracado al muelle y en seguida embarcamos; hay algunos grupos de curiosos en actitud pacífica; sin embargo, y como medida preventiva, patrulla la guardia civil á caballo y á pie y algunos destacamentos de policía y tropa están ocul-

tos en la capitania del puerto y otros puntos próximos. Es *El Canalejas* un barco que ha estado dedicado al cabotage entre Barcelona y Valencia, á donde ha llegado muchas veces remolcado. Dicen que capea muy bien las tempestades y lo abonan citando el hecho, de cuya exactitud no respondo, de ser el testigo del naufragio del *Reina Regente*. Sea lo que quiera, es lo cierto, que no ha conducido nunca pasajeros y ahora le han hecho camarotes con tablonnes para 1.^a y 2.^a en el fondo de la bodega, separados unos de otros por unas cortinillas de tela, y estas son las puertas de cada uno, no teniendo otras condiciones. Su comedor es un tablón largo como de medio metro de ancho y al parecer está sin cepillar. Tengo la saguridad de que estas reformas no las han hecho los ingenieros del *Pelayo*, pero sí que las habrá ideado y dirigido el dueño del barco, Sr. Roda. Todo está sucio y descompuesto, por todas partes se ven cuerdas, barrones y atalages; sus prácticos, maquinistas y cocineros han embarcado esta tarde y no conocen el barco.

En la bodega, es decir, en nuestros camarotes hace un calor sofocante, no se puede fumar, no tenemos tampoco una silla, ni una percha, ni una palanquilla: solo adosado al costado del barco hay un servicio ó vaso de noche, á la altura de la cabecera de las mal llamadas *literas*.

Después de cenar hemos visto toda esta confusión, este tabuco y suciedad y nos hemos desembarcado en silencio; yo he apercibido quejas, murmuraciones y protestas en la charla valenciana de los peregrinos, que casi todos están á bordo. Son las diez de la noche y habremos estado embarcados unas dos horas.

17 de Mayo, seis de la mañana.—Hemos dormido

y descansado bien en un hotel del Grao. Desde su terraza se ve al *Canalejas* llevar anclas, vibran sus *sirenas* y se aleja perezosamente. La comisión está en el muelle y luego en la escollera, saludando á la tripulación que agita pañuelos y sombreros; ¡Dios quiera hagan un viaje feliz! Nosotros nos desayunamos y regresamos á Valencia.

Mi paisano Sr. Sánchez de León nos agrega al grupo de peregrinos de tierra: es vocal de la junta organizadora y se alegra que no hayamos embarcado. Volvemos á visitarle y hablamos un gran rato de Granátula.

Por la tarde visitamos á Felipe Moya, otro paisano, en su fábrica de sedería, magnífica instalación de telares antiguos, máquinas y aparatos modernos en donde entra la seda en rama y sale convertida en ricas y costosas piezas. Tiene talleres de hilados y estampación y telares para el ramo de pañolería, hemos visto un muestrario muy surtido de caprichosos y raros dibujos que sale para las provincias del Norte.

Regresamos á casa *Corregeria 7 y 9* y D. Joaquín Maldonado nos lleva á pasear á la *Alameda*, visitamos el Fronton y admiramos la fachada de un palacio árabe, cuya historia muy romántica nos contó. Hemos cenado en su casa, por cierto que la cena ha sido algo así como un recuerdo de espléndido banquete. La casa es muy bonita, bien repartida y amueblada con mucho gusto, no exenta de cierto lujo, que, aunque al parecer sin pretensiones, hace resaltar más el conjunto. La de su mamá política, que está contigua, es mucho mejor y se la puede llamar gran casa, con cuantas luces y comodidades son de apetecer y de necesidad en una capital como Va-

lencia; tiene un bonito jardín y delicioso, sobre todo en verano, y las piezas que hemos visto, más que habitaciones, son pequeños museos; objetos de arte, caprichosos *bibelots*, recuerdos de familia, un magnífico y hermoso crucifijo y otras muchas cosas imposibles de recordar acusan á la señora de posición, de inteligencia y sobre todo de sentimientos cristianos y de pulcro y exquisito trato.

Llegamos á casa y oímos el *Guernicaco*, cantado á petición mía por el tenor de la catedral, muchacho de veintidos años, subdiácono, simpático navarro de pura raza, franco, alegre y carlista de buena laya, como otros dos muchachos, estudiantes de medicina, también navarros, que comulgan cada domingo: estos son mis compañeros de casa.

18 de Mayo.—A las diez de la mañana, acompañados del Sr. Canónigo D. Isidoro Fernández, mi antiguo amigo, vamos á la Catedral que no pasa de ser un buen templo sin particulares notables. La armadura del rey D. Jaime se vé en el *Presbiterio* y un buen número de inestimables y venerandas reliquias se conservan en tres armarios en la Sacristía de aquella Basílica desde el tiempo del Sr. Monescillo: Espinas de la corona del Redentor, cabellos de la Sma. Virgen, mirra de la ofrecida por los Magos, una camisita del niño Jesús, hecha por su Madre, tres de las monedas de Judas con el busto del César, un niño inocente de los degollados por Herodes se manifiestan á los fieles entre otra infinidad de los Apóstoles, Mártires y Santos, regalo de Papas, reyes y príncipes, por dos Sacerdotes revestidos de sobrepelliz y estola.

Vistos los armarios de los lados se encienden cuatro velas en el armario altar del centro, se ora un

poco ante aquella puerta, aún cerrada; se abre, y en el centro interior aparece la reliquia y joya de más inestimable valor,

EL SANTO CÁLIZ.

En una rica y preciosa arca de plata se conserva el Santísimo Cáliz en que Nuestro Señor Jesucristo consagró su preciosísima Sangre y dió á beber á los Apóstoles en la noche de la cena en el Cenáculo. Es de piedra ágata. Se cubre con una patena de oro y cuatro piedras del sepulcro de Jerusalén.

Yo he tenido en mis manos y lo han tocado mis labios, besándolo con suma veneración; también besé las otras divinas reliquias, pero ninguna me causó tanta turbación y tan hondo sentimiento como ésta, hasta el punto de llorar copiosamente sin poder contener mis lágrimas. Quizá allí donde yo ponía mi mano sacrílega pusiera Cristo la suya, allí donde mis labios besaron quizá posaría los suyos divinos y en fin, en aquel vaso que yo tenía en mis manos se contuvo su sangre, se verificó el Misterio de la Eucaristía, alimento, esperanza y consuelo de las almas. El espíritu más altivo y soberbio se abate y se humilla ante esos monumentos patentes de Nuestra Redención y en aquellos momentos que más de cerca se vé hasta donde se humilló el Infinito para elevarnos á su propia altura, hasta hacerse y hacernos concorpóreos y consanguíneos, nuestra grandeza, nuestra augusta dignación, al tan alto y costoso precio de su sangre adquirida graciosamente, no puede menos de derramarse en lágrimas y en los más tiernos afectos de compunción y penitencia. Yo, al menos, así era lo que sentía en aquellos dichosísimos momentos

¡Quiera Su Divina Majestad que nunca me olvide de la hora y día tan felices para mí!

Se hizo la adoración recitando el versículo y oración propias, se cerró el armario y en sepulcral silencio salimos de aquella capilla que no puedo decir cómo es; no la ví.

El color del Santo Cáliz es tan extraño y peregrino que al volverle se van formando diferentes visos y luces al pasar la vista. Nadie ha podido explorar la especie de su principal color. La Sagrada Copa, que es en la que consagró Su Divina Majestad, es de ágata del tamaño de una media naranja grande, capaz de unas diez á doce onzas de vino, alta cuatro dedos y está desnuda de toda guarnición sobrepuesta. El pié del mismo color que la copa parece de concha y solo está guarnecido alrededor y centros de oro purísimo con veintiocho perlas finísimas, gruesas y cuatro piedras preciosas de gran valor, es de alto unos tres dedos y medio. La vara con su nudo alto tres dedos; las dos asas son de oro purísimo, con diferentes y primorosos buriles que denotan su grande mérito y antigüedad. Finalmente el Santo Cáliz que entre copa, vara y pié tiene casi un palmo, ni es tan grande que en él sobrase, ni tan pequeño que faltase la cóngrua bebida para Cristo Nuestro Señor y los Apóstoles.

A esta santa reliquia ha consagrado la Iglesia de Valencia en unión del Exemo. Ayuntamiento y demás corporaciones funciones suntuosas en el día de San Mateo, Apóstol, siendo el primero que las promovió en el año 1606 el ilustre valenciano D. Honorato Figuerola, de la casa de los Sres. de Nágüera, Canónigo de esta Santa Iglesia, concurriendo á que se celebrase con la majestad propia de su obje-

to la circunstancia de encontrarse gobernando esta diócesis el venerable Sr. D. Juan de Rivera, Patriarca de Antioquía, y después en el 1615 D. Fr. Isidoro de Aliaga; los cuales acordaron su permiso después de inspeccionados con todo detenimiento los documentos que convencían de la autenticidad del Santo Cáliz.

Llegados los años 1805 y 1811 puede decirse que esta solemne función pasa desapercibida para el común de los fieles, pues habiéndose apropiado los gobiernos los bienes de las administraciones, desaparecieron las rentas dejadas por el Sr. Figuerola á tal objeto y con ellas los medios de costear esta solemne función, quedando reducida á una dobla mayor, en la que se hace procesión claustral por mañana y tarde, que tiene lugar en el día de la Exaltación de la Santa Cruz, 14 de Septiembre.

En la Catedral se veneran los cuerpos enteros de San Valentiano, San Sempronio, San Secundino y San Eusebio, mártires. El de nuestro paisano Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, se venera en su propio altar, como igualmente el de San Luis, Obispo de Tolosa.

Después visitamos la primitiva sacristía, de fuertes muros de piedra de buena talla gótica: allí se conservan unas gruesas cadenas de hierro con que los moros cerraron el puerto en un sitio de Valencia y un arpón de madera con armaduras y punta de hierro, con las cuales á guisa de arma arrojadiza fueron rotas. Se custodia una estatua de Calixto III que tiene la casulla con la que celebró la misa de canonización de un santo valenciano; es muy rica, rara y sobre todo de muy respetable antigüedad.

También está la galería de retratos de Arzobispos

que hace once años estaban en un salón del Palacio donde yo la ví; á nuestra vista se destaca y con singular complacencia admiramos la severa y bien hecha pintura de Monescillo el Grande y el retrato de Santo Tomás de Villanueva, cuya estatua erigida en el patio del palacio nos enorgullece también.

Asilo de refugio fué esta sacristía para el Cabildo en los azarosos días del bombardeo en la sublevación republicana del año 69; sus muros resisten muy bien las bombas de la artillería y en ella se celebran los oficios del primero de Noviembre, un solemne funeral el dos por los Arzobispos y otro por los Capitulares y Beneficiados fallecidos.

En otra pieza interior se custodian las imágenes de San Vicente Ferrer y otros santos de tamaño natural, de plata, que salen en procesión el día del Corpus. También vimos los frontales de este día, de Semana Mayor y Navidad; no son tapices, pero están recamados en oro, viejísimos y antiquísimos representando el Viejo y Nuevo Testamento. Otras muchas cosas se conservan y vimos de secundario mérito é importancia.

Desde allí fuimos á la fábrica de tabacos; visitamos todas las dependencias y presenciarnos todas las manipulaciones y labores que se llevan á cabo con el tabaco en hoja hasta convertirlo en cigarros, pero no pudimos ver funcionar las máquinas de emboquillados. En cada cuadra ó dependencia hay centenares de obreras que comen dentro del establecimiento, donde tienen una cocina económica para ellas únicamente. Nos han recibido muy bien, pero manifestaban con bien señaladas muestras su desagrado si no llegábamos y rezábamos ante el cuadro, que cada labor tiene, de la Virgen de los Desampa-

rados, bajo humilde dosel, adornado de flores y trapos de colores chillones, pero no desprovisto de cierto sencillez encanto. No hay que decir que nos desculpamos y rezamos ante todos los cuadros y que á todas dijimos que su *Verge* era la mejor.

19 de Mayo.—Subimos al *Miquelet* por cinco céntimos. Tiene doscientos ocho escalones de piedra en buen caracol; no está terminado, el plano se guarda y exhibe en la sacristía de la Catedral. Tiene una buena colección de grandes campanas, que se pueden voltear y se tañen desde abajo; se suben unos escalones más y se llega á lo alto donde está la campana del reloj, que, con ser un hermoso ejemplar, no es como la célebre de Toledo. Un nuevo caracol de hierro se levanta allí unos cinco metros más arriba. Sopla el viento con gran fuerza y hace frío esta mañana, dá el reloj las diez. Se descubre un hermoso panorama, toda la campiña valenciana, huertas, afueras, paseos y el mar: en una pilastra escribo mi nombre y la fecha de hoy que cumple 17 años de mi ordenación de subdiácono.

Comemos temprano para dormir un poco, porque nos espera una noche de tren, en que, seguramente, no dormiremos.

II.

A las seis de la tarde estamos en la estación. Hemos atravesado los barrios de los solares de San Francisco, por donde siempre hay gente mala y punto de cita y reunión de los sicarios de B. Ibáñez; se ven algunos grupos de huelguistas, pero creo que ni siquiera han reparado en que por allí pasan muchos curas. En la estación está la Junta organizadora, mi

paisano Sánchez de León nos recomienda al director y le dice que yo le podré servir de subdirector. Posible es que conociera que D. Enrique Juliá era un buen señor de recomendables prendas, pero muy útil en su casa. Hay policía y guardia civil, con gran entusiasmo nos despiden y á las seis y treinta minutos arranca el tren para Barcelona.

SAGUNTO evoca el famoso hecho de la destrucción por los cartagineses: es casi de noche y parece que se distingue una muralla del tiempo de la reedificación. También le hizo célebre en estos tiempos la genialidad ó corazonada de Martínez Campos.

Vinaroz, Tortosa, patria del famoso guerrillero Cabrera, Burriana, Villarreal, Arbós y Vendrell traen á mi memoria hechos de armas, de bien triste recordación, que serían gloriosos para España, si los de uno y otro bando no hubieran invocado con el mismo aliento patriótico el nombre de esta nación desventurada.

Desde Tarragona, 4 y 50 de la mañana del *20 de Mayo* vamos por la costa admirando deliciosas plantaciones de avellanos y el mar lleno de barquichuelas de pescadores que se disponen á sacar el copo.

A las 8 y 20 llegamos á Barcelona, he celebrado por ser domingo *pro pópulo* en la Parroquia de Nuestra Señora del Pino; hoy descansamos y hacemos los preparativos de marcha.

21 de Mayo.—A las 3 y 33 de la mañana sale el tren para Francia. Los alrededores de Barcelona, si bien más montuosos y agrestes, son muy parecidos á los de Valencia. Pasamos una porción de pueblecillos que son centros industriales, á juzgar por las muchas fábricas, cuyas atrevidas chimeneas parecen muertas ó dormidas; ya las animarán tantos obreros

como va dejando el tren en cada estación y otros muchos que pululan por los caminos que vamos cortando.

A medida que avanzamos va desapareciendo la industria y se ven en mayor escala las operaciones de la agricultura, pero es muy raro el pueblecillo que no tiene alguna ó algunas chimeneas, que arrojan largos penachos de negro y espeso humo.

GERONA 8:45 *de la mañana*.—Su caserío es bueno y moderno, sin ninguna particularidad, ocupa la ladera y se extiende por el llano. En la parte alta ó sea en el cerro, se levanta la catedral con dos buenos edificios contiguos que supongo serán Seminario y Palacio; tiene una buena torre octógona sin chapitel como el *Miquelet* valenciano; abundan también las fábricas y son muchas las torres y campanarios que se divisan desde su estación.

Es célebre en la historia por el sitio de los franceses. Supo resistir apretado y duro cerco, en el que sus defensores se alimentaron con carne de caballo, casi todo el tiempo que duró el sitio. Su gobernador capituló cuando la defensa era imposible, y su nombre figura como uno de los heroicos mártires de la guerra de la *Independencia*; conducido y prisionero en el castillo de Figueras, en poder de los franceses desde la privanza de D. Manuel Godoy, *el de la Paz de Basilea*, fué envenenado por los que tanto alardeaban de humanitarismo. Pero el nombre de D. Mariano Alvarez de Castro pasó á la Historia con timbres de gloria imperecedera y el de su vencedor Saint Cir se cubrió de ignominia y maldición. ¡Salve Gerona! Si tus murallas están por el suelo y á ti te alcanzan los duelos de la Patria, al evocar estas empresas hazañosas de la vieja España, mi corazón

se llena de júbilo y esperanza; porque si en aquella época ominosa y triste esta nación desdichada supo levantarse de la postración y envilecimiento por el solo esfuerzo de sus hijos, cuando Dios quiera resucitar aquel espíritu y aliento cristiano y esforzado, realizaremos hechos que no desmerezcan de nuestra raza y de nuestra historia.

FIGUERAS 10'16 *de la mañana*.—Desde la estación, aunque algo confusa, se divisa la silueta de su famoso castillo. Dicen que su perímetro es cinco piés más ancho que la vieja Barcelona y que en sus caballerizas se albergaría cómoda y holgadamente todo un ejército de caballería. Está bien artillado y ya he dicho que desde el tiempo de Godoy estuvo en poder de los franceses, hasta que evacuaron la península. La población tiene pretensiones de grande y lo creo: es muy industrial.

PORT-BOU Y CERBÈRE 11'30 *de la mañana*.—Una estación de otra distan seis minutos y son poblaciones de escasa importancia, como que creo que solo las constituyen los empleados de las aduanas, ferrocarriles y algunas familias de pescadores. PORT-BOU tiene una bonita Iglesia.

Hemos tomado dinero francés al veinticinco, pero nos han dado en oro todo el cambio. Esta pérdida es muy digna de tenerse en cuenta y precaverla, pero en el primer viaje por país extranjero es inevitable, como otras muchas cosas. Creo que en Valencia, Sánchez de León que me quiso dar carta blanca para Italia, lo habría podido hacer igualmente para Francia, pero por ser una exigua cantidad la que se necesita para las exigencias del viaje, por la línea de la costa francesa, no merece la pena de preocuparse de ello. Hoy, sin embargo, creo que lo hubiéramos

acertado cambiando todo el dinero español por francés al veinticinco para venderlo en Italia al treinta y cinco ó cuarenta, y el sobrante volverlo á cambiar por español en esta misma agencia. Así me lo dice un comerciante valenciano, peregrino, que lo sabe y lo ha hecho él, tan pronto como aquí llegamos. El señor director de la peregrinación, que debió proporcionarnos dinero francés en Barcelona, está en este asunto á la misma altura que nosotros; debe, pues, estudiarse muy mucho esta cuestión de los cambios al viajar por el extranjero.

Ya estamos en Francia, la hospitalaria; pero, sin embargo es indefinible el afecto y el sentimiento que se despierta al dejar el suelo patrio: ni desterrado, ni fugitivo, parece no obstante, que el Pirineo me dá para siempre el cerrojazo y que jamás volveré á pisar tierra española ¡cuánto sufrirá el proscrito! ¡cuál será su gozo al retornar á su patria y cómo latirá su corazón al divisar las torres de su ciudad natal ó el humilde campanario de su aldea y oír su habla y estrechar entre sus brazos á los seres más queridos de su corazón! ¡Adios, España, patria mía! ¡Que con felicidad retorne á tus hogares! Lejos de tí, no se apartará tu memoria de mi corazón. Yo cantaré tus glorias, celebraré tus triunfos y lloraré tus penas: yo, donde quiera que esté, te consagraré mi espíritu, mi aliento y mi ser. Sí... jamás te olvidaré, aunque no vuelva á verte: aunque mis ojos no se recreen en los bosques de tus montañas, ni en los verdes pámpanos de tus viñas, ni en las doradas espigas de tus llanuras: aunque mi lengua quede pegada al paladar y en mis oídos no vibre más el sonoro acento castellano, nunca te olvidaré: yo subiré á Monserat á postrarme ante la Divina Moreneta de los ca-

talanes; yo besaré el Pilar de los aragoneses; rezaré bajo los artísticos sillares de la Almudena y daré gracias por mi vuelta á la Virgen, cuya medalla me acompaña, cuyo nombre fué el primer vagido infantil que saliera de mis labios, que me arrullára en mi cuna, cantado por una madre cristiana; que siempre fué mi apoyo y mi sostén y será mi guía y mi esperanza en todos los pasos de mi vida, ante la Virgen de Zuqueca, en su santuario de histórico renombre en las riberas del Jabalón.

A las 11'45 parte el tren, lleva tal velocidad, que á su lado los nuestros resultan una carreta; los coches son flamantes y limpios, aun los de 3.^a clase, que tienen almohadones de pelote y gutapercha, mucho mejores que los nuestros de 2.^a; están divididos en departamentos, con botón automático de alarma. No hay que decir cómo son los de 1.^a y 2.^a, ni tampoco que todas las líneas tienen doble vía. Este tren no es rápido, vamos atravesando una campiña feraz y deliciosa, en la cual los viñedos están muy adelantados, y por lo que se ve, atacados de epidemia, porque en todos se están haciendo las operaciones del azufrado.

A lo largo de la vía y en medio de los viñedos, se ven grandes cartelones fijados en los árboles y en palos como los del telégrafo, anunciando periódicos, hoteles, médicos, matronas y específicos, y creo que cuanto puede ser objeto del comercio y del negocio. Es el colmo del anuncio.

Los empleados de las estaciones son atentos y serviciales como un francés, si no lo fueran, lo parecerían, pero en todas las estaciones he visto periódicos, libros y caricaturas obscenas, ninguno en español.

NARBONNE, sin hora, pero es tarde. Antigua población, capital de la Galia Narbonense, con Catedral, pero el Arzobispo reside en CARCASSONNE, que es la próxima estación. Ellas y TOULOUSE fueron el teatro de la predicación y trabajos de los Legados Pontificios y Santo Domingo de Guzmán en el siglo XIII, para extirpar la heregia albigense, conjunto y aborto internal de los sectarios petrobusianos, arnaldistas, y bien puede decirse, una recopilación de todas las heregias condenadas hasta entonces. En TOULOUSE se celebraron varios concilios: desde el 507 al 1.590.

Si detrás nos dejamos á CETTE, emporio del viñedo del Mediodía de Francia y su principal bodega, no desmerece, en verdad, esta campiña, que, según parece, tiene una buena salina y dilatados bosques de encinas y pinos, como igualmente LE MUY, pequeña estación, pero la población parece española y mucho á los pueblecitos que hay en la cordillera, antes de llegar á Játiva. Siguen los viñedos presentando los consabidos y creo que indispensables anuncios. Se ven algunas huertas regadas por acequias, sin industria ninguna, donde el terreno lo permite, y donde no, por medio de un aparato, por demás sencillo, muy parecido á nuestros artes de noria: se compone de una rueda, de unos dos metros de diámetro. en cuya circunferencia lleva los canjilones y unas aletas de madera, verticales á la corriente, la que impulsa á la rueda; á su paso cargan los canjilones y vacian el agua en una artesilla, colocada en el muro, donde está el eje de la rueda, cuyo movimiento es pesado y lento al principio, pero pronto adquiere fuerza y saca mucha agua; algunas de estas máquinas he visto en España.

Cannes.—Algo distante, no se ve bien su población, pero tiene buenos huertos y muchos jardines. Continúan las viñas y los bosques de pinos y alcornoques, en altas laderas, llenas de vegetación. Aquí toma el tren una compañía de infantería de marina, que va á Marsella y otra de artilleros, que, más alegres que la gente de mar, con mucho gusto y buen compás entonan á dúo una canción patriótica, que no es la Marsellesa.

Arlés.—Se detiene aquí nuestro tren más de media hora, puedo escribir una buena nota porque *Arlés* la tiene. Hemos tomado cerveza en un *restaurant* y verdaderamente, con espanto, hemos visto pasar un *express* sin detenerse. Imposible es, sin verlo, formarse idea de su velocidad; parece un relámpago, y la impresión que deja el paso, por demás fugaz, de este tren, de treinta ó cuarenta carruajes, no se borra en mucho tiempo, á pesar de que apenas si la retina se impresiona.

En *Arlés* se celebraron varios concilios. La más célebre de estas augustas asambleas fué la del 314, general de todo el Occidente, convocada por el Emperador Constantino, con ocasión del cisma donatista y de los desórdenes y extragos causados en Africa por los circunceliones, que fueron rechazados y combatidos por las tropas imperiales, no sin haberles enviado antes algunos Obispos, para convencerles de su mala causa. Fueron protegidos por el cismático Donato, y la causa de la heregía y cisma fué la sucesión de la silla de Cartago.

Sale el tren y tenemos á la vista seis grandes acozados de la marina francesa, que están haciendo maniobras; inmensas moles de acero se mueven con ligereza, dejando ancha estela de sus movi-

mientos en la rizada superficie del Mediterráneo.

Marseille.—Sin disputa es la mejor de las ciudades francesas del Mediodía: tiene dos buenos puertos, el nuevo y el viejo, y un tercero, que más bien es una especie de estanco para las compañías de navegación, son de mucho tráfico. La estación es buena, pero es mucho mejor la de Madrid, Atocha. Escusado es decir que todo está alumbrado con luz eléctrica. Aquí dejamos á dos compatriotas de Cartagena, que ya han estado en Italia.

Célebre en el mundo es el santuario de Nuestra Señora de la Guardia, á quien los marseleses tienen gran fé y devoción; edificado sobre un monte que domina la ciudad, es como el faro de los pescadores y marineros, que la invocan en las borrascas. Muy mucho siento que la oscuridad me impida ver la silueta de esta capilla de la Reina de los Angeles.

Vamos costeando; el paisaje es muy bonito: por un lado la costa, por otro grandes cerros, que no constituyen, lo que se llama una montaña, ni menos una cordillera, pero están llenos de pinos y arbustos, que le dan aspecto sombrío y amenidad; es al mismo tiempo terreno susceptible de cultivo y no se dan mal las viñas, árboles y cereales. Ya es casi noche y no podré ver nada, pues, aunque hubiera luna, la rapidez de la marcha impide que se pueda formar, siquiera idea aproximada de lo que es: cenaremos, dormiremos si se puede, aunque será mejor estar en vela, porque aún nos quedan algunos cambios de tren, antes de llegar á la frontera de Italia, y además aquí no se vocea la estación, ni el tiempo de parada como en España.

Hemos cenado é intentado rezar el rosario en familia los peregrinos, que vamos en este departamen-

to, pero ha sido inútil por el ruido y cada uno lo ha rezado para sí. Hace calor, todos duermen y roncan, menos un viejo valenciano que dió unas cabezaditas, al principio de la noche, pero luego está alerta. Hemos pasado tres ó cuatro túneles, de pocos minutos, pero en Italia nos esperan muchos y buenos cuando entremos en la cordillera de los Alpes, ahora parece que vamos algo apartados de la costa.

22 de Mayo.—Acusa mi reloj las cuatro y cuarenta y ocho minutos de la mañana, se vé bastante bien que estamos en la costa francesa y que por la izquierda se levanta una verdadera montaña, llena de vegetación y casitas en su falda y cúspide, pero no son palacios, ni mucho menos, aunque algunas tengan buena apariencia, de donde deduzco que las primeras estaciones serán las famosas de Niza y Montecarlo.

Pero en algún momento que me he dormido, ha tomado asiento en nuestro departamento un viajero, que, en muy aceptable español habla con el viejo. Le oigo que es chileno, como su padre, pero su abuelo fué segoviano y su madre y abuela francesas. Mi hombre alardea de ser muy devoto de España, porque dice que somos hermanos y es verdad: tienen nuestro acento castellano, nuestras costumbres, si no las primitivas españolas, que desgraciadamente tampoco tenemos nosotros, y nuestra religión; asegura que es católico.

Canta las glorias de su patria y se entusiasma con sus instituciones republicanas y con la historia de Chile y del Perú. Me hace terciar en la conversación y le oigo mucho tiempo, á su sabor, discurriendo sobre la industria, instrucción, marina y ejército de su país. De la guerra con España en 1866 tiene muy

equivocados informes: dice que fué gloriosa para aquellas repúblicas, que en memoria de la paz celebra una fiesta cívica cada año el 18 de Julio.

—También nosotros, le digo, tenemos nuestra fiesta cívica.

—Pero ¿no será el mismo día? me pregunta.

—No, señor; le contesto: es el 2 de Mayo, que en 1808 comienza la guerra contra los franceses y en el mismo día en 1866 Mendez Núñez, con unos pocos barcos de madera, bombardea los puertos de Chile y el Perú, destruyendo los fuertes del Callao, por lo que, sus compatriotas pidieron en seguida la paz que celebran el 18 de Julio. Vea V., añadí, en una sola fecha celebramos nosotros una sola fiesta nacional, aniversario de dos hechos gloriosos para España.

—Entonces yo no hé nacido, me contesta y se calla.

En verdad que no había nacido, porque será de unos treinta años, debe haber estudiado algo, no es un tipo vulgar y revela educación; al apearse, dos estaciones más adelante, se despidió muy atento, á pesar de la puya de la fiesta cívica.

Pero hemos llegado al país encantado, á NIZA, invernadero de la gente de banca que en *Mónaco* y *Montecarlo* se gasta el dinero, la salud, la conciencia y la vida. Bien quisiera saber hacerlo para pintar como se merecen estos tres puntos, pero, ¿quién no ha leído algo de ellos? Se ha escrito tanto y tan al detalle se ha hablado, que es materia pocos menos que agotada. Los palacios de invierno, el gran casino, la ruleta, el liliputiense principado, cuyas cargas y hacienda se sostienen con el juego, son del dominio de todos y por eso no puedo hacer más, que afirmar

cuanto se ha dicho y añadir, de mi propia cosecha y por lo que veo desde el wagón, que la realidad excede á toda ponderación, y por bien empleados y gastados puede dar el viajero su dinero y su reposo cuando admira este panorama. Mientras por la derecha nos salpican las olas, que un tanto furiosas se estrellan en las piedras y arrecifes de la vía, por la izquierda se admiran atrevidas montañas, que parecen quieren escalar los cielos y barrancos profundos; en los picos y faldas incontable número de villas, hoteles y palacios, de castiza arquitectura francesa, positiva y detallada, que revela el buen gusto, y que, á juzgar por el exterior, deben ser confortables y cómodas residencias de invierno, embalsamadas con el tibio ambiente de estos jardines, la exhuberante y bravía vegetación de la montaña y refrescadas por las marinas brisas del mar de Liguria.

Si todo esto son generalidades de *Niza*, *Montecarlo* y *Mónaco*, tomadas á la ligera; de *Mónaco* y *Montecarlo* en particular, se puede decir que son como si digéramos, el garito internacional, la tasca de Europa, el centro donde se reúne la gente del vicio, los tahures de guante y corbata blanca, donde muchas veces se improvisan fortunas y también se disipan; y no es raro registrar muchos casos, en que el frío cañón de un rewólver pone término á la vida y el sello á la bancarrota y á la vergüenza; aunque se me dice que, para evitar los suicidios, frecuentes en el gran casino, al jugador tronado que se ha dejado hasta el último franco en la ruleta ó en un albur, se le facilitan dineros y recursos hasta su llegada á la frontera. Por lo demás, estos dos sitios, á corta distancia uno de otro, exceden á cuanto se pueda soñar en hermosura, elegancia, riqueza y arte; magníficas

terrazas donde se sube en colosal ascensor y donde se tira en gordo de la oreja á Jorge y las torres del gran casino de la célebre ruleta, pero todo grande, rico y fantástico.

El ejército del principado se hallaba en la estación; creo que consta de cuarenta hombres, con vistoso uniforme blanco y armados de sables, no llevaban otro armamento, ni equipo.

Después llegamos á MENTONE, que creo es de escasa importancia y no sé si será el MENTANA, donde Garibaldi fué vergonzosamente derrotado por los franceses, en número inferiores á las salvajes hordas del descamisado revolucionario.

III

Entramos en los Alpes marinos que separan Francia de Italia y á las 11'35 llegamos á

VINTIMIGLIA, primer pueblo y estación de Italia, de gran movimiento, con *restaurants*, aduanas y agencias de cambio, donde hemos tomado dinero al 26 por 100 y tabaco, por cierto detestable, como todo lo que se elabora en Italia.

Más exigentes que los *gendarmes* franceses han estado los *carabinieri* italianos y nos han registrado la maleta y cestita de las provisiones, pero hay que confesar en honor de la verdad, que no han llevado el registro á la exageración, de que en CERBÈRE nos hablaron, al comentar el ligero registro de la aduana francesa. De todos modos conviene no ocultar lo que no se pueda llevar encima, en los bolsillos ó entre los vestidos, porque las multas son crecidas y sobre todo, no se debe rehuir el registro, pues al que con sus vacilaciones y reparos despierta sospechas, hom-

bre ó mujer, lo registran con prolija escrupulosidad y hasta su propio individuo, en oficinas separadas, por empleadas ó empleados *ad hoc*, según el sexo.

No hay doble vía, si bien el servicio es bueno no es tan completo como el francés, ni la velocidad, ni el material, los coches llevan botón de alarma y frenos automáticos, *ritirata*, retrete en todos, en comunicación con los departamentos, que permite al viajero servirse en marcha, sin tener que salir del coche, y, en fin, mucho mejores que en España en todas sus comodidades y detalles; pero no conceden al viajero el transporte gratuito de los treinta kilos, que en Francia y España se pueden facturar con el billete: el equipaje, sea el que quiera, va en el mismo tren, pero ha de facturarse, bien que la factura es muy módica. Yo llevo una maleta en la red del asiento, no sé qué suerte correrá: ya veremos.

SAN REMO, 12,4.—Indescriptible panorama. Crece la agitación del mar y sopla un viento fresco y saludable, que templá el calor de la atmósfera brumosa y pesada de esta mañana. Hay en la montaña algún elegante *chalet* y villas de construcción francesa y en el llano bonitos jardines y huertos interminables. En el mar vierte sus aguas un riachuelo y en sus orillas, de verde y dilatado prado, hay una ó dos compañías de *bersaglieri* en campamento y con uniforme de rayadillo, parecido al de nuestros repatriados.

Pasamos dejando atrás muchas estaciones á las que no concedo importancia; ya estamos atravesando túneles, algunos de respetable longitud. El paisaje sigue el mismo y continuamos por la costa. Ya no se ven las edificaciones francesas, sólidas y elegantes, pero vamos desfilando ante buenas casas de pintura

y estuco; los *Albergos*, *Bagni* y *Terme marini* pululan y embellecen la costa que llevaremos hasta *Civita-vechia* y que de cuando en cuando nos presenta familias y creo que tribus de pescadores, en que todos, mujeres, hombres y niños trabajan en limpiar y componer las barcas, redes y trebejos, limpiar y separar la pesca, sacar el copo y lanzar las redes, poner á flote sus barquichuelas y remar con fuerza y pericia, internándose en el mar hasta perderse de vista.

NOLI, 15 y 8 minutos.—Bonita población y bonita Parroquia. Por la montaña sube una muralla aspillera en buen estado de conservación, debe ser resto de antigua cerca, quizá del tiempo de las guerras púnicas. Tal vez este Noli sea el antiguo Nola, obispado de San Paulino, á quien algunos atribuyen gratuitamente el invento ó uso de las campanas, de donde parece que las llamaron *Nolas*. Fué éste San Paulino, natural de Burdeos y se casó en Alcalá de Henares con Teresa, de la que tuvo un hijo, á cuya muerte ambos cónyuges hicieron voto de castidad.

SAVONA 15,39.—Buena estación. El paisaje es el mismo abrupto y sublime, con su alpina montaña, llena de casitas elegantes que suben hasta la altura, matizando con sus alegres tonos el verde oscuro del bosque inmenso de alcornoques, abetos y encinas.

En mi departamento entran tres genoveses que regresan á su casa de la América del Norte y hablan de política con gran calor, á juzgar por la inflexión de su voz, sus maneras y algo que les cojo de su italiano lenguaje; pero me parece que lo que ellos tienen es una indigestión de periódicos, á la sazón en su estado laborioso, después de una comida abundan-

te y alguna copita de más: su traza es de fondistas.

Nosotros hemos comido salchichón y queso, que con el jamón constituyen nuestra merienda, huevos que hemos comprado en la estación á razón de treinta y cinco céntimos de lira cada uno y naranjas grandes, pero marchitas, *por due soldi*, 10 céntimos, cada una, una ración de fresones por *cinque soldi* y por otros *due soldi* una copa de vino, que bien puede servir de tinta, de sabor áspero y desagradable. El agua en cambio es muy buena y en todas las estaciones hay una fuente pública con su grifo.

CELLE 16,5. — De escasa importancia, de la provincia de Génova, en la Liguria, una de las más tranquilas y morigeradas de Italia. Vamos atravesando un inmenso y delicioso jardín, con todos los encantos de la naturaleza. Desde el tren se divisa un pueblecito de gallardas y bonitas casas en la falda de una pequeña montaña en forma de anfiteatro, lamiendo el mar los cimientos de los primeros edificios.

SESTRI Ponent 17,16. — Pequeña población, pero muy industrial, pues casi todos sus edificios son fábricas y fundiciones donde trabajan infinidad de obreros; es también astillero y en la actualidad están pintando de rojo un barco y poniendo la quilla á dos, pero deben ser barcos de pesca, ó cuando más costeros de cabotaje, pues no tienen traza de ser vapores de gran cala, ni mucho menos de guerra; también se ven muchos inservibles y otros que están reparando averías.

GÉNOVA 17,45. — Tiene una buena estación, pero hasta aquí ninguna puede competir con la nuestra de Atocha, su marquesina es baja y chata. Su frontispicio por la parte de la población hace una plazuela espaciosa y bonita, formando una amplia ga-

lería en donde están los despachos de billetes; las columnas son atrevidas y elegantes, de mármol, que ya se vá viendo por todas partes.

Tiene Génova un buen monumento á nuestro Colón, su hijo, y muy buenos edificios. Al llegar á la estación se vé la casa ó palacio de Andrés Dória, y según una inscripción que por la distancia y hora no se lee bien, data del año 1712, en cuya fecha no pudo construirla el famoso genovés que quizá dos siglos antes peleara á favor de España, obligando á los franceses á levantar el sitio de Nápoles en tiempos de Carlos I. Este edificio debe ser hoy oficina del estado italiano. Es el puerto muy bonito, hay anclados en él muchos vapores, barcos de vela y lanchas é igualmente que en la estación se ve mucho movimiento.

Al apearnos el señor Jefe de la peregrinación tomó un carruaje y se fué á la ciudad á ver lo que tiene de notable y digno de visitarse, dejando á los peregrinos encomendados á su propia iniciativa, por esto algunos seguimos su ejemplo; pero entre tanto, salieron trenes y más trenes para Roma que nosotros pudimos aprovechar y que seguramente con otro Jefe habríamos aprovechado. Llegó y se acomodó con algunos de los peregrinos en uno de los trenes de la peregrinación francesa, mientras otros quedábamos en tierra preguntando por él, por nuestro tren y por la hora de salida, sin saber qué hacer, ni á qué atenernos; pero algunos valencianos y tortosinos, en actitud levantisca le encontraron y á *fortiori* le hicieron bajar del coche, echándole en cara su ineptitud y su detestable y nominal dirección. Tenían razón sobradísima, pero el bueno de D. Enrique no había dejado el estribo ni la portezuela y

en un descuido de los amotinados se coló en el coche en el momento mismo de partir y llegó á Roma tres horas antes que nosotros, que por último pudimos salir en los dos trenes restantes de los franceses.

Formaban estos una peregrinación diocesana, de unos tres mil, á lo sumo, jóvenes y viejos de ambos sexos, abates y seglares; un detalle bastará para comprender su admirable organización desde la salida hasta el regreso al punto de partida.

Después del motín y ya colocados en el tren que nos conducía llegó hasta nuestro coche un mozo de la estación, llevando en la mano unos saquitos de recio papel, llenos de fiambres y pan, atados por la boca y unidos con una botellita de vino, como de medio litro, enredada de anea. No pidiera yo ninguno, si la manera de despacharlos no me hubiera llamado la atención. El que yo creía vendedor se acercó á un peregrino, le dió un lote de aquellos, saquito y botella, y el peregrino arrancó de un cuadernito una hoja y sin otra ceremonia se la dió y se separaron uno de otro, sin hablar palabra. Yo que observé esto, le pedí un saquito de aquellos y me dijo.
¿Ha ella il bousi?

¿Tiene V. bono?

Non ho. No tengo, le contesto.

Non ho lotto. No tengo lote, me respondió.

Luego me dijo uno de los peregrinos que aquellos lotes de merienda eran para los peregrinos franceses, de antemano prevenidos desde Francia, para evitar que en las estaciones, en fondas y *restaurants* les cobrasen más y para que no se viesen necesitados de nada y lo tuvieran todo sin dinero. La comisión organizadora hizo bonos que distribuyó entre los peregrinos, especie de papel moneda, que pagaría á

la vista á los proveedores de los fiambres, con los cuales había convenido cuanto y cuando; nosotros no sabemos hacer esas cosas.

El tren pasa á la altura de los balcones, primeros pisos de algunas casas y por el pié de una estatua, que no sé qué representa, porque ya es casi noche. Muy pronto llegamos á un túnel larguísimo, de cerca de cuatro minutos de travesía, en medio del cual se paró el tren á reparar averías, en cuya operación gastaron unos diez minutos, viéndonos en la necesidad de cerrar todas las ventanillas por temor de morir asfixiados; porque es inmensa la cantidad de humo, vapor y carbonilla que arrojan las chimeneas de aquellas máquinas. Dejamos á la izquierda un pueblecito donde tienen fiestas y retreta militar, que con los globos de colores del alumbrado eléctrico resulta fantástico.

SPEZIA 21'45.—Modernísima población de calles rectas y bonitas, profusamente iluminadas, como el puerto y talleres, en los que se han construido algunos de nuestros barcos de guerra.

VIAREGGIO 23'2.—Debe ser de cierta importancia por la parada del tren, pero aunque bien iluminada, de particular nada puedo decir de su caserío. Fué residencia mucho tiempo de D. Carlos de Borbón, donde lo visitaron los prohombres de su partido; era propiedad de D.^a Margarita y ahora lo será de los hijos.

PISA 23'26.—Buena estación con marquesina, con bóveda encristalada, alumbrado eléctrico y gas, que es el que llevamos en el coche; ya contamos como pasados muchos túneles y aún nos quedan no pocos, como que estamos en plenos Alpes.

Me dicen que Pisa está modernamente embellecida. En otro tiempo fué capital de la pequeña, pero

famosa, república de su nombre, casi siempre gobernada por los gibelinos. También se celebraron algunos concilios. A su salida se pasa el Arno por un buen puente de hierro; la ribera del lado izquierdo, que corresponde á la ciudad, está iluminada con globos eléctricos, cuyos rayos reflejan las aguas con un efecto maravilloso.

En toda la campiña de Pisa, hasta que se llega á SANTA LUCE, hay una verdadera plaga de luciérnagas, que los italianos llaman *lucede*: está materialmente lleno este campo, resultando sorprendente por la variación de matices brillantes que presenta, sobre todo, en esta noche oscura y serena, en que parece que estos puntos fosforescentes de la tierra quieren competir con la limpia brillantéz de las estrellas del cielo.

SANTA LUCE 23 de Mayo, 1'23.—Aunque nada podré dormir, me voy á recoger, siquiera á descansar un poco, dormitando al compás del tren y de sus brascas paradas. El abuelito valenciano también está en vela, como la noche anterior, todos los demás duermen, ó, por lo menos, lo parece y algunos roncán estrepitosamente.

En ORBETELLO, 3'47. Despierto en esta estación, aunque apenas se vé, ya se nota que hemos salido de los Alpes y estamos en una gran llanura. He dormido algo.

CORNETO 4'47.—En efecto, desde *Orbetello* venimos por una llanura de rica vejetación, plantada de viñas, alcornoques que ya han dado su fruto anual, muchos y buenos trigos, hortalizas y alcachofas. Aprovechan las aguas de una gran *palude*, sobre la que pasa el tren por buenos puentes. Cuando pasamos algún desmonte, aunque sea pequeño, se ven

crestones de mármol, que, si no es bueno, por lo menos, es una muestra de su abundancia.

Ya están segando heno y avena; usan la verdadera guadaña, no nuestras hoces, las que tampoco conocen en Extremadura, provincias del Norte, Valencia y Cataluña. Lo segado se queda en las mismas fincas, y cuando seco, lo sacan en carretas tiradas por bueyes grandes, de arqueada y simétrica cornamenta, levantada en forma de horquilla de dos dientes; casi todos son albinos. No he visto mulas, ni burros, pero sí piaras de caballos y grandes rebaños de ovejas, cabras y muchos cerdos.

CIVITA VECCHIA 5'25. — Creo que la población será de mediana importancia, pero su puerto es el mejor de esta costa. Aquí dejamos de sentir el oleaje y vamos ya hasta Roma por tierra firme. En la estación, que es bastante espaciosa, hay un tonel lleno de agua, y, como en todas las anteriores, una fuente con su grifo, donde hemos bebido y con la que nos hemos lavado un poco todo el cisco y suciedad que encima llevábamos, pues un carbonero no está tan sucio y negro, ropa, cara y manos como nosotros. Por supuesto, que los franceses, más previosos, vienen provistos de esponjas, jabones y tohallas y quedan regularmente limpios, mientras nosotros solo conseguimos quitarnos algo la mugre, pero las manos quedan negruzcas y grasientas, como la cara, que, después de esta limpieza, parece la de un mulato.

Conviene al viajar por esta línea, de más de sesenta túneles, donde las máquinas arrojan tanta escoria, vestir la ropa más ordinaria y no abusar de la ventanilla, aunque, á decir verdad, nadie se libra de ennegrecerse.

Estamos en esta estación mucho tiempo y almorzamos.

IV.

A las 6'48 salimos de *Civita vecchia*, pasamos cinco estaciones y nos hallamos plenamente bajo el hermoso cielo de Roma, que me parece más diáfano que el de toda Italia; ese cielo que inspiró las grandes creaciones del ingenio, el estro poético de los Virgilio y los Horacios, la oratoria de Cicerón, las cívicas virtudes de sus matronas, el heroísmo de sus ciudadanos, el aliento guerrero de los Escipiones y Césares, cuyos manes, cual sombras augustas, parece que van á surgir de entre las hondas turbulentas y cenagosas del Tíber. A la vista de estos sitios evoca mi memoria y hace desfilar ante mis ojos toda la grandeza de Roma, sus cónsules y sus pretores, sus triunviros, sus reyes, su senado, su pueblo, sus emperadores, y esta naturaleza hermosa y lozana como que me señala las espigas y encinas con que coroná-ra á sus Scévolas y Cincinatos.

Yo os admiro poetas y señores, senado, héroes, grandeza y virtudes, yo os rindo el tributo de veneración y respeto que os consagran todos los siglos y todas las civilizaciones; pero, ¿Qué queda de vosotros? ¿Qué de tanta gloria? ¿Cómo se disiparon tantas grandezas? ¿Qué se hizo de tan sublimes heroísmos? Tus hombres, los dominadores del mundo cayeron y no pasaron de la Historia, que es la parte moral de tu grandeza; porque lo material se descompuso, se deshizo en los sepulcros como impalpable polvo. Si cuando eras de los césares enviabas tus legiones, tus carros y tus tesoros alborotando al mun-

do con el ruido de tus hazañas y sujetándolo á tu yugo; cuando Júpiter cae del Capitolio, tus cruzados se esparcen por toda la redondez de la tierra y el orbe entero, subyugado por la humildad, por la caridad, por el amor, cae de rodillas y adora al Cristo pobre y crucificado, que siempre presente y siempre nuevo, nunca pasará á la Historia.

El tren sigue avanzando y casi estoy á las puertas de la Ciudad Eterna; nadie escribe, pero todos mis compañeros pugnan por asomarse á las ventanillas, silenciosos, pensativos, emocionados: yo de pié sobre el wagón, también en silencio, tomo notas, contemplo y admiro cuanto á mis ojos se ofrece y bien quisiera llevar en mis apuntes todo lo que siente mi corazón; la indefinible satisfacción que se experimenta la primera vez que se tiene la dicha de ver la Roma de Nerón y Domiciano, de Trajano y Marco Aurelio, de San Pedro, Pío IX y León XIII, y, también de Víctor Manuel y Humberto, pero no; yo no veo más que la Roma pontificia, la de los Papas, la de San Pedro.

Los alrededores de Roma tienen cierta originalidad que le dan carácter, son mejores que los de Madrid y Valencia y su campiña bien puede competir con las huertas de la ribera del Túrria. No acusan, sin embargo, á la población agrícola, ni mucho menos, industrial, porque sus collados y sus torres, sus recuerdos históricos y sobre todo, la gran cúpula de San Pedro hacen pensar que estamos á los muros de una ciudad que fué empório del saber y cuna de la civilización cristiana, que fué la corte de los más poderosos emperadores, que gobernaron y dominaron el mundo y hoy lo es de los sucesores de San Pedro y también de hecho, del hijo del excomulgado.

do rey del Piamonte. Al acercarse á Roma, al contemplar por primera vez la capital de la cristiandad, todas las cuestiones y todas las ideas pierden su carácter, desaparecen para dar interés, vida, actualidad y solución á la siempre nueva cuestión romana, al pleito en pié de sus dos soberanos, incompatibles, irreconciliables. ¿Por qué no se ha resuelto ya este problema en justicia? sencillamente, porque Europa no ha querido, y la cuestión está como el primer día del inícuo despojo, porque en la vida de las naciones unos pocos lustros influyen poco en el carácter de los hechos.

Dos son los soberanos que alberga Roma: uno poderoso con ejércitos y cañones; el otro pobre y encerrado dentro del palacio, que la rapacidad del poderoso le ha querido dejar: recibe el uno la obediencia, muy discutible, de unos cuantos millones de súbditos, revoltosos y turbulentos; la voz del otro llega de un confín á otro confín del orbe y conmueve las conciencias y subyuga los corazones; se apoya aquél en el derecho de la fuerza; éste en la fuerza del derecho: tiene Humberto una historia de treinta años; León cuenta algo más de once siglos, y su soberanía es de Dios, es de Jesucristo, cuya palabra no puede faltar; y la soberanía del otro es obra de las sociedades secretas y de las complacencias de Europa, y desaparecerá cuando á Europa le plazca, cuando Dios quiera.

Son las 9'20, estamos en Roma, no encontramos un coche, ni un tranvía, ni un mal ómnibus, pues aun que hay muchos carruajes, todos los tienen de antemano acaparados los franceses, con tan matemática precisión, que no dejan ni un solo asiento vacío. Mozos de *reitorante*, *locanda*, casa de huéspedes, *albergo*, fonda y *ciceroni* nos asedian por todas

partes y por último uno de estos nos conduce al *Pallazo Attemps*, donde está el Colegio Español. Don Luis María Albert había salido á recoger á los peregrinos, pero la llegada del primer grupo, capitaneado por el inútil Juliá, le descompuso su bien combinado plan de alojamiento y le ocasionó un gran disgusto, ya que no le estalló un conflicto con los fondistas, porque el nunca bien ponderado Juliá se alojó donde le pareció, cerca de San Juan de Letrán, más de una legua de donde estábamos el resto de los peregrinos, y luego el tercer grupo, que se halló en la estación como nosotros, sin tener quién los recibiera, sin saber dónde ir, se metieron donde encontraron y cada uno por su cuenta y riesgo, sin saber, por supuesto, unos de otros, ni del famoso D. Enrique, ni nada de lo que nos convenía como extranjeros y peregrinos.

Era nuestro centro de operaciones el Colegio Español y D. Luis María Albert, encargado de facilitarnos cuanto fuera menester en hospedaje y relaciones, y por él, teníamos nuestros alojamientos. A mí me lo tenía preparado unos días hacía, por encargo del Sr. Carbonero y Sol, y en el momento encontramos casa y cama para descansar, de lo que teníamos gran necesidad. He de consignar mi gratitud al Sr. Carbonero y Sol, por cuya recomendación hallé en D. Luis María Albert todo cuanto los manchegos necesitamos y quisimos. Quien quiera que vaya á Roma, debe proporcionarse alguna relación entendida y desinteresada.

Piazza Madama 14'2.º es nuestra casa, frente al Senado, por cierto, que en el escudo de armas del balcón principal del edificio campea la cruz de Saboya, que un abogado catalán, compañero de peregrina-

nación y casa, cree que es un pegadizo posterior al adorno del balcón, que datará del tiempo de la usurpación. Yo no lo creo así, porque en el color que presenta el mármol, que es ordinario, se ve la herrumbre del tiempo que ha hecho sentir por igual su acción sobre todo el edificio y su decorado, y porque nada tiene de particular que la casa de Saboya construyera ese palacio, para residencia de algún cardenal de su familia, como los ha tenido ó para algún príncipe; bien sabido es, que esa casa ha sido piadosísima y adicta al Papado y que los Filibertos y los Amadeos se han distinguido por su virtud y su santidad, tradicionales y legendarias en la familia y casa de Saboya, hasta que Carlos Alberto cayó en las redes de la masonería. Por lo demás, bien pudo ser ese palacio, aun construido por la casa de Saboya, de la propiedad de los Papas y ser uno de tantos del despojo, porque no le dejaron más que el Vaticano y otro donde residen las congregaciones de Cardenales.

A las cuatro de la tarde (1) comemos y vamos al Colegio Español, donde me ha saludado un alumno de Almagro, Quesada, sobrino del Sr. Obispo de Segovia y otros dos conquenses, recomendados de mi sobrino Andrés. Allí me encuentro con el P. Panadero, recién llegado de España, quien se me ofrece incondicionalmente para cuanto necesite y hablamos un buen rato de nuestra tierra, de Almagro, de Granátula. También allí saludo á D. Ramiro Fernández

(1) El horario de los trenes italianos es de veinticuatro horas, pero en Roma todavía rigen los relojes de doce horas y se dice como aquí: *alle ore undice della mattina*, a las once de la mañana: *cinque della sera*, cinco de la tarde, *dodici de la notte*, doce de la noche.

Valbuena, Penitenciario de Toledo, que no sé, pero no creo haya ido acompañando al Primado, al que he besado el anillo; he visto al Arzobispo de Valencia y según me dicen, está también el de Sevilla, pero yo no lo he visto.

D. Luis María Albert ha dado permiso á los alumnos conquenses para que me acompañen y con ellos pasamos por la puerta de una capilla evangélica y llegamos á la Iglesia de San Agustín, título cardenalicio del Sr. Cascajares, Arzobispo de Valladolid, cuyo escudo de armas, que al momento conocí, está en la fachada principal, encima de la puerta. En esta Iglesia se conserva el cuerpo de Santa Mónica. El templo, al parecer del renacimiento, es rico en mármoles, con una bóveda al fresco. Están haciendo las flores y predica un P. Agustino, en italiano, desde un estrado, fuera del púlpito; su oratoria es algo sosa y afeminada. Se venera una *Madona* muy rica en joyas y exvotos, á la que besamos el pié: es de plata y casi de tamaño natural.

Después visitamos otra Iglesia, creo que es San Luis de los franceses, de buenos mármoles y pinturas. Veo una lápida conmemorativa de *Castellfidardo* y hago que me lleven á las de Pímodan y los bravos que sucumbieron cerca de *Ancona*, todos siguen detrás y rezamos un responso.

Aunque algo tarde ya, todavía visitamos otra en el momento en que van á reservar; el preste inicia el *Tantum ergo* y el pueblo lo entona con regular afinación y nosotros también cantamos. No sé qué Iglesia es, pero parece pobre. Desde allí entramos en un vasto edificio, donde están las congregaciones de Cardenales y me llevan al mismo sitio donde fué asesinado el Conde de Rossi, Ministro de Pío IX,

en cuyo sitio hay un busto del célebre astrónomo jesuita P. Sechi con inscripción latina.

Hemos visto esta tarde las estatuas de *Mazzini*, masón, uno de los más furiosos sicarios de la revolución, la de *Alingheti*, el filósofo de corazón corrompido, y la del apóstata *Giordano Bruno*, todas deben ser de bronce y están sobre un pedestal, que con la figura medirá unos tres metros de altura. La del fraile apóstata sirve de punto de reunión á los estudiantes racionalistas de la Universidad y Colegios láicos para despotricar contra el Papa y la Iglesia en los días de holgazanería y de crápula.

Regresamos al Colegio Español y nos dan *biglietto*, billete, para asistir mañana en el Vaticano á la solemne canonización del B. *Lasalle* y Santa Rita de Cásia. Llegamos á casa á las diez, cenamos y me quedo escribiendo esta nota. Mi compañero Ribera se acostó hace un rato.

V

Día 24 de Mayo, Ascensión del Señor.—A las 7 y 45 de la mañana llegamos á la inmensa plaza de San Pedro del Vaticano y nos encontramos con un doble cordón de tropas y *carabinieri* que nos impiden la entrada; están allí para mantener el orden, dentro de los dominios de Humberto, que llegan hasta *il Portone di Bronzo*, que es la frontera del Papa. A las ocho empiezan á voltear las campanas para la fiesta de la Canonización, hora señalada en los billetes de entrada; sin embargo, son las nueve y no hemos conseguido más que pasar el primer cordón de *carabinieri*, pero al llegar al otro, que está al pié de la gran escalinata de la Basílica, se nos cie-

rra el paso nuevamente. Hace un calor sofocante, de lleno recibimos los rayos de un sol espléndido y es tanta la aglomeración de gente, que se hace imposible estar más tiempo en aquel aprieto de carne humana, que aplasta y oprime y se agita amenazando en sus brascas sacudidas franquear las filas de los soldados italianos. Yo no puedo más y me retiro á las galerías de la columnata, me siento en el zócalo de una y escribo esta nota.

Es la plaza de San Pedro una ámplia y bien adonada circunferencia, de quizá más de doscientos metros de diámetro, limitada por la gran columnata, que arrancando de la fachada principal de la Basilica cierra en círculo en frente de ella, dejando abierto un espacio casi igual, que es la entrada de los carruajes á la gran plaza. En el centro matemático de ella se levanta una pirámide, formada por un monolito traído de Egipto, de ciento veinticuatro piés de altura, puesto allí por Sixto V y tiene en su base la inscripción latina *Christus regnat etc.* A su lado á simétrica distancia hay dos fuentes, parecidas á la antigua de la puerta del Sol de Madrid, surtidas por las aguas del monte *Janiculo*, que arrojan á gran altura abundante y menuda lluvia, templando los rayos briosos del Sol que se complace en convertirla en chorros de rica pedrería de fantásticas irradiaciones.

La columnata es una buena y hermosa obra de Borsamini, formada por cuatro hileras de colosales columnas, de orden dórico, que forman tres espaciosas, en este tiempo frescas galerías, de las cuales la central permite el paso de frente de dos coches á la vez.

La fachada principal de San Pedro no presenta armonía en su decorado, ni tampoco corresponde á

la grandeza y suntuosidad interior del templo; está coronada por estatuas de santos y mártires, todas de tamaño natural en mármol. En el centro está el Redentor con la Cruz, á su derecha San Juan, á la izquierda San Andrés, luego siguen otros Apóstoles, Santa Inés, San Sebastián y otros santos. Las de San Pedro y San Pablo están en las torres laterales de los dos relojes de la fachada, así como en el suelo, al pié de la escalinata, erigidas por Pío IX hay otras dos de estos mismos Santos Apóstoles, tamaño natural, en buen mármol blanco, sobre hermosos pedestales. Sobre la puerta principal ó central del atrio se vé el escudo de armas de los *Pecci* y encima en el balcón un gran lienzo con las imágenes de Santa Rita *de Casia* y San José *de Lasalle*. Ciñe toda la fachada una ancha inscripci6n latina que dice: «Fué construida por Paulo V en honor de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, año MDCXII, VII de su Pontificado.

El aspecto que presenta la plaza literalmente llena es hermoso, por lo raro y abigarrado del conjunto. Se ven eclesiásticos de levita y sombrero de copa, de manteo y sombrero hongo, y no son pocos los que llevan el chambergo; de sotana y un abrigo corto, que no es balandrán, ni dulleta, es algo más largo que una americana y con él, por lo menos hoy, estarán muy abrigaditos. Los franceses se distinguen por su cartera de viaje y su gola ó pecherín, puleros y estirados y las señoras por sus elegantes sombreros de paja, ligeros y adornados de tul blanco y plumas y ellas y ellos asestando á todas partes la puntería de sus gemelos y provistos de voluminosos libros en octavo, que supongo serán guías de Roma ó de Italia. Hay también un pope ruso,

de luenga barba y amplios hábitos que revelan cierta suciedad y abandono; lleva en la cabeza un sombrero como nuestras copas, sin alas. La poca gente española también se distingue por su indumentaria. Sotana y manteo de correcto corte llevan los eclesiásticos y el sombrero de canal, más ó menos auténtico; las señoras han tenido el buen acuerdo, que mucho les aplaudo, de no traer el sombrero antipático que me revienta: vienen luciendo la airosa mantilla española, que tanta gracia y aire señorial presta á quien la lleva. Se ven hombres del pueblo, que deben ser italianos, su traje, que no es el ordinario y habitual de ellos, es el de etiqueta, porque deben vestir la mejor ropa, ó la más honesta para poder entrar en el Vaticano: llevan calzón, media, zapato bajo y una chaqueta ancha y larga, bien planchada camisa, con gordos botones y alamares que parecen de oro y chambergos de anchas alas; estos son campesinos: otros visten pantalón y americana, buenos borceguíes y sombrero hongo ó chambergos, igual que los españoles. Las mujeres de las provincias italianas van algunas con mantilla de tres picos, de inmaculado fondo blanco y una gran franja azul, todo de raso y grandes arracadas que descansan en los hombros, gruesas piedras en las peinetas y peinados particulares. La cruz de sus collares cae sobre el pecho honestamente guardado por una camisola ó blusa que ajusta rigurosamente á la garganta y modela su talle un corpiño de caprichosos bordados y colores chillones. Visten recio refajo de paño rojo, amarillo ú oscuro, corto y de vuelo; llevan media blanca, zapato chinela, que descubre el pié, con cintas y lazos. Algunas llevan á la cabeza, en vez de la mantilla blanca, una especie de toca, á manera de turbante, que parece

hecha con una funda de almohada blanca como la nieve, muy planchada, lo que permite que con ella formen una visera que las libra de los rayos del sol, pero creo que las conoce muy bien porque están muy tostadas.

A las diez, por fin, nos dejan subir las gradas y penetrar por las inmensas puertas de bronce de la Basílica que no se abren más que en ocasiones de gran solemnidad, como la presente. La primera impresión que se recibe es de desencanto. El paso del atrio monumental no es lo bastante para acomodar la retina á un medio más oscuro, es muy brusco el tránsito y el templo parece estrecho, pequeño y pobre; pero tan pronto como el ojo recobra el imperio de sus funciones se experimenta una impresión tal de grandeza y de sobrenatural suntuosidad que es imposible de describir. El humo y los gases desprendidos de la combustión de millares de luces han condensado hacia la cátedra una nubecilla que inspira no sé qué especie de ideas bíblicas que se traducen por esta expresión: *Esta es la casa de Dios y la puerta del Cielo*. Precisamente el momento de mi entrada, escogido de intento, no sería más á propósito para herir vivamente el espíritu del creyente convencido: el coro y la capilla cantan *¡Oh salutaris Hostia!*, la muchedumbre no está arrodillada, porque no puede moverse, pero la guardia suiza tiene rendidas las armas: están alzando.

Lo que aquel templo es, se siente, se vé, se toca, digámoslo así, pero no se pasa de eso. Es menester verlo una y muchas veces, pasarse allí muchas horas, dejar correr el corazón y la cabeza, abismarse en aquellas joyas del arte, hojear el Antiguo y Nuevo Testamento, la historia del mundo y de la Iglesia y

entonces estimo que se podrán descifrar sus misterios, leer sus mármoles y sus pinturas, y antes la humana labor se rendirá á la fatiga, que el viajero ilustrado y observador pudiera exclamar: *ahora sé lo que es esta maravilla que se llama San Pedro del Vaticano.* Me dicen que cabe ciento veinte mil almas, y lo creo; hoy habrá de ochenta á noventa mil. Es de tres naves anchas y espaciosas, limitadas por columnas de buenos mármoles, elegantes y atrevidas, que sostienen la bóveda que desde abajo parece formada á cuadros repujados de oro y plata. Las cornisas de arriba están cuajadas de velas, como las pilastras, cada una con treinta y siete hileras de luces; cada una de las arcadas tiene treinta y dos arañas de veinticuatro luces cada una; también está igualmente iluminada la confesión de San Pedro con bonitas combinaciones de arañas, el crucero, la Cátedra, donde está el Papa, su corte y el cuerpo diplomático. Junto á mí hay un obrero francés que las cuenta, lleva sumadas más de doce mil y calcula que le quedarán más de otras tantas. Todo el templo está colgado de damasco de seda rojo con ancha franja dorada. De las arcadas penden magníficos estandartes de terciopelo con emblemas y alegorías de las virtudes, la que está sobre nosotros es la Paciencia.

Desde la puerta principal hasta la Cátedra se abre una vía como la valla de nuestras Catedrales, formada por escaños y bancos, perpendicular á esta y desembocando en ella sale otra igual de la capilla del Sacramento; por donde el Papa ha de pasar para retirarse á sus habitaciones, después de la ceremonia. A ésta hemos podido llegar á costa de empellones, sudando como segadores, pero vamos á ver al Papa muy de cerca, y muy de cerca ha de

oir el acento castellano. Tendidos por el interior de la vía hay unos cuatrocientos suizos con sus vistosos uniformes de amarillo, negro y rojo á listas, grandes picas de ancha y plateada hoja y machete, también usan remington, otros llevan alabardas y cascos dorados de rizado plumero, otros también largas colas de caballos que les llegan á mitad de la espalda, que, por lo visto de la diferencia de uniforme infiero, que los suizos deben pertenecer á distinto cuerpo é instituto, pero todos de la guardia pontificia, porque allí no entran los soldados de Humberto, son extranjeros en aquel sagrado recinto. De corbata blanca y guante, ostentando condecoraciones pontificias y levita ó frac de irreprochable corte andan por el interior de la vía jóvenes casi imberbes, hijos de la nobleza romana, haciendo el oficio de introductores ó aposentadores en los *recintos*, tribunas, de esas mismas familias, sucesores quizá, de los *Donas* y *Colonnas* y también de las familias de los Embajadores cerca del Pontífice. Repartidas convenientemente acá y allá hay seis *estanzas sanitarias* provisionales, con médicos y botica, para socorrer de primera intención al que pudiera ponerse enfermo, cosa no rara, ni difícil en tanta aglomeración. Me dicen que esta mañana en la función de temprano ha muerto asfixiado un alemán.

Desde donde estoy no se ven bien las ceremonias de la canonización. Ya han empezado otra Misa solemne, han entonado el *Veni Creator*, después el *Miserere*, que todos hemos cantado; señala el reloj las once y cuarenta y cinco minutos, llevo más de tres horas de pie y no sé cómo estoy: quiero doblar las piernas y no puedo, parecen de acero, avanzo y conquistó unos puestos más hasta llegar á dos cuerpos

de la vía, pero nos ahogamos: el aire es calentujo, asfixiante y cada vez estamos más apretados. Ahora se ven otros guardias, que tienen aspecto de mace-ros, con largas casacas, pelucas blancas, picas como los otros, pantalón de ante y polaina negra, prece-diendo á eclesiásticos jóvenes vestidos de morado y delante de mitrados con pluviales blancos, que, á poco regresan por el mismo camino y orden que llevaron.

Que está para terminar la ceremonia se conoce en el movimiento de la gente oficial; pasan y cruzan religiosos y obispos, coristas, sacristanes, seises, alumnos de nuestro colegio, alemanes, franceses y de otras naciones: la muchedumbre parece que se re-coge como cuando se espera algo extraordinario, se queda en silencio, único momento que lo ha ha-bido, durante dos largas horas; se oye «ya viene el Papa», desfila ante nosotros, ya impacientes y con-movidos, una larga procesión de Arzobispos y Obis-pos, todos con capa y mitra blanca, entre ellos el de Valencia, no veo al Primado. Ya se oyen vítores y aclamaciones en acento extranjero, pero se percibe bien distinta y claramente que aclaman al Pontífice, *il Papa Re Leone*. Un sacerdote francés grita para que no se den vivas, porque en las papeletas de en-trada se decía: *E. victato prorrompere ni applausi ed acclamazioni*. Pero esa simple advertencia tiene ca-rácter puramente político, y sus compatriotas y los demás peregrinos echaban sobre sí toda la responsa-bilidad de la falta de cumplimiento de las reglas y advertencias de las papeletas y de las reclamaciones del gobierno de Humberto, caso que las hubiera, nunca se podría hacer responsable á la corte Pontifi-cia, que, muy previsora, las había prohibido, y en cuanto á nosotros, no nos quitaría el sueño el enojo

de Italia. Yo me encaro con él, le apostrofo y le hago que se calle, y por ello un sacerdote mallorquín me felicita. *Ya viene, ya viene*, se oye sucesivamente y se repiten los vítores y aclamaciones, y se agitan los pañuelos, y aplauden las manos; pero todavía nosotros no lo vemos; sigue la procesión, pasan los Cardenales y un Patriarca, no sé cuál; por último, en la silla gestatoria, llevando á sus lados los *flavelli* «plumeros», aparece la figura augusta, venerable y angelical del gran anciano, y se atropellan todos los respetos, y se desbordan todos los corazones, y todas las lenguas, y todos los idiomas dan vivas, y todas las manos aplauden, y lloran todos los ojos rebosando ternura... amor... fé... delirio y locura por aclamar al Pontífice que de cuando en cuando se incorpora en la silla y nos bendice, al Vicario de Jesucristo, al sabio y al santo de nuestros días. Yo lloro, río, voceo, aplaudo y levanto las manos y el sombrero. Mira León XIII á todas partes, se sonríe y bendice, y el entusiasmo es indescriptible; y, aún después de estar seguramente en sus habitaciones, todavía duran las aclamaciones y los aplausos.

No puede negarse que estaba visiblemente conmovido y paternalmente emocionado por la demostración filial de que era objeto: demostración ni estudiada, ni querida, sino natural, espontánea y sincera, como sentida en el corazón y nacida de muy hondo, del fondo de la conciencia católica. A vista del Papa se siente la presencia de un ser sobrenatural; desaparece la humanidad y cede todo su lugar á la Divinidad: es el sumo Sacerdote que, siendo hombre, lleva en sí un *quid divinum* ante el cual caerán todas las potestades terrenas. Y como en él se ve á

Dios, se ve también la soberanía y la autoridad que, como una emanación de la autoridad y soberanía de Dios, se encarna en él mejor que en príncipe alguno. Los soñadores que creen que la Religión ha pasado y que el Papa es de institución puramente humana, ya pasada de moda, no podrán menos de reconocer en estas patentes pruebas de palpable vitalidad, que ni la Religión ha pasado, ni el Romano Pontífice tampoco. Firmes en la promesa de su Divino Fundador se sostienen robustos y poderosos, y vivirán hasta la consumación de los tiempos. A los ojos de la Europa Católica representada por 90,000 lenguas, que en todos los idiomas y dialectos aclamaron á León XIII el 24 de Mayo del 1900, el Papa es y será siempre el legítimo soberano de la Ciudad Eterna.

VI

3'15 tarde.—Acompañados de los colegiales españoles visitamos la *Iglesia de Santa Catalina* de Sena, donde se venera el cuerpo de la Santa y el brazo derecho de Santo Tomás de Aquino, el Angel de las escuelas católicas, en artístico relicario de plata repujada. Es buena iglesia, y en su sacristía se han celebrado dos Cónclaves para la elección de Papa y se custodian muchas reliquias.

También visitamos la *Iglesia de Jesús*, de su Compañía, de mármoles y alabastro como sus altares, y muy especialmente el de San Ignacio, cuya imagen también de mármol ocupa el trono, es una buena obra, de tamaño natural, con casulla recamada de alhajas y piedras preciosas, que representan una regular riqueza. En la parte superior del retablo hay

una esfera de lapi lázuli único ejemplar de una sola pieza que se conoce en el mundo. Desde allí, vamos á la casa en que vivió y murió San Ignacio, que apenas si ha sufrido variación notable en sus detalles principales. En la alcoba donde expiró hay un altar: también se conservan la cama, armarios, breviario y una mesa, y están muy bien conservadas todas las puertas y ventanas del edificio que lo embellecen algunas pinturas de regular mérito.

La *Iglesia de San Pedro in vinculis*, como la llaman en Roma, fué la última que visitamos á las seis de la tarde; es una de las más humildes de Roma, baja de techo y de sencillo y pobre decorado; pero allí se custodian y veneran las cadenas de San Pedro, que hemos besado, comprando cinco de acero de la forma y eslabones de las auténticas del Santo Apóstol, á las que fueron tocadas. El retablo construido por Pío IX es precioso y la cripta donde se veneran las cenizas de los siete Mártires Macabeos encerradas en una bonita urna cuyo bajo relieve representa los mártires, es también una buena obra. A la salida de la sacristía y á poca altura del suelo se encuentra el desproporcionado *Moisés* de Miguel Angel, tan exagerado en sus líneas anatómicas, como propio y expresivo en sus facciones. Su frente con cuernos, su poblada y crecida barba, que parece ondulada por el viento, su apostura gallarda y majestuosa le dan un aspecto severo y causan indeleble impresión en el peregrino; parece que se va á levantar airado hasta la bóveda del templo, raquítico y miserable, comparada con la inmensa mole de su cuerpo; que reprende severamente al pueblo libertado sobre el que va arrojar los rayos de su autoridad; parece, en fin, que piensa, que habla, que se mueve

aquel inmenso bloque, protestando de que se le tenga en tan secundario lugar. En la rodilla derecha se le conoce la esquirla levantada por el martillazo del autor, cuando, contemplando acabada su obra y sintiendo en su mente latir el estro de atrevida inspiración, la cree dormida y la despierta con el último martillazo, apostrofándole *Eureka*. ¿Por qué no hablas? Fué construida para el mausoleo de Julio II; mas, por no terminarse este monumento, allí se encuentra esperando ocupar el lugar que le corresponde en justicia. No se cansa el viajero de admirar aquel corpachón, aquella hermosa y perfecta desproporción anatómica tan acabamente detallada por Miguel Angel.

Foro de Trajano. Frente á las Iglesias del Sagrado Corazón y Nuestra Señora de Loreto, cercadas por una balaustrada de mármol y una fuerte verja de hierro, se admiran las ruinas de este soberbio monumento del Imperio Romano, del cual no se conservan hoy más que pedazos de columnas, zócalos y estatuas. Lo único que mejor se ha conservado es la columna central, llamada de Trajano, que me dicen es de bronce; tiene en su coronación la estatua de San Pedro, en sustitución de la de Trajano, rodeada de un balconcillo al que se sube por un caracol interior; su altura es la de la montaña que allí existía y que desmontaron para dejar llano aquel sitio: es un monumento singular cincelado con admirable delicadeza; un cordón, que sube en espiral hasta la cúspide, separa los bajo relieves que lo adornan, para que con mayor facilidad puedan ser apreciados por el curioso viajero; entre las figuras más notables, se descubren las mujeres de los dácios que con una mano despojan á los prisioneros y en la otra llevan an-

torchas para quemarlos. Recibe luz por ventanas abiertas de trecho en trecho.

Para irnos á casa pasamos por *Piazza Navonna* que es una de las más espaciaosas de Roma, ocupando uno de sus mercados el sitio del antiguo *circo de Agonal*, cuya forma, que aún conserva, es cuadrangular, y tiene un monolito de granito con estatuas colosales obra de Bernini, del cual son también otros dos monumentos que, á corta distancia del monolito, se observan á lo largo de la plaza; todas aquellas estatuas arrojan sin cesar un inmenso caudal de agua, con la que, en los días de fiesta, se inunda en el verano toda la plaza: costumbre antiquísima á la que los romanos de hoy tienen suma afición y la cual es una parodia de la inauguración de las fuentes en tiempos de Inocencio X. Ya noche pasamos á la *Iglesia de Sta. Inés*, redonda, con buenos frescos en la bóveda, retablos de mármol y muy buenas imágenes. También es notable la sacristía donde no se ha escaseado el lujo y adornos en el decorado. Los bajos-relieves del templo valen muy poco.

Día 25 de Mayo— 8'25 mañana.— Llegamos al *Vaticano*, que es como una mediana ciudad, con edificios de construcción pertenecientes á distintas épocas. Entramos por *il Portone di Bronzo*, frontera de los actuales dominios del Papa, exhibiendo la *tessera* de peregrino y visitamos las logias de Rafael, cuyas preciosidades y riquezas artísticas es imposible describir en solo tres horas que invertimos desfilando por frescos, lienzos y tallas, exuberantes manifestaciones del genio de Rafael, Miguel Angel y otros artistas de no menos acreditado pincel. *La Transfiguración*, *La boda Aldobrandina*, famoso mosaico de la sala de Alejandro VI, el célebre *incendio del Borgo*

Veetico, famoso fresco de Rafael, asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, de la historia de Roma pagana, emblemas y alegorías de las ciencias, triunfos y glorias de la Iglesia y el Papado, joyas artísticas, en fin, de inapreciable valor pueblan en bien ordenadas colecciones aquellas amplias salas, cuyos pavimentos de mármol ó preciosos mosaicos, puertas de ricas maderas y elegantes ventanas son acabados modelos del Arte y Arquitectura medioevales.

Después visitamos los jardines del Papa, inmensas alamedas y tupidas galerías de árboles donde los ardientes rayos del sol del estío no pueden penetrar en manera alguna y donde se respira un ambiente verdaderamente deleitoso: hay álamos seculares, encinas y gigantescos laureles de los que corto una pequeña rama para llevarla á España y recojo unas cuantas hojas de otros árboles para conservarlas de registro en mis libros más usuales. Hemos bebido agua de una gruta muy parecida á la de Lourdes. Comprenden los jardines del Vaticano una inmensa extensión de terreno, que tiene casi diez leguas de perímetro: de esta afirmación no respondo, pero sí afirmo que, como todo lo que aquí se admira, es grande y majestuoso. El aire oxigenado y fresco de los jardines nos mitiga un tanto la fatiga, y en seguida pasamos á la *Biblioteca*, cuya sala principal es interminable. Se custodian ciento de miles de volúmenes, raros manuscritos, códices de inapreciable valor y joyas caligráficas como no se encontrarán en el mundo. Es igualmente notable la Biblioteca por su marmóreo pavimento y precioso decorado, por las ánforas y linternas de barro de los primeros siglos de la Iglesia y por los mil y mil objetos pertenecientes á los cristianos de aquellos tiempos que

se conservan en vitrinas colocadas á lo largo de la sala en dos interminables filas laterales. Con los regalos de objetos religiosos y de arte han formado los Papas un inmenso museo. Allí, en otra sala, se conserva la pila en que fué bautizada la exemperatriz Eugenia, que es un hermoso ejemplar de mármol verde; á su lado, hay otra pila en que fué bautizado un príncipe persa convertido y además otras cuatro ó cinco, todas ricas y acabados modelos. Otra estancia con buena estantería guarda los albums y mensajes enviados á Pío IX por la cristiandad durante su glorioso Pontificado, unos en artísticos estuches de plata, oro, cobre, encina ó caoba, otros sin él, pero todos lujosamente encuadernados, con ricas tapas de vitela ó pergamino, escritos en todos los idiomas y caracteres conocidos. León XIII puede también con sus regalos formar un gran museo, y creo que adicionando á los suyos los de Pío IX se formaría uno colosal.

Se pasa después á las *salas de los Borgias*, viviendas de los Papas españoles Alejandro VI y Calixto III, que son notabilísimas y de excelentes pinturas. He visto el mapa de Alejandro VI con cuya ayuda resolvió León XIII la cuestión de las Carolinas el año ochenta y cinco, cuando el barco de guerra alemán *Ittis* hizo arriar la bandera española en aquellas islas, que recientemente hemos vendido. No pudimos ver la capilla Sixtina y habitaciones del Papa.

Llegamos á casa muy cansados y rendidos; pero en vez de dormir hago esta nota, que si es verdad que parece corta en relación de tanta riqueza y preciosidad tanta como termino de contemplar en cinco horas; es cierto también que para enumerar sólo tantas notabilidades artísticas, literarias, históricas y

arquitectónicas se necesitan, si ha de hacerse en debida forma, extensos conocimientos en ciencias históricas y sobrado tiempo de estancia en la ciudad Eterna. Deseando hacer algo más, me acerco á un librero ambulante para comprar una *guia* á cualquier precio y tiene muchas, pero en francés, inglés, italiano y alemán, y ninguna en nuestro idioma: lo propio me ha sucedido en diversas tiendas donde he preguntado lo mismo.

4¹⁰ tarde. — Visitamos el *Panteón de Agripa*, soberbia mole que forma una cúpula más grande que la misma de San Pedro, pero asentada en la tierra, y cuya cubierta, me dicen, fué de bronce, con el que fundieron cañones y algunas columnas célebres hoy. Agripa, yerno de Augusto, lo consagró á Júpiter Vengador después de la batalla de Accium; fué la mansión de todos los Dioses que el Imperio importaba á Roma de los países conquistados; en él se celebraba cada año en honor de todas las falsas divinidades una festividad común; hoy es una iglesia católica, cuyas imágenes ocupan los sitios de los dioses paganos; es oscura y sombría; en el frontispicio se lee el nombre de Agripa; aquí está la tumba del excomulgado rey del Piamonte, Victorio Emmanuele ¡pobre y miserable! aunque con inscripción alegórica á sus hazañas. Una guardia de unos cuantos números, pocos y creo que todos estos oficiales, con uniforme y ros encasquetado—á pesar de estar en la Iglesia—cuidan de facilitar el album donde firman los devotos de la Italia una. Los que estamos sin saber, por cierto, que estaba enterrado Víctor Manuel en aquel recinto profanado por él, nos salimos sin examinar más de cerca el monumento.

VII

Estamos ya cuatro días en Roma y no hemos parado mientes en su población, ni hemos hecho otra cosa que correr viendo los monumentos que hemos podido, y esta tarde la dedicamos á recorrer sus calles. Sabido es, que Roma se llamó *Orbs septicollis*, siendo sus amplias murallas la causa de que se aglomerasen sus edificios y que sus calles y plazas fueran algo estrechas. En los frontispicios de sus casas y chaflanes de las esquinas se admiran, invertidos con prodigalidad suma, notables trabajos en mármol y bellísimas Madonnas en pintura, sobre todo en la antigua Roma tanto pagana como cristiana que tanto agrada al curioso viajero al que le asedian por doquier imágenes y estatuas, columnas y ruinas venerandas, que constituyen un rico museo y evidencian á los sabios *touristes* que la transición en el arte de ambas épocas fué demasiado imperceptible. Se ve por todas partes la mano generosa y protectora de los Papas, y en esta atmósfera se vive y respira todavía, á pesar de las categóricas afirmaciones en contrario que barbotan los italianísimos, y á pesar de sus trabajos hechos por italianizar á todo el mundo; pues, fuera elementos oficiales, la población sensata recuerda con entusiasmo la memoria de los Papas, su gobierno, tan justo como paternal y barato, su decidida protección á las ciencias en todos los ramos del saber, su celo y cuidado en la conservación y reparo de los monumentos y ruinas de que Roma se gloria ser la primera ciudad del mundo. El *Coloseo*, *Arco di Tito* y otros muchos monumentos donde se observan grandes obras de reparación llevadas á cabo por

Papas como Sixto V, Gregorio XIII y Pío IX acreditan esta verdad por todos reconocida. Y aunque los actuales gobernantes civiles han tratado de embellecer la capital con la *Piazza di Venecia*, el *Corso Victorio Emmanuele*, amplia, recta y espaciosa vía por donde circula la sabiduría de Roma y centro general de carruajes, tranvías y ómnibus; les queda mucho que andar para borrar la memoria de los Papas, que ¡vive Dios! no conseguirán jamás. Ciertamente, que es bello el barrio transtiberiano, todo moderno y con muchas calles tiradas á cordel; cierto también, que se han prodigado las estatuas de los prohombres de la Revolución, raquílicas, pobres, de actitud insolente y descocada y formando desventajoso contraste con los soberbios monumentos que deben su origen ó conservación á la piadosa mano de los Pontífices; y cierto, por último, que nombres como el del famoso Cavour se leen en la rotulación de algunas calles; pero ni esto, ni cuanto puedan hacer ó inventar, podrá borrar el sello característico de aquellas plazas, en alguna de las cuales apenas si podrían evolucionar los carruajes, de aquellas calles estrechas y sombrías con sus estatuas, sus palacios, sus madonnas y sus ruinas. Sólo destruyéndola, aventando sus cenizas y edificando nueva ciudad se podría pensar en que perdiera su aspecto y carácter especial; pero restaría aún arrancar de la Historia las brillantes páginas de Roma, y, para conseguirlo, sería preciso borrar de la historia del mundo sus eternas huellas, hasta que nuevas generaciones vinieran sin saber que existió una ciudad del más oscuro y humilde origen, que llegó á ser la más opulenta y poderosa del mundo, grande en sus triunfos y en sus desastres, en sus glorias y en sus humillaciones, temida y respetada con

el gobierno de sus reyes y triunviros, sus cónsules y sus Emperadores, su Pedro, Pios y Leones, los que á pesar de su política *retrógrada y reaccionaria* supieron conservar con decoro el *Senatus Populusque Romanus*, y no conocieron el billete de diez liras y de cinco liras, ni la moneda de níquel de 0'20 liras, ni la miseria de la población en desacuerdo con sus lujosos escaparates, bazares é instalaciones mercantiles.

El número de coches es incontable; á cada paso se encuentran los aurigas que desde que alcanzan á ver á un extranjero, ya están con el índice de la mano izquierda levantado, señal de invitación á la que el extranjero contesta del mismo modo, ó no contesta y prosigue su camino. Las tarifas son iguales que las de aquí, y lo mismo las de los tranvías eléctricos, de sangre y ómnibus; es muy interesante saber elegir cochero que, al mismo tiempo que conduzca al extranjero á donde desee, le pueda servir de *cicerone*; es conveniente también enterarse bien de las tablillas que llevan en el interior para conocer el precio de las carreras, pues, aunque finos y obsequiosos no dejan de estafar en unos cuantos *soldi*, quizá más que en Madrid, al bonachón que se deja.

Poco puedo decir de la moralidad de Roma, pues para ello es necesario permanecer bastante tiempo en la ciudad. De todos modos, el barómetro acusa una gran depresión en sus pornografías, sus modas, su literatura obscena é impía, sus teatros con su lúbrica *ópera italiana*, su prensa periódica y en especial la radical y antipapista, cuyos periódicos, revistas y folletos inundan los cafés, en los que no se ven ya aquellas maddonas alumbradas continuamente por dos cirios, ni son lugar de tertulia como en España, y lo mismo las tabernas de las que aquí hay un nú-

mero crecidísimo. Apunto este dato por haberme cogido en mi corta estancia en ésta un día de elecciones y visto que mientras que los cafés están desiertos, las tabernas rebosando á todas horas gentes de todas clases y condiciones. Quizá sea porque en los cafés como en los tranvías, bazares y tiendas está prohibido escupir *é vietato sputare* y en algunas hasta fumar. También se prohíbe escupir en las iglesias y en los museos y salas del Vaticano escupir, fumar, tocar los cuadros, objetos y esculturas.

La alimentación es muy ligera; el *formaggio* «queso» legumbres y sopa la constituyen para la gente del país. El extranjero debe irse derecho á su hotel sin asustarse de pagar diez liras «cincuenta reales» en la seguridad de encontrar buena cocina y cómodo alojamiento. Nosotros pagamos siete liras «treinta y cinco reales» y el trato no es mejor, ni con mucho, que el que se obtiene en Madrid por seis pesetas; pero, no hemos podido elegir, porque de antemano los peregrinos teníamos hospedaje señalado, aunque cada uno se alojara después donde le pareciera. Los que solo pagan dos ó tres liras ponen el grito en el cielo con su alojamiento; hay, no obstante, que advertir que todos parece tienen derecho á explotar al peregrino. Nos dan café con leche por la mañana y al almuerzo sopa, un bistef con carne apenas pasada por el fuego, *colombinos*—pichones—y algo de ternera con guisantes: por la noche poco más ó menos. El queso rayado se pone siempre en la mesa por si se quiere adicionar á las comidas, generalmente sosas; á la menestra no le dice mal. Los entremeses son salchichones, jamón ahumado, servido en limpias, finísimas y transparentes hojas, en lo cual mis patrones tienen tan rara preci-

sión, que se les puede dar muy bien el título de excelentes laminadores.

Un día de sobre mesa, pensando que aquella tarde nos iríamos á Loreto y por consiguiente que no comeríamos en aquella casa pedí que nos sirvieran *macarroni* al día siguiente: se hablaba de lo insuficiente de aquella alimentación casi lactea y aquellas carnes tan, á mi juicio, sin glóbulos rojos y tuve la humorada de llamar y pedir los *macarroni* para el almuerzo siguiente. No nos fuimos á Loreto, y, en efecto, nos sirvieron los *macarroni*, que yo probé por tomarle el gusto á aquella bazofia de solitarias, descolorida y sosa, con ligeras reminiscencias de carne y pedazos imperceptibles de jamón. No hay que decir que yo, carnívoro convencido por naturaleza y costumbre, dejé intacto mi plato, cayendo sobre mí todo género de puyas, chanzas é indirectas por parte de los demás comensales, que alegremente celebraban mi chasco de los *macarroni* que para ellos había yo mandado servir á la patrona, suponiendo equivocadamente no había de tener ésta ocasión de ponérmelos á la mesa por esperar encontrarme entonces bastante lejos de la ciudad Eterna. Mi querido compañero de viaje, Sr. Rivera, no los halló tan indignos de su estómago, y, sin ambages, se sirvió un plato regular.

VIII

Día 26 de Mayo.—Seguimos sin dirección y solo se conoce que traemos un jefe en que parece que éste estudia la manera de estorbar y entorpecerlo todo. Pensamos ir á Loreto porque nos dice que el Papa ha dispensado ocho de los días reglamentarios de Jubileo y que éste se puede lucrar individualmente; en

el momento crítico nos encontramos casualmente con él, rectifica lo dicho y nos tenemos que quedar en tierra, sin hacer esa expedición, porque el Jubileo se ha de ganar en grupo, si bien quedando reducidas á dos las diez de las visitas á las Basílicas y las ha dispuesto para aquéllos en que nosotros debíamos estar en Loreto.

Ya están los mayorquines cumpliendo las visitas, y los franceses, que, en correcta formación con sus medallas de peregrinos al pecho recorren estas calles á pié de una en otra Basílica. Los directores se comunican con ellos de una manera admirable, poniendo todos los días en sitios públicos, esquinas y plazas anuncios impresos con el programa ú orden del día, señalándoles ejercicios, sitios y horas. Los creo capaces de haberlos traído impresos, al ver el cálculo matemático conque parece vienen dispuestos todos los detalles, cada día el papel es de un color y entiendo que hay dos ó tres en cada esquina.

En el Colegio Español nos han facilitado papeletas para ser recibidos particularmente por Su Santidad y bajo esta impresión hemos llegado á las diez al Vaticano, pero no ha sido así é ignoro la causa, teniendo que contentarnos con verlo en San Pedro. También se han presentado los mallorquines y portugueses, pero ningunos tan admirablemente como los franceses. Supongo que su peregrinación es diocesana y la representa un estandarte grande, de raso, con inscripciones, escudo de armas y el del Papa; las Parroquias de que se compone llevan cada una á la cabeza de su grupo su bandera ó estandarte con el nombre ó escudo de la Parroquia, bordados en los colores nacionales, escudos y emblemas, y dicho está, que cada individuo lleva la indispensable medalla al

pecho, sujeta con un lazo de cinta estrechita, pero de los colores de la patria. Todos se presentan más ó menos bien, mejor, sin duda, que nosotros. Apenas han llegado, un abate se sube á una tribuna, les pronuncia un discurso ó arenga al que contestan los suyos con vítores y aplausos. Hay indudablemente mayor número de personas que el veinticuatro; entre noventa mil ó más, poco significan dos ó tres mil voces; sin embargo, se han compuesto de manera que están repartidos por toda la Basílica y de todas partes se oye el acento francés, resultando como si no hubiera más que franceses. Después del discurso cantan himnos en dos coros, el *Gloria* y el *Credo*, pero todos, eclesiásticos y seglares, con muy buena entonación.

Nosotros en cambio estamos muy quietitos, calladitos y arrinconaditos, nadie se da cuenta de nuestra presencia. Yo he conseguido mejor sitio, un compañero se ha retirado con los otros de casa y no sé por dónde se habrá podido colocar; yo estoy al paso de León XIII, y por consiguiente lo he de ver más cerca. Un suizo maltés me protege y cubre con su pica para que no me atropellen, al propio tiempo que le evito á él los empujones por la espalda. Me ruegan que ceda mi puesto á una señora francesa enferma; les digo que se hubiera quedado en casa, teniendo que repetírselo en latín, con mucha gravedad para que no insistan. Entretanto pasan unos cuantos franceses filipenses, maristas y de otros institutos, precediendo á Obispos y Cardenales, sus paisanos prorrumpen en vivas á Francia: tienen razón para entusiasmarse, pero la verdad es, que ya revientan estos empalagosos patriotas, que todo lo convierten en sustancia.

Ya está en la Cátedra el cuerpo diplomático, llenas las tribunas, cruceros y todo el templo; sigue la procesión de Obispos, que parece interminable y se sienten los aplausos de la gente que se halla en la capilla y tránsitos por donde sale el Papa de sus habitaciones; el espectáculo es grandioso. Al pasar por mi puesto se aparta mi suizo y quedo casi á sus piés, doy un ¡Viva el Papa! con toda la fuerza de mis pulmones, tres á España con la misma potente entonación, estoy de rodillas con las manos levantadas, agitando un pañuelo y mi teja; el Papa se incorpora, deja caer una bendición hacia mí; creo que es por mí, por España, allí tan pobre, tan sin representación; pero estoy yo allí que soy español y en aquel momento me creo su representante, pero de la España cristiana, católica sin distingos y en esta ilusión inocente y patriótica me parece que he oído la voz de León XIII que ha dicho *Spagna, Spagna*. Pero no debe ser, porque antes de ayer, de cuando en cuando se incorporaba en la silla, apoyándose con la mano izquierda y bendecía, así ha hecho hoy. De todos modos, á la ida y al regreso, después de dos largas horas ha sido aclamado con igual frenesí, sintiendo todos la misma filial ternura hacia la augusta representación de Jesucristo en la tierra.

IX.

3 de la tarde.— Visitamos el *Foro romano*, mejor dicho, las ruinas aún no descubiertas. En este recinto se reunía el pueblo para decidir de la suerte de las naciones en los mejores días de la república, entre estátuas, monumentos y arcos de triunfo. En medio estaba la tribuna llamada *Rostra*, porque sus

adornos exteriores eran los mascarones de los buques cogidos al enemigo en las guerras y se hizo célebre por la elocuencia de sus oradores. Hoy trabajan varias brigadas de obreros removiendo escombros y descubriendo riquezas artísticas, como un monumental zócalo que acaban de sacar. Se admira un arco que debió ser parte de un monumento notable, lleno de bajo relieves é inscripciones latinas, que no puedo leer por estar mutiladas. También se ven las ruinas del templo de Júpiter, de la Fortuna, del que se conserva un buen pórtico de seis columnas jónicas, el de Focas, Pan y algunos otros.

Nos encaminamos al *Coloseo*, dando un rodeo grande, para no perder el tiempo y ver cuanto se pueda, pasando por el arco de *Constantino*, entre el monte *Palatino* y el *Célio*, recordatorio de la batalla de Puente Milvio contra Magencio: es un buen monumento dedicado al vencedor por el Senado, pueblo y legiones, según se deduce de la ilegible inscripción latina, con buenos bajo relieves alegóricos á la batalla, conquista de Verona por Trajano y su entrada en Roma, por estar construidas sus tres hermosas magníficas arcadas con los materiales de un arco de triunfo erigido á este Emperador y destruido de orden del Senado. Bajo este arco pasó nuestro Carlos I de vuelta de Túnez.

Coloseo.—Vetusto y gigantesco monumento de la Roma pagana empezado por Vespasiano y concluido por Tito, inaugurándose el año ochenta de Jesucristo con fiestas y combates, en que se sacrificaron más de quinientos gladiadores y unas cinco mil fieras, capaz de contener más de ciento cuarenta mil espectadores, fué testigo del heroismo cristiano de los mártires y de la abyección de los esclavos, que, arro-

dillados ante el Emperador, *Ave Caesar, morituri, te salutant*, decían al mismo impío tirano que los sacrificaba. Campo de piadosos recuerdos y glorias cristianas, enardece la imaginación del creyente, que no se atreve á hollar aquella arena empapada en sangre de mártires. ¡Cuántos habrán volado de allí al cielo! Hoy está en ruinas, pero ruinas venerandas, aquel teatro del heroísmo y de la tiranía: se conserva el lugar donde se sentaba el César con su familia y las *vestales*, tres órdenes de galerías y arcadas unas encima de otras, para los *Tribunos* y espectadores; las cuevas ó cavernas convenientemente dispuestas y separadas para las fieras: las de los cristianos y la escalerilla por donde subían al espectáculo de su muerte; el canal por donde hacían entrar un torrente de agua, cuando la sangre encharcaba la arena y por donde le daban salida, para que continuase el festín á que tan aficionados eran Emperadores, vestales, pueblo y Senado. Hoy repito que está en ruinas, que la mano de Pío IX, Sixto V y otros Pontífices sostuvieron y restauraron y á pesar de que la acción del tiempo ha horadado aquellos sillares de mármol y granito, como la polilla hace en la tela, ha de durar muchos siglos todavía: es lo mejor que he visto de la Roma antigua.

También visitamos las ruinas de otro *Foro* y desde allí siempre andando llegamos á las del *palacio del César*, en las que se admiran solamente algunas arcadas, columnas, trozos de arcos y zócalos, regresando por el *Coloseo* al *arco de Tito*. Restaurado por Sixto V según una inscripción se conserva el arco que el pueblo levantó á Tito y Vespasiano, su padre, por la toma y destrucción de Jerusalén, cuya inscripción dedicatoria es como sigue: *Senatus Popu-*

Iusque Romanus = *Divo Tito, Divi Vespasiani* = *Divo Vespasiano Augusto*. Fué votado por el Senado después de la muerte de Tito. Tiene en las paredes interiores dos bajo relieves muy notables, detallando el uno al parecer una procesión de rogativa de los judíos, grupos de soldados romanos, ó judíos prisioneros llevando el arca, el candelero y el altar, aunque también pudiera ser una fuga ó salida de los judíos por una de las puertas de la plaza, pero no creo que esto sucediera; yo, al menos, no sé de esa salida; representa el otro la entrada de Tito en Jerusalén en un cerro griego sobre ruinas y cadáveres, este se ve mejor porque lo baña la poquita luz con que nos alumbra el interminable crepúsculo de las tardes primaverales.

Aún nos atrevemos á prolongar el paseo y llegamos á las ruinas del *templo del Sol*, las de *Nerva*, que no conservan más que un arco, bajo el cual pasa una calle y las del arco de *Pantani*, como todos rica manifestación de majestad y singular expresión de artística belleza, pero ruinas al fin. En las de *Nerva* hay una colonia de gatos de todas castas y edades, por lo que se ve, viven en feliz y santa independencia, perfecto modelo de estado socialista, que habrá borrado de sus códigos felinos las palabras *tuyo y mío*: esto he visto en todas las ruinas visitadas; en estas habrá más de cuarenta. Tomamos un tranvía que nos deja en la *piazza di S. Luigi di francesi*, cerca de casa y llegamos rendidos, después de estar andando cuatro horas y media. Cenamos, hago esta nota y me acuesto. Mi compañero dormía ya, está hoy más cansado que los días anteriores y lo mismo puedo decir de mí: hemos apurado el día.

27 de Mayo, Domingo.—Oímos misa en Santa

Inés, *piazza Navona*, á espaldas de casa. Vamos al Colegio Nazareno, escolapio, nos recibe un padre francés que nos besa en la mejilla y muy amable nos enseña las antiguas salas de S. José de Calasanz, capilla, museos, biblioteca y un salón bien decorado para certámenes y veladas. Nos obsequia con *Vermohut* y nos hace sentar en la silla de Pío IX. A la salida nos lleva por una galería donde hay buenos lienzos, tablas y retratos de Cardenales escolapios, discípulos y protectores, pero no está el P. Calasanz Homé, á quien buscamos y nos da una tarjeta, con la que le encontraremos en S. Pantaleón esta tarde. Mucho tiempo hemos empleado en esta visita, pero bien merece la pena este edificio y la amabilidad y finas maneras de su ilustre Sr. Rector. Llegamos á *piazza di Colonna*, á la que dá nombre la columna que en su centro se levanta, rodeada de sencilla verja de hierro cuadrada, sobre modesta escalinata: es gemela de la de Trajano, accesible también en su interior, hasta el balconcillo de su cúpula, en la que hay una estatua que no adivino, ni me dicen cuál sea: está en su exterior llena de bajo relieves y gorgilíficos que siguen la dirección de abajo á arriba en espiral y merece consagrar unos minutos en su contemplación.

2 tarde.—Del Colegio Español me han enviado papeletas de tribuna para asistir en San Pedro á la función de esta tarde, pero no vamos y las papeletas, *biglietas*, me las llevaré á España, como grato recuerdo del bondadoso Albert, nuestro compatriota. Está lloviendo muy bien, así, sin miedo á la lluvia nos encaminamos á San Pantaleón, cerca de casa. Es la residencia del P. Calasanz, primitiva casa de San José, primera capilla y escuela y el padre un español

muy simpático, de vastos conocimientos, agradable gracejo, fino y delicado trato. Precedidos de él y siendo nuestro *cicerone* visitamos la escuela de San José, pequeño recinto, donde tuvo frecuentes éxtasis y recibió la visita y bendición de la Santísima Virgen para él, los escolapios futuros y sus alumnos, asunto que representa un lienzo, magistralmente hecho, formando el retablo del altar de la escuela; al lado de la Epístola hay una puerta que dá acceso á otra más pequeña capilla, que es la habitación donde murió el santo, conservando aún sus puertas y ventanas. Allí fué visitado por la Santísima Virgen, recibiendo consuelo y aliento en sus tribulaciones; también fué visitado allí por Santa Teresa de Jesús, sobre cuyo asunto tiene una buena composición el célebre romancero escolapio P. Giménez Campaña. Se conservan todos los objetos del uso del santo, mesa para estudiar, breviario, biblia, palmatoria con un cabo de vela, escoba, tintero, sus ropas, zapatos, sábanas, colchones y en un buen estuche, el bonete italiano, de recio paño negro, que el buen padre me puso, á pesar de mi resistencia. Es el altar un verdadero relicario, conservándose, entre otras reliquias menos principales, la lengua, corazón, bazo, higados y cabeza del santo, las cuales besamos y arrodillados rezamos un padre nuestro por España, de cuyas glorias es entusiasta el P. Calasanz Homs, que al despedirnos nos dá, como recuerdo, estampas y medallas. Allí iba á celebrar el Arzobispo de Valencia todos los días.

Todavía lloviendo salimos para la plaza de San Silvestre, donde tomamos un tranvía para *Santa Inés*, extramuros, cuyas catacumbas no podemos visitar por ser día festivo, según me dice un franciscano

francés, al que tengo que hablar en latín, pero por indicación suya busco al P. Mortara, el ahijado célebre de Pío IX, que tanto dió que hacer á las sectas y tanto que hablar y escribir á las cancillerías con su bautismo; no puedo hallarle sintiéndolo mucho, pues quizá nos hubiera conseguido facilidades para ver aquella tarde, aun siendo día festivo, las catacumbas y además lo hubiera saludado y conocido. Bajamos á la Basílica, templo de tres naves, de los primitivos de Roma, ricamente decorado en mosaico, viéndose á uno y otro lado de la amplia escalera trozos de lápidas, tumbas y sarcófagos con inscripciones latinas incompletas y casi borradas; en muchas de los primeros siglos una palma, el anagrama de Cristo y alguna matrona, que supongo representa la Iglesia; detallando en otras la imagen de la Virgen, argumento poderoso en favor de la antigüedad de su culto contra los protestantes que lo hacen datar del concilio de Efeso. Una de las naves se hundió el doce de Abril de mil ochocientos cincuenta y cinco, estando allí Pío IX hablando á los alumnos de la escuela de *Propaganda Fide*, quedando todos envueltos en escombros, pero salieron ilesos, fué restaurada por el mismo Papa. Se sale de Roma por *Porta Pia*, en donde el tranvía tiene estación ó parada y puedo ver, por esta causa, la célebre puerta, construida por un Papa Alejandro y restaurada por Pío IX, según se deduce de una inscripción abreviada y borrosa. Está en la misma muralla y debe su actual celebridad á que por ella entró el ejército del usurpador Víctor Manuel en veinte de Septiembre, mil ochocientos setenta, después de abierta la brecha por sus cañones y barrida su guardia por la metralla. No quiso Pío IX que se empeñara recio combate y

sin sus órdenes terminantes no se rindieran sus зуавос, españoles en su mayoría, mandados por D. Alfonso de Borbón y Austria de Este. Me descubro para rezar un responso por los que allí sucumbieron en defensa de la causa más justa y legítima de la tierra, y á mi ejemplo se descubren todos sacerdotes y seglares, españoles, extranjeros é italianos, creo que todos rezan ¡Zuavos del Papa, descansad en paz!

Algo cansados llegamos á casa: en los bajos hay un café en donde esta noche lo hemos tomado, porque la comida ha sido pesada y encontrado casi desierto porque aquí lo toman y se largan. Tienen en el mostrador un hornillo alimentado con gas y de una mediana marmita van sacando un brevage áspero, muy concentrado, con subido sabor á café recocado. No se sirven licores, porque solo abundan los jarabes para refrescos y gaseosas, nos sirvieron, sin embargo unas gotas de rom de Lozano y compañía de Cádiz. En cambio esta tarde hemos pedido *gelati*, helados en forma de un quesito duro y comprimido, servidos en un platito, tomados con cuchillos de postre, tan delicados y exquisitos, como no los he probado en parte alguna.

Día 28 de Mayo.—El P. Jufer, franciscano, burgalés, penitenciario español de *San Juan de Letrán*, á donde hemos llegado á las diez de la mañana, nos ha confesado. Es un sabio, atento y cariñoso; nos ha obsequiado en su cuarto y nos ha dicho que tiene el secreto de un descubrimiento por el que le dan en Bélgica *mil millones* y que cuando se conozca causará admiración. Es la primera vez que vemos estos confesionarios y no puedo pasar sin apuntar una particularidad de ellos: cada uno tiene una varita larga como de metro y medio, con la cual toca el

confesor suavemente en la cabeza al penitente y á cuantos fieles al pasar se arrodillan delante, como si esperaran la *absolución ó bendición*. Es San Juan de Letrán la Catedral del Obispo de Roma, fundada por Constantino, una de las mejores Basílicas del mundo y aunque no es la de San Pedro, tiene mejores luces, resultando colosal y grandiosa. Se admiran las estatuas de los doce Apóstoles en mármol blanco, de tamaño natural; también son muy notables las pilas del agua bendita. El altar mayor es de bronce, con algunos pilares, que, según la tradición, proceden del Templo de Salomón; tiene un buen fresco, representando la Ascensión del Señor. El tabernáculo, de estilo gótico rico, guarda las llaves de San Pedro, encontradas en el año mil trescientos setenta entre las ruinas ocasionadas en esta Basílica por un incendio. En el altar del Sagrario se conservan las tablas de la mesa en que celebró Nuestro Señor la cena con sus discípulos; se veneran además otras muchas reliquias. La urna cineraria de los restos de Agripa guarda ahora las de Clemente XII. En una capilla está el sepulcro de Martín V, de los *Colonnas*. Cerca de la bóveda hay una colección de lienzos grandes representando á los Profetas.

Desde allí nos vamos á ver los *Museos* y nos dicen, que no se puede entrar con la *tessera* de peregrinos por haber caducado, lo que no creo, pero que nos permitirán la entrada si pagamos una *lira*: esta sí que es la verdad, como también, que se abusa no poco y que la *lira* es lo que en España nuestra peseta, la dorada llave que franquea todas las puertas y, como orfeo á las fieras, ella aquí amansa á los más almidonados conserges y porteros.

Está lloviendo, pero dista veinte pasos la *Scala*

Sancta y allá nos vamos. Esta es la escalera por donde subió Nuestro Señor al pretorio de Pilatos, es de mármol de Siria, tiene sobrepuesta otra escalera de caoba, cuyos escalones están muy gastados, como igualmente los pasamanos laterales también de mármol blanco, muy necesarios á sacerdotes con sotana y señoras para apoyarse en la subida que se hace de rodillas. Tiene veintiocho escalones, cuya longitud es de cerca de dos metros y algo menos que medio su latitud. En el segundo ó tercero hay una gota de sangre que se ve y se besa á través de un cristal, y á los seis ó siete hay otras dos con su cristal correspondiente. Late el corazón al impulso de tantos y tan piadosos afectos cuando se suben de rodillas esos escalones; se experimentan tantas impresiones, que el espíritu más frío no puede menos de llorar, á pesar suyo. Y si esto hace la subida de la *Sancta Scala* en el indiferente; en el católico ¿qué hará?: yo he besado todos los escalones, rezando el *Miserere* mientras subía, he llorado copiosamente y á todos he visto llorar sin reparo, ni disimulo. En la terminación hay una capilla que no se abre más que en contadas ocasiones para el Papa, prelados y sacerdotes; se venera una imagen que se ve detrás de una verja de hierro algo espesa y más dentro de la capilla está el *Sancta Sanctorum*, del que se tienen muchas venerandas tradiciones, encontrándolo vacío un Papa que quiso verlo. Se baja por otra escalera ancha y espaciosa de piedra. En lo que podemos llamar vestíbulo hay una estatua en mármol blanco de Pío IX arrodillado en un reclinatorio, muy bien hecha; á la entrada de la *Scala*, propiamente dicha, á uno y otro lado están Pilatos presentando á Jesús al pueblo y Judas con la bolsa en la mano, las dos

son grandes, de mármol y en artísticos zócalos.

Desde allí vamos á la Iglesia de *Santa Cruz de Jerusalén* casi extramuros, rodeada de jardines, viñas, huertos y peñascos. Es muy visitada, pero no es tan rico el decorado como en otros templos de su clase, aunque tiene ocho magníficas columnas, una buena pila de agua bendita y un buen fresco que representa la invención de la Santa Cruz por Santa Elena. La mesa de altar está formada por un excelente sarcófago de basalto. Se venera un pedazo de la *Vera Cruz*, á lo que debe su nombre esta Iglesia: á ella he tocado y al clavo verdadero que se exhibe en rico relicario mi medalla de la Virgen de Zuqueca y mi rosario. También hay un brazo de la cruz del Buen Ladrón. Compró cuatro clavos de igual forma y dimensiones que el auténtico, á él tocados, y nos salimos.

Son las doce, estamos á respetable distancia de casa y á ella nos encaminamos pasando por unas obras donde están los albañiles comiendo una bazona, que debe ser *minestra ó macarroni* y habas crudas: en esto se nota la miseria de esta populosa ciudad y en que por estas calles extremas pululan portadores de todas clases y edades pidiendo limosna. Tres ó cuatro chicos, de trece ó catorce años, vagabundos, sucios y harapientos nos rodean bailando, saltando y tocando un instrumento de cerda, casi invisible, que lo colocan en la boca y lo hieren con la mano, produciendo una música que no deja de ser armoniosa; les damos un *soldi* y se alejan.

X

A las tres de la tarde entramos en San Pedro por la Puerta Santa, cantando las letanías de los Santos y después de las preces, ante la *confesión* el himno *Firme la voz, serena la mirada*; no sé qué cara habrán puesto una pareja de *carabinieri* y un oficial de las tropas de Humberto, que están junto á nosotros, cuando hayan oído aclamar al Papa Rey, pero quizá no entiendan el español. Nos hemos cruzado en la nave central con una peregrinación francesa, que, de regreso de Palestina, está como nosotros haciendo las visitas jubilares: van cantando himnos y llevan un estandarte. Después de besar el pié, ya muy gastado, de la estatua de bronce de San Pedro, tomamos coches y á tres en cada uno partimos para Santa María la Mayor, segunda visita. En una cuesta, que hace el camino á esta Basílica, vuelvo la cabeza y veo la fila de coches en que vamos los *sesenta* españoles, me apena no ver más, pero al fin son veinte coches llenos de sombreros de teja, chambergos y mantillas españolas y aunque tan pocos, consuela oír el habla de Cervantes, pues por todas partes encontramos extranjeros.

En el año 353 siendo Papa San Silberio fué construida esta Basílica, señalada en el monte Esquilino, del modo milagroso que nos cuenta el Breviario, por lo que se llamó *Santa María ad Nives*, la costeó Juan Patricio. Tuvo esta iglesia el privilegio de la apertura y clausura del Jubileo. Su interior de tres naves, con buenas luces, es majestuoso, representando en buenos mosaicos pasages de la Biblia y asuntos de

la Virgen; tiene á la derecha entrando los sepulcros de Clemente II y Nicolás IV. En la cripta se conservan algunas tablas de la Cuna de Nuestro Señor, que manifiesta un sacerdote revestido de sobrepelliz y estola y en el fondo del espacio que la circunda hay una estatua de Pío IX en mármol, igual que la de la *Scala Sancta*. La capilla del Santísimo Sacramento es magnífica, tiene en medio el altar, sosteniendo el Tabernáculo cuatro ángeles de bronce dorado. Fué construido por Sixto V, cuyas cenizas se conservan en rica urna de mármol verde con filetes y adornos de bronce. También es notable la capilla de la Virgen, erigida por Paulo V, que tiene en ella su sepulcro junto al de Clemente VIII. La imagen de Nuestra Señora, rodeada de ricas joyas y piedras preciosas en número incalculable, está levantada por cuatro hermosos ángeles de bronce y junto al altar en mosaico se admira muy bien detallado el milagro de la nieve. Hacemos la visita y salimos de la Basílica cantando *¡Oh María, Madre mía!*

Desde allí á la visita de San Juan de Letrán entrando por la puerta Santa; todo como en las anteriores, cantando después *Perdón ¡Oh Dios mío!* Al trote largo tomanos el camino para *San Pablo* á donde llegamos en menos de media hora. Esta Basílica es, sin disputa, la más clara, monumental y grandiosa, con soberbias columnas de mármol que la dividen en tres naves; su pavimento también es de mármol. En buenos lienzos hay una admirable colección de retratos de los Papas desde San Pedro hasta Pío IX y muy notable el de la conversión, que ocupa todo el frente derecho del crucero. Se veneran las auténticas cadenas de San Pablo y se venden otras pequeñas para reloj de la misma forma, tocadas, por supuesto,

á las verdaderas. También hay un pedazo de la *Vera Cruz*, huesos de la Samaritana, un dedo de Santa Ana y otras muchas reliquias. En mil ochocientos veinticuatro un incendio dejó casi destruida esta Basílica, siendo inmediatamente restaurada por el Estado Pontificio. El candelero del cirio pasqual es una obra de arte; es de mármol, de unos tres metros de altura desde la base hasta la cúspide. Hacemos las dos visitas reglamentarias con un corto intervalo de tiempo, para no tener que volver, á causa de la gran distancia de la ciudad.

Terminados por hoy los actos del Jubileo, cada uno desfila por donde le parece; nosotros regresamos por el *templo de Vesta*, cuyas ruinas se conservan en regular estado. La fecha de su construcción es incierta, pero se sabe que fué consagrado por Numa y Tito fué pródigo en su decoración; los poetas cantaron himnos á las *Sacerdotisas* encargadas de guardar el *fuego sagrado*, símbolo de la vida: es un edificio redondo formado por columnas acanaladas, techado de tejas en la actualidad. También visitamos el *Capitolio* de los célebres gansos del que no queda más que el nombre, famoso, porque encierra en sí toda la historia de Roma, y vastas ruinas á las que se sube por una rampa ó escalera, llena de musgo. Es de bronce la estatua ecuestre de *Marco Aurelio*, obra magistralmente hecha y proporcionada, que se levanta en una explanada de lo que fué Capitolio y de la cual fué ahorcado por el pueblo el antipapa Bonifacio, muriendo también á sus piés á puñaladas Nicolás *Rienzi*. Por ser ya tarde no visitamos la iglesia de Santa Sabina, San Clemente y otras no menos artísticas, cuyas fachadas son muy notables. Hago esta nota y me acuesto, son las 11'30. Mañana es el día

de la Comunión de los peregrinos; los Sacerdotes celebraremos.

Día 29 de Mayo.—A las 7¹⁰ de la mañana hemos celebrado en la iglesia de Santa Cruz, no de Jerusalén, con un solo corporal, ciñéndonos la casulla con dos cintas que tienen en la parte interior delantera y se atan atrás. La iglesia es pequeña, pero muy bonita y en ella se conservan el sepulcro de San Camilo de Lelis y otras reliquias.

A las 9 nos desayunamos, saliendo enseguida para San Juan de Letrán, Santa María y San Pedro, donde terminamos el Jubileo y como final cantamos el *Te Deum* soso, monótono y lánguido. Todos se van á organizar una expedición á Nápoles y París, pero yo, sin tanto tiempo como ellos, me quedo allí con mi compañero y amigo Rivera y podemos examinar más al detalle aquel modelo de suntuosidad, museo de grandezas y exposición de riquezas artísticas. Son notables los frescos y decorados de la bóveda monumental de la cúpula, cuya base empieza por un anillo, en el que, en letras negras, como de un metro de altura, se lee la inscripción latina TU ES PETRUS, etcétera; bajamos al sepulcro de los Apóstoles, subimos á una tribuna improvisada en una estatua colossal de San Andrés, de mármol blanco, que, como todas las otras de los demás Apóstoles, me parece algo desproporcionada, y desde aquella elevación de cuatro metros se ve y domina una gran parte de la Basílica, cuyas capillas y cruceros hacen justo honor y armónico conjunto con la totalidad. Son notables las tumbas de Pablo III, Farnesio, con buenos mosaicos, la de Urbano VIII y alguna otra, que no sé de quién sea. Me paso á una capilla y no me dejan, pues los guardias llegan al punto con el consabido

e vietato, pero, con el propósito de no enmendarme, me cuelo de rondón á la Cátedra, de donde también me echan, aunque no tan pronto que no pueda admirar pasmado la Cátedra del Papa, propiamente dicha, las tribunas del Colegio de Cardenales, Embajadores y enviados extraordinarios, cuyo primer lugar ocupa el de Austria, el segundo el de Francia y el tercero España: el de Italia está en el montón, lugar que le han señalado á Humberto, cuando ha pedido la honra de asistir á alguna ceremonia al lado del Papa. *Si S. M. quiere venir tiene su lugar entre los principes extranjeros, que se encuentran de paso en Roma*; esto dijo León XIII, entonces Camarlen-go, al enviado, que, de parte de Humberto, se presentó pidiendo lugar, cuando fué elegido Papa. También me echan de otro crucero, á espaldas de la Cátedra, rico en mosaico; y como lo restante ya lo hemos visto, nos salimos del grandioso San Pedro, que es indescriptible.

Ya lo he dicho: se siente cierto religioso terror en este templo, causado, quizá, por la idea de lo sobrenatural y divino que despierta la grandiosidad de sus capillas, que bien podrían pasar por suntuosas Catedrales; por la gran cúpula, maravillosa muestra del fecundo genio de Miguel Angel; por la infinita variedad de sus mármoles, singulares modelos en todos los gustos y colores; por la confusión de sepulcros de Papas, príncipes y personajes notables; por tanto y tan rico mosaico, tan buenas pinturas y tanto objeto raro y precioso allí amontonado, sin orden al parecer, pero todo soberanamente hermoso, capaz de levantar el espíritu y entusiasmar el corazón y digno, por cierto, de ser descrito por pluma mejor cortada y por palabra más rica y competente que la mía.

CASTILLO DE SANTANGELO.—Antigua *Molle Adriana* construida por este Emperador para su tumba y sus sucesores, en poder desde el despojo de aquellos bravos soldados de *Baratieri*, que tan al detalle conoce el *Nigus Menelik*, por las señaladas é ignominiosas derrotas que de sus hordas recibieran en Abisinia. Se llamaba *Molle Adriana* hasta que, en tiempos del Papa San Gregorio, se llamó *Castillo del Santo Angel*, porque cesó una peste al aparecer en la cima de la *Molle* un ángel envainando una espada. El Papa Alejandro VI lo puso en comunicación con el Vaticano por medio de una galería cubierta. Fué refugio de Clemente VII en 1527 en el saqueo de Roma por el condestable de Borbón, y sus obras de defensa fueron aumentadas por Alejandro VI, Urbano VIII, Bonifacio IX y Nicolás V. Está á la parte del Borgo y se cruza el Tiber en dirección á la ciudad por un bellissimo puente, largo de más de cincuenta metros, de los mejores que tiene tan famoso rio. En toda su longitud, á proporcionada distancia, en artístico marmóreo pretil, unos frente á otros, hay diez ángeles grandes de mármol con los instrumentos de la Pasión, pero no me parecen modelos, ni mucho menos, pues son feas sus alas y no bien repartido y proporcionado su ropaje.

XI

Llegamos á casa á la una, y á las tres salimos para visitar las *Catacumbas de San Calixto* y Basilica de San Lorenzo. En un *ómnibus* nos vamos á la plaza de San Juan de Letrán y allí alquilamos un coche por horas, con el que partimos para las *Catacumbas*

de San Calixto, las mejores de Roma, distantes quizá una legua. Pasamos por la puerta de San Sebastián bien aspillera y defendida por dos tambores, de la misma época y fábrica que las murallas, obra de Aureliano, junto á las cuales se levanta la pirámide de *Cayo Cestio*, que es una pequeña semejanza del sepulcro de los Faraones. Cortamos la vía *Antoniana* y pasamos por un edificio de pobre aspecto que tiene la inscripción *Sepulchra Scipionum*; echamos pié á tierra, empujo aquella miserable puerta, pero en vano: en el dintel al lado izquierdo superior hay un cartelito que dice: *Aperto della ore otto della mattina a le tre pomeridiana, Abierto desde las ocho de la mañana á las tres de la tarde*. Supongo que será el sepulcro ó sepulcros de los dos *Escipiones*, *Africano* y *Numantino* y quizá también de la familia, pero me inclino á creer lo primero. Se descubrieron el año 1780.

Montamos y el cochero nos señala el campo donde están las catacumbas ponderando los trabajos de los PP. Trapenses, que han convertido aquellos campos en fertilísimos predios de muchos kilómetros. Llevamos un camino tan bien adoquinado como puede estarlo la plaza de Venecia y lo mismo se observa en todos los caminos y vías, que podemos llamar de circunvalación. *¿Quo vadis?* Así se titula una pequeña iglesia donde se venera la huella impresa por Nuestro Señor, aparecido á San Pedro en aquel mismo sitio donde está edificada, cuando huía de la persecución. Al reconocer al Señor le preguntó ¿dónde vais, Señor?: voy á que me crucifiquen otra vez en Roma. Volvióse avergonzado, siendo á poco tiempo crucificado en el Vaticano por orden de Claudio, no sin pasarse nueve meses en las prisiones mamertinas.

Fué su martirio y el de San Pablo en *Aguas Salvias*, una media legua de Roma el 29 de Junio. Al salir, la buena santera nos pide los acostumbrados *due soldi*.

Llegamos por fin á *San Calixto*, en poder y custodia de los PP. Trapenses, con una extensión de terreno de unos sesenta kilómetros. Nos cuesta la entrada una *lira* y nos dan una candelilla para bajar, lo que hacemos enseguida, precedidos de un religioso inglés, á quien tengo que hablar en latín y en latín me contesta y explica, lo que á los demás acompañantes, compatriotas suyos, hace en su lengua. Bajamos quince ó veinte escalones bien conservados, empezando á andar á uno en fondo por no permitir otra cosa la anchura de estos subterráneos, abiertos en tosca viva y húmeda, que al aire libre perdería su estructura compacta y áspera y su peso, volviéndose blanda; se conocen en la bóveda y paredes las señales de los picos y aun se conservan dos linternas de barro de aquellos tiempos, que seguramente lucirán alguna vez, como los mecheros de gas que hay en algunos aposentos instalados por los actuales custodios de estos cementerios. A la terminación de la escalera se sigue descendiendo por una pendiente suave apenas perceptible; se respira aire fresco y húmedo. Las paredes están llenas de nichos vacíos de personas adultas, en series de cinco ó seis desde el suelo á la bóveda, como igualmente para los niños. El *cicerone* nos enseña y traduce las incompletas lápidas y restos de sarcófagos que vamos viendo, algunos de los cuales tienen una palma, una paloma ú otros emblemas: en un sarcófago se ven unos huesos, que no sabe de quién, pero seguramente son de mártires ó por lo menos de cristianos. Se-

guimos andando por aquellas estrechas galerías que siempre son lo mismo, séries de nichos para grandes y pequeños, llegando á una especie de gruta, abierta á pico en el terreno, donde hay un altar en que alguna vez se celebra y más dentro defendida por una verja de hierro una estatua yacente de Santa Cecilia en mármol blanquísimo, ostentando en su cuello tres cuchilladas de las que parece brota la sangre, está muy bien hecha: es aquél el primitivo sepulcro de la Santa. También se ven algunos bajo relieves, que á la pálida luz de nuestras candelillas, nos parece que vemos la piedra angular, Daniel entre los leones, Jonás, el Buen Pastor y otros con alguna matrona con y sin niño. Salimos á la galería y continuamos andando, haciéndose más silenciosa aquella procesión compuesta de doce ó catorce ingleses ó inglesas, el trapense y nosotros dos, únicos sacerdotes y españoles. La algarabía conque las rubias hijas de *Albión* entraron en las Catacumbas se ha convertido en mudo recogimiento; yo no sé si serán protestantes ó católicos, creo que serán lo último, pero si son protestantes van más impresionados que nosotros, sin embargo, que fuera de las inscripciones, emblemas y anagramas de las lápidas, no hemos visto cosa de importancia. A la izquierda de la galería que llevamos hay una estancia donde se ven algunas pinturas y bajo relieves del siglo primero, representando á Jonás en el mar, en la ballena y en Nínive, otra figura de ámplia túnica, en actitud de levantarse por los aires, cuyo pié izquierdo se apoya en el ángulo de una piedra, y un grupo que parece una matrona recibiendo homenajes y adoraciones de gentes postradas á sus piés. Pasamos á otra galería y en una estancia que tiene al principio hay un

bajo relieve que representa á Daniel, los Apóstoles y la Magdalena: siguen los sarcófagos, nichos y restos de lápidas con inscripciones y emblemas. Continuando esta misma galería se encuentra otra estancia, que, aunque pequeña, defiende sus paredes con una barandilla de hierro, dispuesta en forma de herradura, impidiendo así á los visitantes tocar con el brazo, ni rozar con el cuerpo su decorado: aquí está el altar donde se administraba la Comunión y tiene algunas pinturas y alegóricos bajo relieves en mármol, uvas, espigas y geroglíficos. De allí pasamos á otra donde se administraban el Bautismo y los demás Sacramentos, desde el primer día de las Catacumbas hasta la paz de Constantino; tiene también emblemas y figuras y su correspondiente barandilla en forma de herradura como la anterior.

Entramos en otra galería en donde hay dos urnas ó arcas largas como ataúdes, en una de las cuales se ven huesos enteros y en pedazos y en otra una momia, *scujus erunt?* pregunta, *nescio*, me contesta el fraile, el que después de pasearnos por otras galerías de igual construcción, forma y estrechura, nos conduce á la escalera de entrada y como dato final nos dice que si se sumáran y unieran unas á otras todas las galerías darían cerca de diez y seis kilómetros de subterráneos. Me quedo atrás solo y fiado en mi candelilla me interno nuevamente, pero sin perder la luz solar de la entrada y puedo arrancar un pedacito de tosca para llevármelo á España. Es gran imprudencia internarse sin guía en aquel laberinto, pues entiendo que el que á tal cosa se aventurara le sería imposible salir, ni aun con el hilo del famoso de Creta; porque aquellos subterráneos todos son iguales, todos parecen uno mismo, todos están llenos de

nichos vacíos, restos de sarcófagos, lápidas, huesos y pedazos de mármol.

Al salir me encuentro con los ingleses que están bebiendo *Vermohut*: uno de color de azafrán me dá una copita y á las gracias me contesta en latín. Andando por allí entro en una sala cuadrada, no muy grande, llena de ingleses é italianos descubiertos oyendo á un frailecillo, que sobre una mesa está perorando en inglés. Como no entiendo me voy, pero no sin ver antes un busto en mármol del malogrado Conde de Rossi, colocado allí y costeadado por Pío IX. Tienen los PP. libros de venta y guías de Roma, pero ninguna en español y un album donde firman los visitantes y señalan el día de su visita, escribiendo además su nacionalidad, pueblo de su naturaleza, títulos y profesión ó empleo.

Volvemos al coche que nos espera en la puerta y al trote partimos para *San Lorenzo*, que está á la parte opuesta de donde nos encontramos. Pasamos por las termas, *terme* de Caracalla y Tito, monumentos en ruinas de la antigüedad, en las que hacemos alto corto tiempo para ver algo. Las de Caracalla acusan la grandeza y suntuosidad de aquel balneario, como nosotros decimos; fueron construidas y enriquecidas por este fratricida, asesino y el más bárbaro y cruel de los Emperadores romanos. Después del *Coloseo* es, sin duda, el monumento más célebre de la Roma pagana. Más de dos mil se podían bañar á la vez, debiendo estar decorados con rico y delicado gusto, pues aún se ven buenos frescos y se notan algunos árboles formando calle, como se observan altares, salones y algo así como una terraza que será tal vez una pieza por desbubrir. No se sabe cómo era su pavimento que, ó se lo han llevado ó ha des-

aparecido bajo los escombros, pero debe suponerse que sería de buen mármol. Las de Tito, abastecidas de aguas por el mismo torrente ó canal que las llevaba al Coloseo, son las más próximas á éste. Dominando en Roma las legiones de *Napoleón I* se hizo un escombrado, y, aunque no del todo, se descubrieron en mucha parte, apareciendo grandes salas, corredores, altares, arcadas y algunos frescos: se han hundido muchas bóvedas y por todas partes se ven cornisas, zócalos y restos de estatuas.

Otra vez pasamos por el *Coloseo* y arco de *Constantino*, cruzándonos con un regimiento de *bersaglieri*, cuya banda de cornetas va tocando. No llevan el aire militar de los nuestros, ni en detalle se ve en el soldado la marcialidad de los infantes españoles, aumentando su desaliño el uniforme de rayadillo, las mochilas de piel de cabras sin curtir y el monumental plumero negro que llevan en el sombrero y la manera desgarbada de llevar el fusil; pero los sigue un convoy tirado por troncos de normandos, los mejores ejemplares del mundo, apelados, limpios y tan bién cuidados que honran la administración militar italiana. Por la puerta de San Sebastián pasamos por un barrio que comparo á nuestro *Lavapiés*, con casas de seis y siete pisos, lavaderos y jardines; cruzando el Tíber por uno de sus grandes puentes entramos en el arrabal de San Lorenzo, que me parece más pobre que el barrio anterior, pues sus edificios lo son en realidad, aunque también hay algunos buenos, abundando las tabernas, tiendas de comestibles, talleres de lapidarios, fundiciones de objetos fúnebres, puestos de flores naturales y un cuartel.

La cerilla sobrante de *San Calixto* la utilizamos para ver la Basílica, que, aunque no tan grande y mo-

numental como Santa María, es muy regular y no merece menos una minuciosa y detenida visita. No puede ser la mía como yo quisiera, porque falta tiempo y luz, pero tengo á San Lorenzo como una de las mejores de Roma. Ricos mosaicos constituyen su principal decorado y mármoles bien tallados completan su ornamentación; el coro es muy notable. Me entiendo en latín con un fraile muy joven, y bien á pesar suyo, nos franquea la cancela de la cripta donde están los restos del último Papa Rey, Pío IX, el Grande. Digno monumento á su imperecedera memoria levantó allí la cristiandad, por iniciativa y dirección de León XIII, en rico mosaico, lleno de alegorías y asuntos bíblicos, sintiendo mucho no poder estar más tiempo contemplando aquella maravilla, en la que tengo mi parte, pues figuré con mi padre (*q. e. p. d.*) en la suscripción. Ante aquella fúnebre grandeza, ante aquel sarcófago que guarda las cenizas del *Pío de la Inmaculada* toda la historia del siglo XIX, sus crímenes y sus apostasías, sus héroes y sus mártires se agolpan en mi imaginación y en ella me representa la majestuosa figura del intrépido confesor de la fé, el Papa del *Non possumus*, tal y como Dios lo hizo, como quiso que fuera: fiel y firme cual gigantesca granítica roca, contra la cual se estrellarán las potestades infernales. Quise, pero no me atreví, á rezar por su alma, porque creí que ofendía su gran Santidad, pero sí un Padre nuestro para que rogara por España á la que tantas muestras de singular afecto diera durante su glorioso Pontificado.

Al salir y casi en la misma puerta me encuentro un buen bajo relieve que creí era la traslación del arca por los israelitas, pero con el auxilio de la ceri-

lla ví que era el entierro de un Cardenal Diácono de San Lorenzo, cuyas cenizas reposan allí: es del siglo XVI. La oscuridad me echa de aquella iglesia, de la que saco un recuerdo muy vivo, una muy honda y piadosa impresión, causada, sin duda, al contemplar la tumba de Pío IX, evocando así las fechas gloriosas de su vida y los grandes y trascendentales sucesos que en sus días se desarrollaron. Pero aunque no vaya á allí el papista, ni el viajero familiarizado con el arte, aunque sea simplemente el peregrino profano y rendido ya de estar diez días desfilando ante las mayores y mejores manifestaciones del ingenio en ese colosal museo del mundo que se llama Roma, no puede menos de hacerse lugar entre todo lo visto y admirado, y lugar preferente, el caprichoso, menudo y riquísimo mosaico de este templo, su coro y su cátedra, su cripta y su tumba.

Todo lo que hemos visto esta tarde me afirma más y más en mi opinión, y es: que no hubo en el arte momento infecundo al cambiar Roma de Religión y Soberano; y la transición se advierte solo en el estilo, carácter y espíritu de las obras de cada época, todas grandiosas, monumentales y acumuladas en aquella ciudad, que había sido la señora del mundo y siempre sería la metrópoli del universo. Como es tarde y el barrio es de aspecto siniestro fustiga el cochero al caballo y muy pronto llegamos á casa después de seis horas de carruaje.

Día 30 de Mayo.—Nos hemos levantado algo tarde por el cansancio de estos días, pero á las nueve ya andamos recorriendo tiendas de objetos religiosos tomando medallas y rosarios, que sin tener nada de particular, nos cuestan bastante caros, en una hemos hallado una voluminosa guía en espa-

ñol, de la que no hemos preguntado su precio. Andando sin objeto, ni dirección fija hemos llegado á San Juan de Letrán, en cuyo atrio, por casualidad vemos en el album de peregrinos nuestros nombres como naturales de Valencia; cojo la pluma y borrando lo escrito, debajo pongo mi nombre, el de Rivera con el de nuestra provincia y naturaleza, operación que hicieron también los tortosinos, aragoneses y catalanes, llegados á la sazón con dos madrileños que, procedentes de Jerusalén, se unieron á nosotros el primer día de Jubileo. Nos participan estos señores que esta tarde tenemos una reunión en el Colegio Español para acordar si vamos á Nápoles, Venecia, Loreto ó París, pero nosotros que á esto ya nos habíamos negado rotundamente, renunciarnos á tomar parte en la expedición y mucho menos en la sesión, en que de ella se va á tratar, porque según lo que vemos y oímos, promete ser un tanto borrascosa. Nos vamos mañana para emplear algunos días en Barcelona y Zaragoza.

A las tres de la tarde salimos para visitar la *piazza di Spagna*, plaza de España. Se levanta en su centro la *columna de la Inmaculada*, monumento conque Pío IX quiso señalar y como perpetuar el fausto suceso de la *Definición Dogmática* y su reconocimiento á la nación que más trabajara y con más vivas ansias pidiera tan gratísima declaración. Se concluyó en 1857, esbelta y atrevida es notable por la delicadeza y corrección de sus detalles. A la estatua de David que está en la parte superior del zócalo le falta solamente movimiento en la mano para arrancar á las cuerdas del arpa los divinos tonos de sus salmos y la *Purísima* conque se corona la columna parece muy bien ejecutada. También visitamos las ruinas ó

restos del *palacio Borghese*, señorial mansión digna de albergar reyes y príncipes. Hermosos y dilatados jardines, artística fuente, bosques de encinas, pinos y cipreses y calles de árboles á cordel, mármoles y alabastros, hermosos ejemplares de rica talla en bajo relieves notables, arcadas y paredones que forman parte de lo que fué muralla *Aureliana* dan una idea de lo que fué el palacio del Cardenal *Escipión Borghese*, sobrino de Paulo V que lo construyó. En la actualidad se han levantado algunos modernos edificios, convirtiéndolo en agradable residencia.

Por haber perdido una tarjeta con las señas no hemos encontrado un establecimiento de ornamentos y trajes talaros donde nos encargamos unos bonetes el día que llegamos, pero hemos visto una peregrinación de más de siete mil napolitanos y otra de malteses. Así pasamos el resto de la tarde y nos retiramos á casa á ocuparnos en los preparativos de marcha.

Día 31 de Mayo.—A las 8,25 vamos al Colegio Español, donde nos dicen que está para llegar una peregrinación vasco-navarra y no tardará otra de Austria Hungría, pero no podemos ver á D. Luis María Albert, porque se ha marchado á Gaeta, donde estará tres ó cuatro días y cuando regrese, ya no estaremos nosotros en Roma. No están firmados nuestros rescriptos, á causa de los muchos de estos días y nos los enviarán por correo. Se han llevado los ingleses setenta mil, muchos también los españoles y no se sabe cuantos los franceses. A las 11,15 tomamos los billetes en la central y después de hacer algunos encargos salimos para la estación *Termini* á las 2'10, pasando por la *Fontana de Agua marcia*, parecida á la antigua de la puerta del Sol de

Madrid, pero de fantástico aspecto por la descomposición de la luz en días de espléndido horizonte, como hoy y mejor aun de noche con los focos eléctricos, que la iluminan y embellecen. A las 2,45 parte el tren. Nada escribiré hasta llegar á Barcelona, pues todo lo que pudiera notar en el viaje de regreso está conocido y consignado.

XII

¡Adios, Roma! Quizá no vuelva á verte; quizá no vuelva á admirar desde el tren en marcha la grandiosa cúpula de San Pedro, quizá no vuelva á contemplar tus divinas Basílicas, ni tus ricos Museos, ni á leer con mis ojos las brillantes páginas de tu historia en las ruinas amontonadas de tus monumentos caídos y de tus murallas desmoronadas, pero llevo de tí indeleble recuerdo y tengo por los mejores de mi vida los días que he discurrido por tus calles, plazas y avenidas por donde en otro tiempo tus reyes, poetas, sabios y guerreros discurrieran; he sacado de tus catacumbas tan profunda impresión, que nunca se borrará de mi memoria, como eternos en mi alma serán aquellos días felicísimos, en que, con toda la fuerza y energía de mi convicción católica, á boca llena, aclamaba á León XIII en el nunca bien ponderado San Pedro del Vaticano. Rápidamente avanza el tren, perdemos de vista la ciudad de los Papas y nos encontramos en medio de la gran llanura, de campos de trigo, viñas, encinas y prados de hermoso verdor. Me dejo caer en mi asiento y mientras llega la noche escribo esta nota, respecto á la situación política de Roma, siquiera sea lo último

que haga á la luz del cielo italiano, azul y trasparente cual ninguno.

Residen en Roma dos soberanos incompatibles é irreconciliables, y solo Dios sabe cuándo acabará la conculcación del derecho y cuándo el Sumo Sacerdote volverá á ser el Rey de Roma. Es indudable que el actual estado de cosas se sostiene por la complicidad de la Europa oficial, siendo esta complicidad el único fundamento serio, la base, el sostén del flamante reino de Italia, y por consiguiente, que tan pronto como le falte, caerá por su base y con estrépito la obra de la diplomacia sectaria y radica. Como potencia de primer orden figura en el concierto europeo, y ¡quién sabe si este mismo rango conque aparece en el exterior sea la causa de su ruina! la miseria de la capital no puede ser más notoria, ni más justificada; no se ve el oro por ninguna parte, pero circulan monedas de cobre, plata, níquel y el billete de diez liras. Por otra parte los partidos políticos se hacen encarnizada guerra y cada día crece en importancia por la calidad y el número de sus votos la extrema izquierda, con una prensa socialista rabiosa y subversiva, que embota, corrompe y extiende su perniciosa lectura á todas las clases y atiza y fomenta el odio y las pasiones de la obrera descreída y famélica como en todas partes, sin descuidar en libros y folletos, caricaturas y revistas la pornografía en su más alto grado de soez, descocada é inmund.

En estas circunstancias y con tales elementos; ¿á qué queda reducido el progreso y bienestar de una nación en el interior y cómo podrá resistir las complicaciones del exterior? Añádase á esto, que no es tan corto, ni tan despreciable, como dicen los italianísimos, el partido del Papa, que cuenta con una

nobleza fiel, con muchos recursos, que no piensa, es verdad, en una restauración por sus propias fuerzas y energías, pero que lo espera todo de quien dispone de los destinos de las naciones y tiene fé en el porvenir. Así está la cuestión. ¿Y quién asegura que esa diplomacia no la ha de resolver en favor del derecho más santo y secular? ¿qué valen en realidad esas palabras *hechos consumados, concierto europeo* y tantas otras con que se quieren cohonestar los más inicuos atropellos? Dios hará de la cosa y de la ocasión más insignificante, y, quizá á nuestros ojos menos á propósito, el instrumento que dé al traste con todas esas aparentes armonías y toda esa unidad hecha de girones de tronos caídos y cetros destrozados, sin otro título que el violento despojo, ni otro derecho que el derecho de la fuerza.

La soberanía temporal del Papa empieza á vislumbrarse en el siglo cuarto, ó tal vez antes, y no se puede negar que los hombres no han hecho otra cosa que reconocer en esa soberanía las miras de la Providencia, queriendo que la autoridad espiritual fuese independiente de todo poder terreno y tuviese, al mismo tiempo, autoridad y poder temporal para su libertad y para que con su peso mantuviese la justicia, conteniendo las demasías del poderoso, siendo el árbitro en todas las cuestiones con su principado terreno y paternal. Así lo reconocieron y sancionaron los siglos, así Constantino, Pipino y Carlo-Magno con sus donaciones y los soberanos de todos los tiempos no hicieron otra cosa que reconocer la supremacía espiritual y temporal del Romano Pontífice, que no puede ser súbdito de ningún príncipe de la tierra. Y si entre la sumisión y soberanía no hay término medio que pueda unir y conciliar estos

dos extremos, que por su naturaleza se repelen, preciso será que el Romano Pontífice independiente de derecho divino, porque así lo quiere y exige su soberanía espiritual y así lo han sancionado los soberanos de la tierra y los siglos que vieron ejercer la soberanía reconociendo en ese rey con sotana el modelo de todos los reyes, la luz del mundo, el asilo seguro y baluarte firmísimo de la justicia y del derecho, el portaestandarte de la civilización, del derecho y de la libertad.

De aquí: que el Papa, con ó sin cetro, haya sido siempre el blanco del odio, el objeto de la persecución de los tiranos en todos los tiempos; mártir en las catacumbas, desterrado ó prisionero más tarde, despojado hoy, sus enemigos son siempre los mismos; pero el Papa ha vencido siempre; mártir, en el destierro ó sin corona no ha caído sino para levantarse con mayores energías, con mayor autoridad, y esto precisamente sucede hoy en la capital de la Italia una, que puede citarse como prueba y razón de lo que voy diciendo y que no es otra cosa que una manifestación de la opinión universal ó pública, como dicen en España los políticos.

Es incalculable el número de peregrinos que ha venido siempre á Roma, muy singularmente desde que fué declarada capital de los estados de Víctor Manuel II, y gracias á esto no es mayor la miseria y más negra la situación de los romanos, pero ninguna de todas esas falanges de peregrinos desfila y, como yo, ni siquiera pasa por el *Quirinal*, ni Humberto tiene más visitas que las puramente oficiales y de cortesía. Todos estos días se ven peregrinos de millares de leguas, su habla y su indumentaria demuestran que pertenecen á todos los países y latitu-

des y en todos los acentos se aclama al Papa Rey, viéndose las calles que van al *Vaticano* atestadas de gentes de todas clases, sexos y edades, mientras que el camino del *Quirinal* está silencioso y sombrío. Ve Humberto á su alrededor el vacío, recibe el homenaje frío y ceremonioso de su corte, que le habla el lenguaje de la ficción, y fuera de esto, del trato de su familia, sus ministros y sus servidores, aquel palacio siempre solitario no vé llegar á sus puertas á ningún extranjero á preguntar por el soberano, nadie se impone el sacrificio de una *lira*, ni un *suelo*, ni el trabajo de andar medio kilómetro por verle y menos aún por aclamarle. Algunos peregrinos curiosos pasarán bajo sus balcones, simplemente por ver y conocer lo que en tiempos, no lejanos, fuera habitual residencia de los Papas Reyes de Roma.

En cambio León XIII es continuamente visitado por millares de peregrinos que vienen de todas las naciones, que lo aclaman en todas las lenguas Padre, Papa y Rey. Su nombre brota de todos los corazones y sale de todos los labios con indefinible encanto y ternura filial, franca, espontánea y desinteresada. Para todos tiene palabras de paternal dulzura, á todos recibe y consuela, solo el rey de Italia no es admitido en aquel Vaticano, abierto para toda la cristiandad. Este paralelo conocido y confesado por todo el mundo, resulta humillante, en grado inconcebible, para el soberano de la revolución, que conculcara el cetro más augusto del príncipe más legítimo de la tierra. Muy joven era yo cuando leí en un periódico allá por el año setenta y dos ó setenta y tres de esta centuria que Víctor Manuel mirando un día al Vaticano dijo: *Vive ahí un prisionero que es libre y yo soy un rey libre que es prisionero.*

Cedió Constantino Roma á los Papas, porque aunque grande la capital del mundo no podía contener á dos soberanos. Si de ella tuvo que alejarse el piadoso hijo de Santa Elena ¿cómo pueden sostenerse en ella los sucesores del usurpador? Donde resida el Vicario de Jesucristo quedará por fuerza eclipsado cualquier otro soberano, por poderoso que sea, porque siempre se ha de cumplir la palabra divina *Et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.*

XIII

A las 6,45 de la tarde del 2 de Junio después de cincuenta y tres horas de tren llegamos á la conda de Barcelona muy cansados y muy sucios, alojándonos en la calle de la Paja, 6, 2.º La hora y el cansancio nos retienen en casa, acostándonos muy temprano, pero no tan pronto que no escuchemos una orquesta que ensaya *Ells Segadors*, según dice el fondista. Este canto es el himno separatista de los barceloneses, pero yo no creo que los catalanes serios y sensatos sean separatistas, aunque sí que lo pueden ser y seguramente lo serán, si en que lo sean se empeñan los que deben evitarlo: cuestión es esta que, con ser tan grave, no tiene poder bastante para alejar de nosotros el sueño en esta noche tan saludablemente reparadora.

Día 3 de Junio.—Hemos dormido y descansado muy bien y limpios y aseados nos encaminamos á la *Catedral*, cuya puerta y fachada principal admiramos bien pronto. Está recientemente construida á expensas del banquero Girona, con arreglo á un plano hallado en el archivo. Igual que la Puerta de los Leones de la Catedral de Toledo tiene esta en su de-

rrame las estátuas del Apostolado y en medio á Jesucristo con multitud de ángeles y figuras bajo pequeños doselitos, todo de carácter gótico, así como el cimborrio en proyecto y las torres laterales. También son notables las puertas de la Piedad junto al ábside y la de Santa Eulalia en la calle del Obispo, hermoso ejemplar de delicadas y exquisitas ojivas y magníficas esculturas de buenas proporciones; pero sin disputa la mejor de todas sus puertas es la que se abre en la calle de los Condes de Barcelona, casi enfrente del convento de Santa Clara y es la de San Ibo, con multitud de pequeñas columnas y ojivas, sirviendo como de base á la torre del reloj, levantada en 1387: tiene algunos bajo relieves que representan un guerrero luchando con una fiera, cuya significación ignoro. Esta torre del reloj, igual que la otra de las campanas, tiene una altura respetable, de más de doscientos escalones, desde la cual se descubre el magnífico panorama de esta ciudad y sus afueras. Hermoso ejemplar de estilo gótico es este templo de tres naves, siendo la central más alta y ancha que las laterales, pero rebosando majestad y convidando al recogimiento, aumentando este suave misticismo los variados haces de ténue luz de colores de sus ventanales y rosetones. Diez magníficos pilares sostienen la bóveda formando nueve espaciosos arcos y el presbiterio, rico en esbeltas columnas, así como el altar mayor de elegante talla gótica, coronado por agujas caladas de gran gusto y corrección, viéndose á uno y otro lado del retablo los escudos de armas del Obispo Loris, que lo costeó de su particular peculio. Debajo del Sagrario reposan las cenizas de San Severo Obispo y San Raimundo de Peñafort, canónigo y confesor de Jaime I.

Debajo de este altar está la cripta que desde luego supuse sería, y es en verdad, la de Santa Eulalia, natural y patrona de Barcelona. Bajamos una amplia escalera y oramos un rato ante aquél sarcófago de alabastro sostenido por ocho columnitas de jaspe de variada forma. Tiene esta cripta la figura de un ábside y su bóveda es más baja de lo que debiera, pero se admiran algunos relieves que representan la vida de la Santa y las traslaciones de sus restos, está alumbrada por lámparas, una de las cuales es de plata, de peso de quinientas onzas, según me dijeron, donativo de la ciudad en memoria de la conquista de *Budapest* en Hungría por el Duque de Lorena.

Al subir de la cripta se presenta en medio de la nave central el monumental y notable coro con 109 sillas en dos hileras, bien talladas y algunas con doseltes y escudos en el respaldo; tiene así mismo un elegante púlpito. Su frontis que fué construido en 1564 se aparta del estilo gótico, su ornamentación es caprichosa y desdice muy mucho del estilo general del templo; hay en los intercolumnios bajo relieves de la vida de Santa Eulalia y en cuatro nichos estatuas de San Raimundo, Santa Eulalia, San Olegario y San Severo. Sus capillas más notables son la de San Raimundo de Peñafort que tiene una urna con reliquias del Santo, la de San Miguel Arcángel donde está enterrado un Berenguer que fué Obispo de Barcelona y estuvo en la conquista de Valencia y Mallorca; la de San Marcos de buen retablo y algunos lienzos; la del Santo Cristo de Lepanto, negro como el ébano en cuya imagen tienen los barceloneses gran fé y devoción; se llama así porque lo llevaba D. Juan de Austria en la proa de su galera en la célebre batalla contra los turcos; venerándose

también en esta capilla una Dolorosa muy notable; la del Sacramento es sin duda la más espaciosa de todas las capillas, con magnífico retablo y el sepulcro de San Olegario, Obispo de Barcelona, en bien tallado alabastro y un lienzo que representa la coronación de la Virgen de las Mercedes en 1888 en la Catedral; es obra de Galofre Oller.

Es la sacristía bastante pobre y en ella se conservan y custodian las alhajas, siendo la más notable la custodia, á la que sirve de base la silla de plata sobredorada que era el trono de Martín I de Aragón, en la que entró en Barcelona D. Juan II de Navarra después de la derrota de los franceses en Perpiñán; silla y custodia están llenas de piedras preciosas. Me dicen que es muy buena la Cruz Parroquial y que tienen tapices, brocados y otras muchas joyas de gran valor y de renombrado mérito artístico.

No se sabe fijamente la fecha en que comenzó la edificación de la Catedral, que, según parece estuvo primeramente en la gradería que baja á la calle de la *Corribia* y fué destruida por los moros en 986, reedificada más tarde por Ramón Berenguer y su esposa, hasta que en 1298 se derribó para ensancharla, dando gran impulso á las obras Jaime II, quedando terminado el tras coro en 1329 y toda la obra en 1400. Así consta de las inscripciones que hay á los lados de la puerta de San Ibo. Se han celebrado en ella algunos concilios, el primer capítulo general de la Orden del Toisón en 5 de Marzo de 1519, presidido por el Emperador Carlos V y en ella juraban los reyes de Aragón, como Condes de Barcelona, cumplir, guardar y respetar los privilegios y libertades de Cataluña. Tampoco se sabe cuándo empezó la construcción del claustro, que está por terminar, pues

si tres de sus lados tienen buenas capillas, el otro es un paredón liso que desdice de la obra y afea su conjunto; tiene en medio un jardín rectangular con grandes arcos en los que están representados pasajes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

La Rambla. Ni la Castellana de Madrid con sus hoteles suntuosos y elegantes, ni la espaciosa y embalsamada Alameda de Valencia, ni el paseo del Gran Capitán de Córdoba, ni el de Colón de Granada, ni el *Corso* de Roma, ni ninguno de sus paseos y grandes vías pueden compararse con esa inmensa arteria por donde circula toda la savia de Barcelona; almacenes de industria, comercios, bazares, cafés, teatros, tranvías, administraciones de los ferrocarriles, kioscos de periódicos, lecturas, novelas, flores y pájaros; todo lo bueno y todo lo malo se encuentra en aquella gran vía, que empieza en el Puerto y cruza toda la populosa ciudad hasta la plaza de Cataluña. Consta de un paseo central de doce á quince metros de anchura, limitado por una doble hilera de gigantescos plátanos; dos laterales para jinetes, carruajes y tranvías, de seis ú ocho metros de ancho y las aceras de algo más de tres metros. Toma distintos nombres según los sitios y se llama de *Santa Mónica*, de los *Estudios*, de *San José*, de *Capuchinos* y de *Canalejas*.

En la plaza de la Paz á orillas del mar se levanta el monumento á Colón que consta de tres cuerpos: basamento, pedestal y columna; de planta circular el primero tiene cuatro anchas gradas, á cuyos flancos se levantan ocho leones de hierro fundido. Otros tantos alto relieves representan en el basamento las principales escenas del glorioso descubrimiento empezando en la portería de la Rábida y terminando

en el recibimiento que en Barcelona hacen los reyes á Colón de regreso de su primer viaje con las muestras vivas de las tierras descubiertas: tiene mutiladas muchas figuras y no pocas han desaparecido. Un polígono de ocho lados es el pedestal, rematado por un cornisamento con decoraciones en bronce ostentando una carabela, escudos de Barcelona y medias esferas sobre las cuales están las estatuas de la Fama, coronando el genio del atrevido genovés; hay además alegorías de Cataluña, Aragón, Castilla y León, medallones decorativos de personajes que intervinieron y ayudaron al feliz éxito de la obra como los Pinzones, Pérez de Marchena y otras figuras históricas. La columna es de hierro fundido y el chapitel está formado por anchas hojas de los países tropicales, de entre las cuales se destacan las figuras alegóricas de Europa, Asia, África y América, en actitud de coronar á Colón. La estatua de éste remata y corona el monumento, levantándose gallarda y arrogante sobre una esfera de bronce. Todo el monumento mide sesenta metros y se inauguró el año 1889. Las bóvedas del basamento están destinadas á panteón de marinos catalanes ilustres y hoy está en ellas la máquina del ascensor que vá por dentro del pedestal y la columna hasta el pié de la estatua. Nosotros hemos subido; es un balconcillo por donde holgadamente pueden circular siete ú ocho personas; está cerrado con una serie de cristales movibles de colores, los que hacen sorprendente efecto. Por ellos á nuestros piés hemos visto á Barcelona como en noche de invierno, envuelta en blanco sudario de nieve; Monjuich con su artillado poderoso y el mar revuelto. Todo resulta fatástico y sombrío por el color amarillo del cristal con que hemos mirado: no dan los

otros colores este efecto porque son más alegres y distancian menos el panorama de lo real y efectivo.

El Parque.—Grandes jardines, avenidas, paseos, estatuas, monumentos, museos, una verdadera y bien dispuesta menagerie constituyen este amplio emplazamiento, capaz de contener dentro de sus límites una ciudad; es con razón visitado por cuantos arriban á Barcelona. Entre las muchas notabilidades que encierra más fáciles de ver que de cantar y menos describir se hallan el *Invernáculo*, *Columna meteorológica*, *Aquarium*, *Cazador africano* y la *Cascada*, siendo también notable la semejanza de la montaña de Monserrat y la estatua ecuestre de Prim, levantada en memoria de haberles concedido este Ministro de la Guerra el derribo de las murallas. Es un monumento de mármol oscuro, bien ejecutado, ostentando el escudo de Barcelona, blasón de Prím y dos bajo relieves alusivos ó alegóricos de la batalla de los Castillejos y la retirada de Méjico. Se presenta así al célebre caudillo solamente como español valiente, firme y reflexivo.

También hemos visitado el *Puerto* repleto de vapores y barcos mercantes de todas clases, tipos y condiciones, hemos subido á bordo del *Miguel Jover y América* que han llegado hoy, son limpios y brillantes, con espaciosos camarotes, comedor y ventiladas dependencias. No hay ningún barco de guerra y el mejor que tiene el puerto es el *León XIII* pintado de blanco, inmensa mole que conserva sus calderas encendidas porque sale esta noche. En vapor hemos ido á la Barceloneta. Este Puerto es el mejor de España, aunque no está terminado, calculándose en sesenta millones de pesetas el coste total hasta su terminación que será dentro de veinte años, si las

obras no se interrumpen, pero entonces será de los primeros del mundo.

Esta tarde hemos visto la antigua fábrica de ornamentos de *Gusi*, donde se construye un palio para mi Parroquia. Hemos paseado por el ensanche donde están las grandes construcciones modernas, casas raras y caprichosas, cuya arquitectura solo obedece á la idea y gusto de su dueño, pero destruyen esa uniformidad y lánguida monotonía de nuestras modernas ciudades, resultando muy bonitas y elegantes. Con otra fábrica de tejidos, la barriada de Gracia y las afueras hemos completado la tarde, llegando á casa muy cansados. Por estar suspendidas las garantías constitucionales, no hemos podido visitar el célebre cuartel *Atarazanas*, ni el Monjuich, aunque en todo tiempo, para visitar esto, se necesita permiso especial, y aun con él, no se ve más que lo ordinario y visible.

XIV

Dia 4 Junio, 6 mañana.—Está lloviendo, salimos en el tren para Monistrol y allí á las 9'10 tomamos el de Cremallera para Monserat. Es una excursión cómoda y atrevida subir á una montaña como la catalana en ferrocarril; para el que no lo hace ó no lo ha visto es poco menos, ó algo así, como un cuento de hadas, y á la verdad que lo parece y más aún la de hoy. Cuando empieza la ascensión causa espanto ver la dirección de la vía, que van marcando los aisladores del telégrafo, unas veces suspendidos sobre el abismo, otras bordeando un arrecife ó atravesando corto túnel abierto á pico en la viva roca, siempre subiendo con un vaivén duro y monótono, que

facilitará seguramente la digestión de succulenta comida y causa al viajero irresistible hilaridad, si páramientes en el acompasado é inevitable movimiento de todos su acompañantes. Salimos de Monistrol lloviendo y así empezamos la subida, pero cuando llegamos á la mitad de la montaña habíamos rebasado la nube que seguía regando copiosamente la tierra, sin que á nosotros cayera una gota porque la teníamos á nuestros piés y estábamos bañados por un ambiente de luz bastante intenso, aunque sin llegar á la claridad de espléndido sol de primavera, pero muy bien nos permitía ver y admirar los atrevidos monstruosos picachos de la granítica montaña, como si airados amenazasen desprenderse para sepultarnos en el alborotado Llobregat; cuya cenagosa revuelta corriente veíamos allá lejos, á infinita distancia. La máquina no arrastra, empuja solamente dos wagones de viajeros y parece rugir de rabia como si fuera la confesión de su impotencia en aquella pendiente; y con ímprobo trabajo, pidiendo frenos y forzando el vapor iba ganando el terreno palmo á palmo. A no ser por su especial construcción, por su rail central de cremallera que engrana en una rueda ó piñón, que haciendo las veces de freno, impide el retroceso, tren y máquina rodarían la cuesta abajo, de abismo en abismo, reduciéndose todo á menudas astillas. Así lo pensaba yo y ponía mi confianza en Dios, como al principio de la ascensión, y con esta fé y confianza subía deseando escalar los picos de la antidiluviana montaña, al paso que el incrédulo, si alguno iba, subiría confiado en el capricho ó pericia del maquinista: todos subíamos. Sin embargo, por un momento todas estas filosofías pasaron para dejar lugar á un espectáculo no raro, pero sí muy chocante: en un

paso á nivel estaba el guarda aguja en su puesto con el correspondiente banderín de señales y á su lado dos perritos, macho y hembra, vestidos con chillones trajes y puntiagudos gorros de nigromante, sentados sobre sus patas traseras presentaban una banderola con los colores nacionales muy serios, graves, tiesos como estátuas, dando á su actitud y postura toda la importancia de su oficio, del que parecían bien penetrados, mirando con desprecio tren y viajeros y creo que oyendo con olímpico desdén nuestras risas y chacota, atentatorias á su seriedad de inflexibles guarda agujas. Algunas perrillas arrojadas desde los coches les hicieron volver á lo práctico y positivo y se arrojaron á recogerlas, apenas pasado el tren, tirando las banderolas de su oficio.

Llegados, por fin, al famoso santuario corrimos á oír misa, por ser día de precepto. Se celebraba la fiesta de Pentecostés y oficiaba el Abad de medio pontifical. Predicó un benedictino, cuyo nombre me dijeron y no recuerdo, es poco orador, pero tiene buen timbre de voz y ha hecho una elegante paráfrasis de los dones del Espíritu Santo, labor que revela muchos conocimientos y estudio de la Sagrada Escritura. En la recopilación ha tenido brillantes apóstrofes al hacer la disección de la vida cristiana en las ciudades modernas. Aunque sin conseguirlo, varias veces mandé callar á una señora muy habladora y muy pedante, que desgraciadamente para mí, tuve delante, con un antipático y descomunal sombrero que parecía una maceta de geráneos. Es la iglesia un bonito y gallardo templo con muchas y notables capillas, restaurado todo al gótico moderno, aunque bien se deja ver el rastro de una arquitectura, si no tan severa, por lo menos más primiti-

va. Tiene dos magníficas pilas de agua bendita, hermosos ejemplares de granito de aquella montaña, montados en zócalos de lo mismo, pero no deben ser de granito los dos monumentales púlpitos decorados con bajo relieves de la vida pública del Salvador; creo que deben ser de mármol, pero tienen hermosos tornavoces metálicos, dorados, góticos ricos, de esbeltas torres que quieren tocar en la bóveda.

La imagen es morena, hoy la llaman en ese lenguaje afectuoso y tierno con que los pueblos suelen señalar á sus Patronos, que si no fuera filial y cristiano, sería impío é irreverente, la *Divina Moreneta*: así los catalanes significan el color de la milagrosa imagen al par que su fé, su amor y su filial confianza en la *Virgen de Monserrat*, sol espléndido de Cataluña sobre la que esparce sus favores y bendiciones. En Barcelona la casa Gusi le hace un riquísimo manto, acabada obra de arte; escudos de las cuatro provincias catalanas, bordados en oro y sedas, campean en el centro del vestido alrededor del *monte serrado*, también delicado trabajo de gusto y fervor, todo, por supuesto, de industria netamente catalana. Después de la función hemos comido en un *restaurant*, donde se nos ha servido cuanto hemos deseado; hay de estos cuatro ó cinco y doble número de hospederías ó aposentos que en días como éste se alquilan todos á los romeros, aquí ellos guisan sus comidas y están todo el tiempo de su permanencia en el santuario.

El monasterio antiguo y moderno es espacioso y en buena y sólida construcción tienen los benedictinos grandes piezas que lo mismo pueden ser para celdas que para almacenes. La comunidad no es muy numerosa, ni alcanzan tampoco gran número los no-

vicios. También es un vasto edificio el habitado por el dean y cabildo. Hoy ha sido día de romería, alquilándose todos los aposentos, sin dejar de ser innumerables los ranchos esparcidos aquí y allá, fuera y en la montaña, pudiendo calcularse en más de ocho mil las personas que han visitado este sitio, sin que la pareja de forales de somatén haya tenido que intervenir en alboroto, en disputa alguna, reinando un orden admirable, impropio de un día de campo, en que se bebe mucho vino y se derrocha el baile y la alegría.

Como no podíamos visitar despacio la iglesia, ni subir al camarín hasta la tarde, inmediatamente después de comer nos dimos á recorrer los aposentos, ranchos y la parte accesible de la montaña, y cuando nos hallábamos á centenares de metros de elevación descansando y admirando la inmensa extensión de terreno y el indescriptible paisaje que desde allí se descubría, vimos que al santuario regresaba una procesión cantando el rosario, acompasadamente con música de aire, en instrumentos de madera que tocaban elérigos ó seglares vestidos de sobrepelliz: por entre aquellas breñas bajamos corriendo, pero llegamos cuando ya estaban ante el altar rezando la letanía.

Terminado el rezo subimos al camarín en recta y ordenada cola á besar el manto de la imagen, bajando por otra escalera lateral. Hay un religioso para tocar al manto rosarios y medallas: yo toqué los míos y besé el rostro á la Virgen y al Hijo. A la bajada de la escalera se encuentra un acólito automático, vestido de rojo y roquete con una bandeja en la mano pidiendo limosna. Es el camarín una estancia semicircular de seis ú ocho metros, con ventanales de colores representando misterios de la Virgen y

asuntos bíblicos, tiene dos grandes y hermosas conchas bivalbas, con cenefa y armadura de bronce para darles consistencia y duración; deben ser regalo, ó quizá exvoto y hacen de pilas de agua bendita; caben buena cantidad y tal vez estén surtidas de la de la gruta que muchos devotos bebimos. Los bajos del camarín están atestados de milagros, exvotos, barcos, sombreros, uniformes, armas, mármoles, cuadros y sedas; riquísimos vestidos de tisú de oro, trajes de desposada y millares de objetos; ricos y humildes, testigos elocuentes, manifestaciones inequívocas y expresivas de la fé y devoción de los catalanes y de los beneficios de la *Divina Moreneta*, su Madre y Patrona. Tiene además valiosos regalos en ornamentos y vasos sagrados, alhajas varias de gusto y riqueza, lámparas buenas, dos de plata repujada, de mucho valor que penden de la bóveda cerca del altar; el trono de la Virgen debe ser de bronce bruñido, brilla como una ascua y al ser de oro ó plata representaría una riqueza.

En aquella parte del santuario se presenta la montaña bravía y salvaje, como manifestación de la omnipotencia de Dios: es accesible por varios puntos en coches y cabalgaduras y se visitan sitios famosos, como la gruta de la fuente de Santa Cecilia, la cueva de San Jerónimo, la de la aparición, base y punto de apoyo de la conmovedora leyenda de esta preciosa imagen, que no son otra cosa que sinuosidades ó rincones de aquella inmensa mole de granito. En un atrevido picacho, mirando á Barcelona, tienen los PP. una buena cruz de hierro, cercada por barandilla de lo mismo. Seguramente que de aquí harán un gran observatorio, pues es un punto de los más elevados.

A las cinco de la tarde salimos para Barcelona, sin tener nada de particular que anotar, si se exceptúa que á la mitad de la pendiente tuvimos cuatro trenes á la vista y que los consabidos perritos estaban con la misma textura y seriedad en el sitio de por la mañana.

XV

Dia 5 de Junio.—A las 9'50 de la mañana salimos para Zaragoza dejando, por fin, la ciudad de los condes. El terreno hasta que pasamos TARRASA es montuoso, poblado de pinos y alcornoques, sin presentar nada de particular.

LÉRIDA, 3'45 *de la tarde.*—Al llegar á esta ciudad me acuerdo de mi padre, que fué socio de número de la Academia Bibliográfico Mariana. La población es antigua y aún conserva sus murallas; se ve la Catedral con elevada torre, de forma octógona, sin chapitel como la de Barcelona y Gerona. Vamos atravesando una espaciosa llanura parecida á la de MANZANARES, abundante en tomillo y cantueso, aunque se ven á lo lejos algunas viñas y cerca de los pueblos buenos predios de cereales. Ya se oyen las expresivas y castizas interjecciones aragonesas y se ven las clásicas fajas y gorros de la tierra, pero también se siente un frío muy de estas llanuras, como originario de las nevadas cumbres del *Moncayo*.

GRAÑEN, 6'50.—A poco de salir de esta estación se inutiliza la máquina y se para el tren. Repara averías el maquinista y afanosamente puede arrastrarnos otros cinco kilómetros, pero dos antes de llegar á TARDIENTA se detiene definitivamente. Es TARDIENTA una estación de importancia, con depósito de

máquinas; creíamos que se cambiaría la averiada que trajo nuestro tren, pero no fué así: el salvaje del maquinista se empeñó en seguir con ella, pudiendo arribar á Almudevar y Zuera, de donde ya no pasamos, deteniéndonos tres horas y media. El frío se siente más que en el invierno y sopla un norte con tal violencia que amenaza volcar el tren, que es un conjunto de desdichas. Se han apagado todas las luces de los coches y no hay con qué sustituirlas; así está la estación y todo parece descompuesto, viejo, sucio y malo, siendo lo más malo los empleados de la estación y del tren, groseros é insolentes con los viajeros y sin pizca de educación. Cuando se regresa de un viaje en que se han atravesado Italia y Francia y ésta sobre todo, donde los trenes son brillantes y nuevos, las máquinas de inmensa potencia, dando una velocidad extraordinaria en los mixtos y vertiginosa, inconcebible en los rápidos, se nota lo destartallado de estos artefactos que en España llamamos máquinas, coches y trenes. Llevan en esas naciones todos los coches alumbrado de gas, timbres de alarma, frenos automáticos, aparatos eléctricos de todos usos y aplicaciones para seguridad, servicio y comodidad de los viajeros, con un personal entendido, fino, atento, obsequioso, revelando hasta en los más insignificantes detalles educación, cultura y disciplina. Por fin vino de ZARAGOZA una máquina y salimos á las 11,35, llegando á las 12,10 de la noche. Pasamos por el puente que llaman del Pilar, de piedra, inferior, sin duda, al que en el mismo Ebro tiene *Tortosa*, pero es de respetable antigüedad.

Día 6 de Junio.—A las ocho de la mañana salimos y buscamos á mi profesor D. Eustaquio Gil Gómez, Beneficiado Maestro de Ceremonias, al que no

había visto hacía ya catorce años y después de un abrazo, por valor de todo este tiempo, llegamos con él al relicario que guarda la fé de España. Al entrar en el templo del Pilar no es menester que el guía, si se lleva, diga dónde está y cuál es la capilla de la Virgen; se adivina, se sabe, se conoce ¿por qué causa? no lo sé, pero creo que es por divina inspiración. Caimos de rodillas ante la verja de plata que cierra la Angélica, Santa y Apostólica capilla y derramamos los afectos de nuestra devoción y amor filial hacia la veneranda imagen que en el Pilar dejara asentada la misma Madre de Dios, celestial peregrina, divina mensajera que con esa imagen nos trajera nuestra fé y diera heróico comienzo á nuestra nacionalidad y á nuestras glorias. Parecía natural, que nosotros, peregrinos de Roma, donde habíamos desfilarado ante tanto grandioso monumento, maravilla del arte cristiano, brillantes y eternos testimonios de la Divinidad de nuestra Religión, como la *Scala Sancta*, *Catacumbas* y tantos otros, tuviéramos nuestro espíritu saturado de piadosos afectos y nuestra naturaleza exahusta de lágrimas, y sin embargo, aún había rico caudal en nuestro corazón, de donde á torrentes brotaban los más tiernos afectos que arrasaban de lágrimas los ojos, mientras que los labios entre suspiros y sollozos exhalaban saludos de alegría *Regina cæli letare, alleluia*. Orando ante esta divina imagen se reciben tales consuelos y se experimentan tales y tan profundas emociones que es imposible definir: el alma se levanta á la consideración de lo sobrenatural y divino, olvidándose por completo de que es peregrina en la tierra de miserias, no acordándose de que es prisionera de los lazos de la carne, hace de aquel rostro casi invisible un cielo

anticipado y de aquella mano y aquel Niño, que infunden reverente pavor, las inefables delicias de la gloria. Reyes, Obispos, sabios y gentes del pueblo de todas clases y condiciones han doblado su rodilla y tributado sus adoraciones entusiastas á este Pilar; todos, como nosotros, han regado con sus lágrimas aquellas marmóreas losas, han exhalado los afectos de su devoción, han contado sus penas y sus cuitas, sus gozos y sus alegrías á la Virgen Santísima y no se han levantado de allí sin recibir consuelos, dichas y satisfacciones inefables.

No hay que preguntar á qué hora van los devotos á orar: desde que se abre hasta que se cierra el templo está aquella verja llena de velas y cirios ardiendo y rodeada de toda clase de personas. Al manto de la Virgen tocan rosarios, medallas y devocionarios; á la mayor parte de las niñas se les pone por nombre *Pilar* al ser bautizadas; á los pocos días de nacer llevan todas las madres sus recién nacidos á ofrecerlos y cuando los calzan por primera vez, para que sus primeros pasos sean cerca de la Virgen y ante su Pilar: costumbres populares y tradiciones piadosas que dicen cuál y cómo es la fé de los zaragozanos á su Patrona; cuanto de esto se diga, por mucho que se pondere, es pálida sombra al lado de la hermosa realidad.

La Capilla.—Tendrá escasamente unos diez metros de diámetro. Edificada por Santiago, según la tradición en el mismo sitio donde la Virgen se le apareció, debió ser pobre en un principio, pero resistiendo las persecuciones de los Emperadores Romanos y las brutales acometidas de los moros, siendo siempre la luz de España y el valuarte firmísimo de su fé, poco á poco fué agrandándose en gusto y

belleza hasta ser hoy un hermoso templete elíptico de carácter corintio bien señalado. Tiene tres altares, el del centro, que en mármol de Carrara representa el asunto de la venida de la Virgen entre nubes y se destaca sobre querubes, es el único donde se puede celebrar exclusivamente por SS. prebendados; el de la derecha, lado del Evangelio, del mismo mármol, representa á Santiago y sus siete convertidos en oración y actitud de atender la señal que les hace la Virgen, de que allí les deja su Imagen y Pilar donde han de levantar una iglesia, viéndose por esta razón al lado izquierdo, ó sea el de la Epístola, como en lugar secundario, la veneranda Imagen, con altar, donde no se celebra, porque no tiene las debidas proporciones. A este altar solo es permitido entrar á los sacerdotes, religiosos y príncipes, para adorar la mano de Nuestra Señora. Nosotros lo hemos hecho y he de confesar que allí sentía cierto extraño terror no exento de cristiana alegría. El Pilar sobre que está asentada la Santa Imagen es de jaspe, de unas dos varas de altura, sin adornos, ni remate, revestido de una cubierta ó tubo de bronce y ésta á su vez de otra de plata en toda su extensión hasta los piés de la Virgen.

Tendrá la Imagen unos cuarenta centímetros de altura, hecha, según se cree, de cedro incorruptible, aunque ciertamente no se puede afirmar: tiene en la cabeza una corona pequeña tallada, puesta sobre el manto que cuelga por detras, recogiéndolo por el extremo inferior izquierdo con la mano derecha: ajustada á la garganta lleva la túnica interior, ciñendo su cintura una correa: lleva al Niño Jesús con mucha gracia en el brazo izquierdo y es perfecta en sus proporciones y delicada en la corrección

de sus detalles: es una obra de arte. Igual perfección y belleza presenta el Niño, que con la mano derecha sujeta el manto de su Madre y en la izquierda tiene un pajarillo.

Todas las columnas son de mármol y jaspe, teniendo en sus bases, zócalos y pedestales bajo relieves, medallones y geroglíficos de distintos asuntos. La cúpula ostenta imágenes y banderas nacionales y extranjeras y las de algunas peregrinaciones. El pavimento es de jaspe y finos mármoles; detrás de la Santa Capilla hay una especie de adoratorio, que en su centro descubre un mármol blanco, correspondiente á la parte posterior del Pilar, bastante gastado, pues no hay peregrino, ni viajero que entre en aquella iglesia que no besa una y repetidas veces el respaldo del Santo Pilar: así lo hemos hecho nosotros y á él hemos tocado nuestros rosarios. Con órgano propio y frente á la Santa Capilla está el coro, cuadrado, con buena bóveda pintada.

Patrimonio de la Virgen.—Está en la sacristía de la Capilla que es una estancia reducida con algunas buenas pinturas, representando, la del techo, la batalla de Clavijo, las otras el martirio de Santiago, hallazgo de su cuerpo, en los días de Alfonso II el Casto y la resurrección de la hija de Jairo. Tiene también en dos urnas de cristal dos esculturas magníficas: las cabezas de San Pablo Apóstol y la del Bautista; esta es superior y es tal su viveza y expresión, que parece se ven apagarse los ojos y se oye salir el último aliento de aquella boca agonizante por entre los labios amoratados y aún convulsos. Se custodian las alhajas encerradas en un armario de caoba, rica y artísticamente talladas sus puertas, cual estuche ó concha de codiciada perla. Al llenarse de luz

cuando se abren las puertas, se inundan de caprichosas irradiaciones producidas por tanta y tan rica pedrería. En el centro un cuadro de la *Pilarica* y á su alrededor bastones de algunos Arzobispos, la célebre espada de Polavieja y otra en estuche azul; hay monedas de oro de los repatriados filipinos y cubanos aragoneses, tributo sencillo de una devoción y amor grande y sublime; esparcidos en el suelo ó fondo de aquel escaparate pendientes, collares, alfileres, aderezos, rosarios y pulseras, todo de gran valor y mérito, encerrando cada uno una historia, un voto, una leyenda, quizá una lágrima enjugada y seguramente un milagro, un beneficio de la Virgen: también se custodian una cruz de perlas, regalo de D. Alfonso XII; un brazaletes de D.^a Isabel II, collar y cruz de perlas de D.^a Cristina, todo como de reyes y para la Reina y Señora de cielos y tierra; otra cruz de perlas de D.^a Berta de Rohan; cuatro coronas de oro, tres antiquísimas de mucho valor y mérito y una regalo de D. Carlos de Borbón, rica y delicada expresión de amor y devoción á la sostenedora Divina de la Religión en España, y es la que lleva la imagen de plata, que sale en procesión el día 12 de Octubre, fiesta principal. Es una corona imperial formada por ocho aros de oro, cubiertos de limpiísimas esmeraldas y sobre corona, también de oro, que entre sus ráfagas ostenta doce grandes estrellas de brillantes y rubíes: más pequeña, pero del mismo gusto, forma y riqueza es la del niño, apreciadas las dos, según me dijeron, en quince mil duros. A algunos millones ascenderá quizá el valor total del armario. En otro frente á este, también de puertas talladas, se custodian un juego de candeleros con cruz, todo de plata, muy grandes; otro juego de pla-

ta maciza, bastante antiguo y otros muchos adornos de plata también de mérito, representando buena cantidad de libras. En una pequeña cajonería frente á la puerta de entrada de la sacristía se conservan los calajes ó estuches donde se hallan los mantos, cada uno en el suyo, cuyo número es crecido y su valor y mérito incalculables, sin embargo de no medir el que más, por el lado más largo una vara: todos están descosidos y rotos de los forros que no pueden sostener el peso de los bordados de oro, plata, sedas y pedrería, de que están recargados, sin que se pueda decir cuál es el mejor, porque todos lo son y de algunos no se sabe qué color tienen, pues están completamente cubiertos por las sedas y bordados. Doña Isabel II regaló uno y los demás son también regalos de augusto y regio origen. Cuando acabamos de ver tanta preciosidad y riqueza dije al sacerdote encargado de su custodia:

—¿Será V. muy cuidadoso de las llaves?

—No tengo miedo, contestó, ni recelo ninguno. No hay en España quien se atreva á tocar estas alhajas, y en Aragón nadie cree que el mayor bandido puede pensarlo: con toda seguridad podría dejarme abiertos los armarios; la fé de Zaragoza los guarda mejor que los candados.

Y ascendiendo á tanto estas alhajas y joyas y habiéndose vendido por los gobiernos las de otras iglesias y santuarios.—¿No se han acordado de estas del *Pilar*? insistí.

—No sé, me dijo, si se habrán acordado ó nó de éstas, de que se tiene noticia en todo el mundo. Algunas se dieron á los jefes del ejército de *Lannes* y muchas se vendieron para atender á las obras de la Santa Capilla hace más de treinta años, pero..... ven-

dérmolas..... arrebatárnolas..... eso no sucederá nunca, mientras quede con vida un aragonés; así vinieran todos los ejércitos del mundo; que si desapareciera Zaragoza y Aragón, siempre quedaría el Ebro, que en sus ondas sepultaría al sacrilego que intentara poner su impía mano en el *Patrimonio de la Virgen del Pilar*. Así habló con tan creciente entusiasmo y visible emoción, que supo, quizá sin intentarlo, comunicar y transmitir á los que le escuchábamos.

La Catedral. Con notables mármoles, pinturas y escogida decoración; es buena iglesia, restaurada y casi reconstruida en el siglo XVII; consta de tres naves en el sentido de su longitud y de siete en el de su latitud, en la penúltima de las cuales se halla la Santa Capilla. El altar mayor es muy rico, forma un tríptico, estilo gótico, como el marco de madera que lo rodea; es de alabastro y está repujado de adornos ricamente tallados, aunque los del cuerpo principal son del renacimiento igual que las ornacinas. Casi en la coronación del retablo está el Santísimo, ante el cual arden siempre cuatro lámparas. En el centro está la Asunción de Nuestra Señora, su Natividad en el lado de la Epístola y la Presentación de Jesús en el templo, en el lado del Evangelio. Debajo de éstos hay muy bien hechos asuntos de la vida de la Virgen y de Jesús y en el suelo á uno y otro lado del retablo las imágenes de Santiago y San Braulio, cuyo cuerpo está encerrado en su féretro custodiado dentro del altar. El coro es monumental, de roble tallado, de tres órdenes de sillas llenas de guirnaldas, medallones y relieves representando escenas y pasajes de la vida de Jesús y María. Tiene un artístico facistol y al lado izquierdo la sillería y por encima de ella un buen órgano, bien dotado de

registros, tubos metálicos y teclados. Una buena verja de bronce dorado cierra el coro, cuyo coste ascendió á muchos miles de escudos; fué construido en el siglo XVI.

Muchas y buenas joyas y alhajas tiene esta Santa Iglesia, sobresaliendo entre ellas dos cálices, uno del siglo pasado, construido en Zaragoza; es verdaderamente una riqueza, de oro, con *mil novecientas cuarenta y tres* piedras preciosas: el otro es más antiguo, también de oro, ricamente esmaltado y á mi juicio mejor que el de las piedras: á mí me gustó más, ciñéndome á la opinión de insignes anticuarios que así lo han juzgado. El servicio diario es también de plata, muy rico. En un armario central se conservan las piezas de un altar que se pone el día del Corpus, todas de plata, sumando con las del manifestador que es riquísimo y el frontal muchas libras. También de plata, de tamaño poco menos que natural, son las imágenes de San Braulio, Obispo de Zaragoza, y Santiago. En otro armario se conserva un relicario en el que hay una carta auténtica de Santa Teresa de Jesús, en un buen estuche el ostensorio ó viril, acabada y rica obra de arte. También en este se custodia una buena imagen de la Virgen con Pilar, todo de plata; es la que sale en procesión.

Templo Metropolitano del Salvador ó La Seo. La iglesia de *La Seo ó Seu*, que en lemosín significa *Sede*, se halla edificada junto al Palacio Episcopal; es sin duda alguna de los más bellos de España, siendo posible según su construcción romana, que existiera ya al tiempo de la invasión agarena y que se consagraría y dedicaría libremente al culto después de conquistada la ciudad por Alfonso I el Ba-

tallador en los comienzos del siglo XII. Su arquitectura interior es variada como si indicara las distintas épocas de construcción ó reparación verificadas en tiempos anteriores. Sus naves son claras y hermosas, formadas por esbeltas columnas que sostienen las bóvedas decoradas con primor y gusto, cuyos dibujos reproducen los mármoles del pavimento. Una verja de hierro cierra el coro, más estrecho y menos rico que el del Pilar, aunque tiene buena sillería de roble, pero es mejor el facistol y está ricamente tallado, como el asiento ó base del órgano. De alabastro de severo estilo gótico es el retablo del altar mayor, siendo notables las figuras de San Lorenzo martirizado, un episodio del tiempo de las persecuciones en que un cristiano es delatado al tirano y el entierro de un santo. La adoración de los Santos Reyes representa en el centro un buen cuadro y á los lados la Ascensión á los cielos y la Transfiguración en el Tabor. Muchas veces los Reyes de Aragón vistiendo la antigua *Dalmática* fueron ungidos en éste *Presbiterio* de manos del Obispo. Se encuentran allí sepulcros de reyes, infantes, prelados y príncipes, cuyas lápidas no me detengo á leer. En el trascoro, en el centro de un tabernáculo formado por seis hermosas columnas de mármol negro, se venera el *Santisimo Cristo de La Seo*, alumbrado continuamente por tres buenas lámparas de plata puestas allí por un Obispo de Albarracín, que, siendo penitenciario de aquella Catedral, se quejaba ante este Crucifijo de sufrir amarguras é injusticias y oyó la voz del Santísimo Cristo que le decía *Y tú, ¿qué haces por mí?* asunto que representa una estatua de mármol blanco al lado de la Epístola: está el Obispo de rodillas en actitud de orar.

Tiene esta iglesia cabildo propio que se cambia con el del Pilar cada año el día 1.º de Abril. A la sazón se están celebrando oposiciones á una canon-gía, llevando la mejor parte un joven navarro que parece muy familiarizado y veterano en estas lides, arguye al disertante y lo señala la opinión como el futuro canónigo; he visto sus ejercicios. Allí he tenido el gusto de saludar al Sr. Maserico, penitenciarío, antiguo magistral de Ciudad-Real.

Por la tarde á las cinco tomamos chocolate con D. Eustaquio y después, á instancias mías, salimos á pasear por *Monte Torrero*, el *Coso* y *Santa Engracia*, famosos sitios y teatro de la heroica y tenaz defensa de los zaragozanos contra los franceses; pero no se ve ni un rastro, ni una huella, ni nada, en fin, de lo que yo esperaba, porque aquellos sitios hermoseados y modernizados han perdido su carácter y no son más que buenos paseos, hermosas calles de exuberante vida y animación. La calle del Coso, la de Alfonso I y el paseo de Santa Engracia, que hoy se llama de la Independencia, con sus adyacentes, son lo mejor y más moderno de Zaragoza. Me parece ordinario el monumento que sirve de base á *Neptuno*, el de las aguas, levantado en el mismo sitio en que fueron quemadas las cenizas de los Innumerables, frente al *Arco de Civejio*, llamado *Porta Cinerum*, erigiendo los fieles una *Cruz* que se llamó la *Cruz del Coso*, sustituida por una capilla construida por orden de los Diputados del Reino en 1592. En el día 3 de Noviembre de cada año se celebraban en esta capilla Misas á expensas de la Real Audiencia, á las que asistían los magistrados, personajes distinguidos é inmenso concurso de pueblo, pero de ella no quedaron ni los cimientos y para

honrar la memoria de aquellos que con su sangre inmortalizaron aquel sitio, tuvieron la *feliz* ocurrencia de abrir una fuente, coronada por *Neptuno*, una de las divinidades gentílicas, ante las cuales no quisieron doblar sus rodillas Santa Engracia y sus compañeros de martirio. Me dicen que muy pronto desaparecerá este vulgar monumento y que en su lugar levantarán otro á los heróicos defensores de Zaragoza. Me gusta este pensamiento que significa la Patria en lugar de la idea pagana, alternando con la Cruz, y bien ejecutado puede resultar de un simbolismo consolador. Levántese en el sitio de la antigua *Porta Cinerum* un monumento que sea una alegoría de la Patria, su bandera rematada por la Cruz, perpetuando la memoria de los que por esas dos santas ideas se sacrificaron.

A la izquierda del paseo, yendo á *Monte Torrero*, está el convento de Santa Engracia, hay cuartel, en el que *Palafox*, enfermo y sin casi defensores en la inmortal ciudad, contestaba aquel famoso parte negando la capitulación intimada por *Lefebvre*, ya dueño de Zaragoza. La historia nos ha legado intactos esos partes y los consigno aquí, son estos: *Cuartel General de Zaragoza. Paz y capitulación.*—*Lefebvre. Cuartel general de Santa Engracia. Guerra y cuchillo. Palafox.*

Contigua á este convento está la iglesia, hoy Párrquia de Santa Engracia, perteneciente á la jurisdicción del Obispo de Huesca, con casa para el párrroco y coadjutores. Tiene un magnífico pórtico de mármol y alabastro plateresco con los cuatro Doctores de la iglesia, estátuas de reyes, delicada ornamentación y filas de serafines, pero toda esta artística riqueza está en desacuerdo con el interior del templo,

recientemente restaurado, casi desprovisto y desnudo.

La capilla de Santa Bárbara también de reciente construcción y como la iglesia es humilde y modesta. La imagen de la Santa es muy moderna, hecha quizá en el mismo Zaragoza ó en los talleres de Barcelona, tiene la mano izquierda apoyada en un castillo y forma el retablo una bien combinada decoración de bombas, granadas y bayonetas, así como los candeleros y candelabros formados por carabinas, espadas y machetes. Al lado izquierdo en esta capilla se abre la puerta y escalera que conduce al subterráneo ó cripta que son verdaderas catacumbas, donde se veneran las cenizas de los Santos Mártires y están formadas por cinco naves de bóveda algo baja y sin la necesaria y conveniente ventilación, á fin de preservar de la herrumbre y orín los sepulcros y urnas cinerarias. A la entrada se ve la columna donde, según la tradición, fué martirizada Santa Engracia. Parece que constituye el altar mayor un sepulcro sobre el cual está la imagen de la Santa entre sus compañeros y á sus lados dos urnas con inscripción latina que en castellano dicen: *Aquí los huesos, las cenizas amasadas con sangre. En esta urna está el tronco de nuestro mártir Lamberto*. Las cabezas de este Santo, Santa Engracia y San Lupercio se conservan en una urna que no quiero llamar modesta, sino pobre, indigna del rico tesoro que custodia. Entre los demás sepulcros, casi todos iguales, en uno solo se leen confusamente aunque ayudados por la luz estos nombres: *Incratia, Petrus. Floria. Aulus. Aco. Marta*. Se nota sobriedad en los adornos, que no dejan de inspirar pensamientos profundos, viéndose algunos buenos relieves, si bien muy deteriorados por la humedad y por esta causa confusos é indes-

cifrables, representando al parecer la curación del ciego de nacimiento, igual á otro que he visto en Roma, las bodas de Caná y otros asuntos. Existe en el centro de la cripta un pozo que se abre solo para los reyes y príncipes cuando visitan estas catacumbas: está lleno de huesos y restos de los Santos Mártires.

Siguiendo el paseo se ve la estatua de *Pignatelli* levantada en la *Glorieta* de la calle de la *Independencia* en memoria y testimonio de gratitud al sabio canónigo, autor del *Canal Imperial*, *Palacio Arzobispal*, *Plaza de Toros*, *Hospicio* y otras obras importantes. Seguimos subiendo hacia *Monte Torrero*, desfilando en el poco tiempo que nos quedaba de la tarde por huertos, jardines, quintas, interminables paseos de gigantescos y copudos árboles que hacen un delicioso sitio de recreo, ameno y de hermosas vistas panorámicas. Regresamos á casa sin ver señales, ni vestigios de aquella lucha titánica y espartana contra Napoleón. No queda de aquella sublime epopeya más que el fuego santo del patriotismo, la devoción ingente, el culto, la fé, el amor á la *Pilarica* que es su alma, su aliento y su vida; devoción y fé, culto y amor que solo puede aquilatar el que lo ve en todas partes, en las costumbres, en las artes, en las leyendas, en los cantares, en la poesía, en la música de Aragón, en el aire que se respira y hasta en las tejas y adoquines de Zaragoza.

En la calle de Alfonso I he tenido el gusto de abrazar á mi amigo el ilustrado capitán de ingenieros, D. Natalio Grande, que al punto que me conoció se desprendió de un grupo de compañeros de armas y me acompañó hasta la fonda. Mucho sentía salir de Zaragoza sin saludarlo, pero ni D. Eustaquio

sabía las señas de su casa, ni pudimos averiguarlas: su encuentro me causó verdadera satisfacción.

XVI

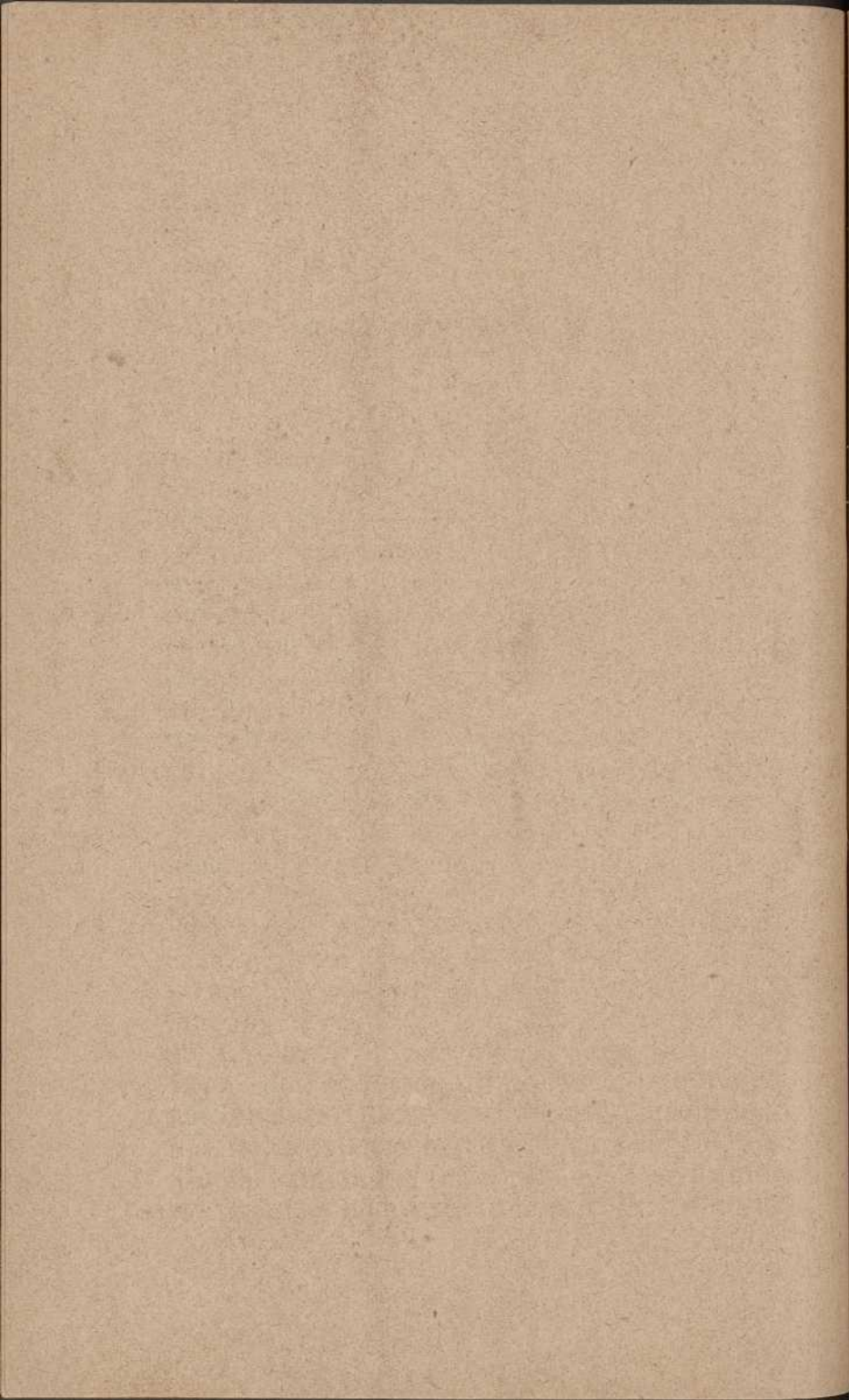
A las 7'45 salimos para MADRID sin que tenga nada de particular el camino, ni el túnel de *Medinaceli*, que es como otro cualquiera. A las 2'10 de la tarde pasamos por *Santa Maria de Huerta*. Pegada á la estación está la posesión del *Marqués de Cerralbo*, que ocupa una vasta extensión de terreno. Dos cenadores de hierro desnudos hay frente á la verja de entrada, que se abre entre dos pilares de piedra rematados por coronas de marqués, con las armas de los *Cerralbos*, algunas estatuas al parecer se descubren al otro frente del edificio. En esta señorial mansión, museo de arte y riqueza, se han reunido los próceres y personajes importantes del carlismo y se han tratado importantes cuestiones políticas, siendo jefe de este partido el actual ilustre marqués D. Enrique Aguilera. *Azuqueca* 8'15 de la tarde. Pequeño pueblo con pobre estación que lo apunto únicamente porque me recuerda la histórica milagrosa imagen de la Virgen, que, á las orillas del *Jabalón* tiene su asiento, desde el cual envía sus miradas y maternales afectos á los hijos de *Granátula*. A las 9'35 llegamos á Madrid, de donde salimos el día 9 á las 7 de la mañana para La Calzada, término de nuestro viaje, arribando con toda felicidad y con el natural cansancio de una expedición de veinticuatro días.

XVII

Hé concluido:

Satisfecho estoy de haber realizado viaje tan feliz, tan lleno de cristianas emociones, tan saturado de inefables alegrías que me reintegran con usura de las molestias consiguientes y de sacrificios pecuniaros, de gran monta en relación con una situación ni desahogada, ni mucho menos, próspera y opulenta. Hace muchos años que me tracé un proyecto de viaje cuya primera etapa acabo de recorrer: pido á Dios que me permita realizarlo todo, visitando los Santos Lugares de Palestina, el Carmelo y el Tabor, regresando por Asís y Loreto á Roma, capital de la Cristiandad, centro de la fé, eje en derredor del cual ha de girar el mundo, para volver á gritar con toda la fuerza y aliento de una conciencia católica: ¡Viva el Papa Rey! ¡Viva el sucesor de San Pedro! ¡Viva el Vicario de Jesucristo en la tierra!





APÉNDICE

Ni vanos alardes de mentida erudición, ni la insidiosa intención de presentar tentador cebo á la imaginación, fatigada ya por mi fria y desaliñada prosa, me lleva á escribir estas líneas, por vía de despedida de mis benévolos lectores, que muy mucho lo serán si paso á paso han llegado á leer el epígrafe de este humilde trabajo con que completo «Mis impresiones.» Paréceme que la historia de un viaje de peregrinación á la Ciudad Eterna como testigo y actor, con el piadoso objeto de ganar el Jubileo, exige, que en capítulo aparte se diga algo de lo que este es y significa, gracias que concede y obras necesarias para lucrarse, sin omitir su origen, ni la enumeración de los que registran los anales de la Iglesia. No pretendo, sin embargo, desarrollar el hecho histórico tal cual es en sí, ni presentar una disertación acabada y completa, adornada con las galas del buen decir y repleta de vigorosa argumentación, pidiendo plaza entre tantos como del Jubileo se han ocupado con indiscutible competencia, desde que León XIII publicó la Bula *Properante ad exitum sæculo*. Sin méritos para ello, mis aspiraciones son

más modestas. Dar una idea lo más breve y sucinta posible del Jubileo, llamado por algunos Papas y autores eclesiásticos el segundo Bautismo. Tal es mi objeto. El carácter de este libreo más piadoso que histórico y literario lo pide. Mis lectores tienen derecho á esperararlo. Yo con su benevolencia deseo conseguirlo.

I

Gracia, misericordia, perdón, amnistía: esto significa y es el Jubileo: un perdón generosísimo de nuestros pecados, una amplia y universal amnistía del reato de nuestras culpas; tan completa, tan verdadera, tan eficaz, que este Jubileo plenísimo de Nuestro Santísimo Padre León XIII es para el mundo católico más que para el pueblo de Israel eran sus años jubilaes, según leemos en el capítulo 25 del Levítico, versículos 10 y 11 «Clamarás con la trompeta, decía Moisés al pueblo de Israel, en el día décimo de cada mes, tiempo de propiciación en toda vuestra tierra. Y santificarás el año quinquagésimo y le llamarás remisión para todos los habitantes de la tierra, pues el mismo es Jubileo. Volverá el hombre á sus posesiones, y cada uno tornará á su familia primitiva.» Por esto el Año Santo de la Iglesia Católica dista tanto en valor del Jubileo del pueblo de Israel, cuanto que es superior la realidad á la figura y sus gracias se refieren todas al orden espiritual, mientras en aquél se atendía principalmente

al bienestar temporal, á las ventajas del orden económico y social. De aquí que podamos decir, que el Jubileo es de institución divina, ordenado por Dios á los Hebreos, que, si en el año sabático tenían y disfrutaban favores y privilegios, eran mayores y más singulares y especiales los que lograban el año del Jubileo.

Derivase esta palabra, según unos, de la hebrea *Jobel* que significa bocina, porque se anunciaba el Jubileo con una bocina, que tocada de cierto modo significaba *libertad ó exención*; otros dicen que significa *quincuagésimo*. Belarmino y otros dicen que se deriva del verbo ó palabra hebrea *Jubal*, que significa *producir ó germinar*, porque en aquel año quincuagésimo la tierra producía los frutos sin cultivo; pero parece más fundada la opinión de los que la hacen derivar de volver ó restituir, porque según se dice en los citados versículos, se libraban las posesiones y se concedía libertad y derechos á los esclavos, celebrando así la salida de Egipto y de la esclavitud de los Faraones. Y como todo el Antiguo Testamento no es otra cosa que sombra y figura del Nuevo y sus ritos y ceremonias son prefigurativas de las más ricas y abundantes de la ley de Gracia, aquel Jubileo israelítico era la sombra del Jubileo de la humanidad perdida en el primer día del mundo, que con la venida de Cristo había de ser restaurada á su primitivo honor y heredad y había de alcanzar la absoluta liberación de la esclavitud del demonio. Por esto el Salvador del mundo, que no vino á quebrantar sino á cumplir la ley, an-

siando salvar y buscar lo que se había perdido, entregó á San Pedro y en él á sus sucesores las llaves del cielo; vinculando en su Iglesia las superabundantes satisfacciones de su Pasión y Muerte, las de su Santísima Madre y las de los Santos, conservados en el tesoro de la Iglesia para que ésta según su arbitrio los distribuyese y concediese á los fieles. De esta facultad y poder de la Iglesia es el Jubileo del Año Santo que es como una segunda redención, la salvadora tabla en el naufragio del pecado, el medio más fácil y seguro de unir la criatura con el Criador, el cielo con la tierra, Dios con el hombre.

El Jubileo es ordinario ó extraordinario, según que se conceda en el tiempo ordinario ó que sea por alguna causa grave ó suceso en que en alto grado se interese la paz de la Iglesia, su triunfo sobre los enemigos ó la causa de la humanidad. Alejandro III concedió el llamado Compostelano que se celebra en Santiago de Compostela, todo aquel año en que la fiesta de Santiago Apóstol cae en Domingo. En todo caso siempre el Jubileo es un indulto pontificio, por el que se concede Indulgencia Plenaria y grandes privilegios á los que satisfacen ó cumplen las obras prescriptas en la Bula de indicción.

II

La celebración del Jubileo es tan antigua como la Iglesia, puesto que, venía practicándose mucho tiempo hacía, cuando Bonifacio VIII

acrecentó su solemnidad, fijando taxativamente el tiempo de su celebración, obras que se habían de practicar y gracias que se habían de conseguir. No faltan autores que aseguran, que en tiempo de los apóstoles San Pedro y San Pablo se celebraron Jubileos y citan los de los años 49 y 50 del Nacimiento de Cristo. Pero en 1300 Bonifacio VIII celebra su Jubileo señalando la celebración de éste cada cien años, como ya de antiguo venía practicándose, según declara en su extravagante «*Antiquorum se ad hujusmodi constitutionem edendam impulsam esse, quia vulgatum est, quod talis Indulgentia in annis centesimis á Nativitate Christi olim concedi solebat.*» Parecióle sin embargo á Clemente VI excesivo el espacio de cien años y atendiendo á los ruegos y súplicas de los fieles cristianos, á la brevedad de la vida humana y á los uberiores frutos de santificación que se lograban con los Jubileos, en su bula *Unigenitus* en 1343 ordenó, que se verificase cada cincuenta años, celebrándose por consiguiente el suyo en 1350, el primero cincuentésimo, estando él en Aviñón; no sin que el Cardenal Cayetano le representase en Roma á donde acudieron más de dos millones de peregrinos, entre ellos Santa Brígida y Santa Catalina, su hija.

Creado Papa Urbano VI en 1378 instituyó, en memoria de los treinta y tres años que Nuestro Señor vivió entre los hombres, la celebración del Jubileo cada año trigésimo tercero, y en efecto acordó uno para 1390; pero murió antes de este año y lo celebró su sucesor Bonifacio IX; al que si en verdad acudie-

ron muchos peregrinos, no fueron tantos como en los anteriores por motivo del Cisma de Occidente. Este mismo Papa llegado el año 1400 permitió que se celebrase el Jubileo centenario, volviendo á lo dispuesto por su antecesor Bonifacio VIII. La peste fué causa de que este Jubileo no se viese muy concurrido. Martino V en 1423 sigue la reducción de Urbano VI y contando desde 1390 celebra su Año Santo, al que acude reducido número de peregrinos por causa de las guerras de Francia, Alemania y singularmente de Italia.

Nicolás V poniendo en vigor el decreto de Clemente VI concede Jubileo el año cincuentésimo celebrándolo en 1450. Incontable número de peregrinos fué á Roma con este motivo, pereciendo no pocos ahogados en el Tiber, por la rotura de uno de sus puentes; el Papa hizo las estaciones completamente descalzo. Paulo II considerando, que el intervalo de cincuenta años era mucho tiempo y que por esta causa no podrían muchos ganar la Indulgencia del Jubileo, dispuso, que se celebrase cada veinticinco años *ut omnis etas tanti thesauri particeps efficeretur*. Lo decretó así en 1470 en la Bula *Inefabilis providentia*, pero una apoplejía fulminante lo llevó al sepulcro en 1471, y su sucesor Sixto IV lo concedió en 1475, llegando á Roma como peregrinos Fernando I rey de Nápoles, Cristian I de Dinamarca, Carlota reina de Chipre, Catalina de Bosnia, Alfonso, duque de Calabria y Andrés del Peloponeso, con infinitad de extranjeros de todas las clases sociales.

Confirmó Sixto IV el decreto de Paulo II y desde entonces hasta hoy se celebran los Jubileos ordinarios cada veinticinco años. En 1500 se celebró por Alejandro VI, albergando Roma gran número de peregrinos de todos los países. En 1525 el de Clemente VII llevó pocos peregrinos á la Ciudad Eterna á causa de las nacientes heregías alemanas, las guerras y las irrupciones de los turcos en Austria. En 1550 á pesar del incendio protestante fueron muchos los que lucraron el Jubileo de Julio III. En 1575 en el de Gregorio XIII se lograron muchas é importantes conversiones de protestantes. Asistieron á él el santo Arzobispo de Milán, Carlos Borromeo, Torcuato Taso, famoso poeta autor de *la Jerusalem* y otros muchos insignes peregrinos. Parece que hay razones para creer, que este Papa quiso que se celebrasen Jubileos cada quince años, pero es lo cierto que no llegó á decretarlo; también fué descalzo en las procesiones. En 1600 Clemente VIII con su Jubileo llevó á Roma más de tres millones de peregrinos, que devuelven la paz á la Europa. Se admiraron los romanos del fervor y espíritu religioso de dos solemnes procesiones de veinticinco y treinta mil católicos.

Urbano VIII celebró el suyo en 1625 concurriendo muchos peregrinos; igualmente que en el de Inocencio X en 1650 y en el de Clemente X en 1675

En el de Inocencio XII en 1700 fué grande la afluencia de peregrinos, pero el Papa no pudo cerrar la Puerta Santa porque murió en

28 de Septiembre de 1700, haciéndolo su sucesor Clemente XI elegido en 25 de Noviembre del mismo año. En 1725 celebra el suyo Benedicto XIII y en 1750 Benedicto XIV, al que concurre inmensa multitud. También Pío VI tiene Año Santo en 1775, alojándose en el Hospicio de la Trinidad de Roma más de ciento cincuenta mil peregrinos. Las circunstancias por que atravesaba la cristiandad en todo el siglo XVIII, fecundo en revoluciones y errores, fué causa de que no arribaran á la Ciudad Eterna mayor número de fieles; se contaron sin embargo numerosas conversiones.

Al fin de este siglo estalla la Revolución francesa, se enciende la guerra europea, las legiones de Napoleón saquean á Roma y hacen prisionero al Papa, que llevado á Francia muere, víctima de la Revolución en *Valence del Ródano* en 29 de Agosto de 1799. Dolorosa horfandad llora la Iglesia siete meses; por esto y por las circunstancias azarosas de la Europa de aquellos días no se celebra Jubileo en 1800. Los aliados consiguen algunas victorias sobre los ejércitos de Francia; estas aunque no decisivas, permiten á los cardenales reunirse en cónclave en Venecia y eligen Papa á Pío VII en 14 de Marzo, aunque no pudo hacer su entrada en la capital del mundo católico hasta el 3 de Julio del mismo 1800. En 1823 es elegido León XII. Más libre la Iglesia y más despejado el horizonte no faltan sin embargo dificultades para la celebración del Jubileo ordinario de 1825. Su sola enunciación suscita intrigas y oposiciones, si

bien encubiertas de parte de algunos gobiernos, decididos á impedirlo y estorbarlo; los planes de los diplomáticos se estrellaron en la inflexible resolución del Papa que concedió el Jubileo plenísimo, publicando á 27 de Mayo de 1824 su breve *Cum multa in urbe*, que fué recibido por toda la cristiandad con singulares muestras de alegría y regocijo. Restablecido Pío IX en su dominio temporal por las armas francesas y vuelto de su refugio de Gaeta bien quisiera en 1850 convocar á Roma á todo el mundo cristiano; pero era más aparente que real la seguridad y restauración del orden en la ciudad; y la pacificación de los espíritus levantiscos y revolucionarios del pueblo era laborioso trabajo que requería estudio, tiempo y meditación.

Sin duda el Año Santo hubiera llevado á Roma falanges de peregrinos de todas las naciones y de todas las clases sociales, pero era en extremo peligrosa la aglomeración en aquel, poco antes, teatro de una revolución impia y sacrilega, preparada y dirigida por las sectas y arteramente amparada por algunos gabinetes contra la idea cristiana. Más, para que los fieles no se viesen privados de la gracia de la Indulgencia, concedió una Plenaria en forma de Jubileo *urbi et orbi* por todo el año 1850. Así, aquel año fué testigo del retorno del Papa á su trono y los fieles pudieron gozar de las gracias jubilares, pero no se abrió la Puerta Santa. El mismo Pontífice celebró el ordinario de 1875. Aunque despojado de sus dominios temporales y rodeada

la Iglesia de tribulaciones no dejó de celebrarse este Jubileo, recibiendo el Papa de la Inmaculada inestimables consuelos que llenaron su corazón de alientos y esperanzas.

Estos son los Jubileos de que se tienen datos históricos, celebrados por los R. Pontífices como ordinarios. En las circunstancias graves de la Iglesia y al subir el Solio Pontificio solían conceder también Jubileos extraordinarios. Entre los varios de éstos de que se tiene noticia solo apunto los concedidos por Pio IX. Siguiendo este Pontífice la costumbre de sus predecesores inaugura su reinado tan rico en amarguras y triunfos concediendo un Jubileo extraordinario, rogando que todos los fieles dirijan sus oraciones al cielo para el mejor acierto en sus elevadas funciones de Rey y Vicario de Jesucristo. Firma las Letras Apostólicas en Santa María la Mayor á 20 de Noviembre de 1846, primero de su pontificado. Posteriormente en 1869 concede otro extraordinario plenísimo, como preparación y para impetrar del Señor el buen éxito del Concilio Vaticano.

El presente concedido por León XIII á 11 de Mayo de 1899 es el último de los ordinarios. Como todos los demás concede grandes é inapreciables privilegios y gracias, siendo la principal la Indulgencia Plenaria, que es una amnistía y perdón absoluto y total de la pena temporal merecida por los pecados mortales, ya confesados, y por los veniales cuyo reato de pena temporal no se ha pagado convenientemente. Puede elegirse confesor entre los

aprobados, y en favor de los fieles se concede á los confesores designados á este efecto y penitenciaros de Jubileo la fácultad de absolver de censuras, excomunión, suspensión, entre dicho y reservados, exceptuados los dos casos de la constitución *Sacramentum Penitentiae* de Benedicto XIV (1) y las censuras nominales. Pueden los confesores conmutar, dispensando á los penitentes los votos, aunque estén hechos bajo juramento y sean reservados, excepto los de religión, perpétua castidad y los que fueron hechos en beneficio de tercero. También se dispensa la irregularidad por violación de censuras.

En Roma en las cuatro Basílicas mayores hay penitenciaros para todas las lenguas y en más de sesenta iglesias igualmente confesores deputados para las dispensas y fácultades del Jubileo. No es menester preguntar por ellos, pues en sus respectivos confesionarios tienen la inscripción «*Pœnitentiarius pro anno Jubilei* y debajo, esta «*Pro lingua gallica, pro lingua hispana, pro anglica lingua* para mayor facilidad y comodidad de los extranjeros.

(1) Habiendo de concederse la gracia del Jubileo á toda la cristiandad, para que los fieles puedan lucrarla en sus respectivas parroquias en el año próximo deben los confesores leer los comentarios de la Bula jubilar por Tomás Arizoli, Misionero Apostólico y oficial de la S. Penitenciaria. Roma 1900. La Bula de Benedicto XIV. *Benedictus Deus* es clásica y fundamental en lo que se refiere á la extensión del Jubileo.

IV

Para lucrar las gracias jubilares son de absoluta necesidad practicar las obras prescriptas en las Bulas de indicción que son siempre, entre otras, la Confesión y Comunión á los fines del Jubileo, sin que baste el cumplimiento del precepto pascual, y las visitas y oraciones. En Roma solamente se visitaban las iglesias de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, pero en 1343 ordenó Clemente VI ó su delegado el Cardenal Cayetano, que se visitase también la de San Juan de Letrán; en 1373 dispuso Clemente XI que se hiciese visita á Santa María la Mayor, y desde entonces son estas cuatro Basílicas las iglesias jubilares, teniendo la última por mucho tiempo el privilegio de la apertura ó inauguración del Jubileo.

En estas visitas se ha de orar. Sabido es, que la oración es la llave que nos abre las puertas del cielo, para que descendan sobre nosotros las bendiciones de Dios y hace una suave violencia á su justicia para concedernos el perdón. Por ser tan eficaz y poderosa para luchar y vencer nos la recomienda el Salvador con su palabra y ejemplo, hasta el punto de haber hecho principio inconstatable que Dios, en su providencia para la salvación de los hombres, ha elegido la oración como medio infalible para concederles sus auxilios eficaces «*Pedid y recibireis*». Por esto se

ha de rogar en todas las visitas por la intención de Su Santidad, exaltación de la Santa Iglesia, extirpación de las herejías y por la paz, concordia y salud de los principes y pueblos cristianos.

¿Cuáles preces y oraciones serán estas? La S. Congregación del Indice declaró, que basta que la oración se haga *implicite secundum mentem Pontificis*. Se ha de estar por lo tanto á lo que dispongan los Obispos en sus diócesis respectivas ó los directores de peregrinación.

Pero habiendo de ser preces vocales; ¿cómo podrán los sordo-mudos suplir la imposibilidad que tienen, de recitar las que se prescriban para ganar las Indulgencias? Discutido detenidamente este punto en el Vaticano en 16 de Febrero de 1852, los Emmos. Cardenales, conformándose con el voto del consultor, propusieron y la Santidad de Pío IX á 14 de Marzo de dicho año decretó: 1.º «Que, si entre las »obras prescriptas para ganar la Indulgencia »hubiera la visita de Iglesias, los sordo-mudos »están obligados á esta visita, aun cuando »solamente elevasen á Dios su espíritu y afectos piadosos: 2.º Que si entre las obras hubiese preces públicas, los sordo-mudos pueden ganar las gracias anejas á las mismas, »pero unidos en cuerpo á los demás fieles que »oran en el mismo lugar, elevando igualmente su espíritu á Dios con afectos devotos de »corazón, y 3.º Que tratándose de oraciones »privadas, los confesores de los sordo-mudos »podrán conmutar las oraciones en otras obras

»pías, manifestadas de cualquier modo, según
»crean conveniente en el Señor.»

En resumen: las obras necesarias para ganar este Jubileo, igual que todos los ordinarios, son la confesión y comunión, las oraciones y visitas. En los extraordinarios se exige además uno ó más dias de ayuno y alguna limosna, aunque esto no es lo general.

V

Durante el Año Santo solo quedan en vigor las Indulgencias *pro defunctis* y se suspenden casi todas las de *pro vivis* aun en Roma y las facultades especiales de la Santa Sede en cuanto á reservados, dispensas, etc. La causa de esta suspensión es, *ne usu Indulgentiarum impediatur accessus ad urbem*, como dice Sixto IV en su extravagante *Quemadmodum de pœnitentia et remissione*. Sin embargo, quedan en todo su vigor las concedidas *in articulo mortis* y las de los altares privilegiados. Así consta de la Bula y así declararon también en su tiempo Urbano VIII, Inocencio X y Clemente X. Igualmente están en vigor las concedidas por Benedicto XIII á los que al toque de campana recitasen el *Angelus Domini* ó *Regina Cœli*, según el tiempo, y las que se conceden á los que acompañan al Santo Viático y visitan al Santísimo Sacramento en los ejercicios de las Cuarenta Horas. También quedan en todo su vigor las concedidas *adeuntibus pietatis causa*

al templo de Santa Maria de los Angeles de Asís, desde las visperas de las kalendas de Agosto hasta el ocaso del sol del siguiente día y las de la visita á la Santa Casa de Loreto. Esto mismo concedieron Gregorio XIII, Clemente X y otros Pontífices. Así mismo quedan vigentes las concedidas por los Cardenales, Legados *a latere*, Nuncios, Obispos y Arzobispos *in usu Pontificalium*.

VI

Al principio el Jubileo se lucraba solamente en Roma durante el Año Santo, hasta Bonifacio IX que hizo concesiones jubilares á varias diócesis de Alemania, Austria y otras naciones y lo mismo hicieron sus sucesores; pero Alejandro VI en 1500 lo extendió á toda la cristiandad, á condición, de contribuir con limosnas para la guerra contra el Imperio otomano. Se suprimió después esta especie de contribución, quitándole toda sombra de fines terrenos y se hizo costumbre, de que al año siguiente del Jubileo en Roma el Papa lo extiende y concede á todo el orbe católico. Siguiendo esta costumbre, se espera que el actual Pontífice, ansioso y solícito por el bien de sus hijos, haga una concesión semejante, y entonces se podrá lucrar el Jubileo en todas las iglesias del mundo al tenor de lo que dispongan los Prelados diocesanos en cuanto al tiempo, oraciones, iglesias y visitas; pero es

indispensable la confesión, comunión y visita de iglesia á los fines del Jubileo. (1)

VII

Como antes he dicho, no hay expresamente mandadas determinadas oraciones para los fines del Jubileo, ni para las visitas á las Basílicas ó iglesias, y cada peregrinación suele rezar las que ordenan los Prelados diocesanos ó sus delegados en la dirección de los peregrinos. Generalmente son las Letanias de todos los Santos, oraciones de los titulares, de la Virgen y estación al Santísimo Sacramento.

EJERCICIO JUBILAR

Postrado de rodillas ante el Altar Mayor de la iglesia parroquial, hecha la señal de la Cruz se reza la siguiente

ORACION PREPARATORIA

¡Oh Divino Redentor Jesús! Aquí teneis postrado á vuestras plantas uno de los pecadores, que aunque redimido con vuestra sangre preciosa y hecho hijo adoptivo mediante la gra-

(1) Para ganar el Jubileo basta, que la última obra de las prescritas se haga en estado de gracia. Por consiguiente, quien antes de ejecutar las obras mandadas cayere por su desgracia en pecado mortal, debe nuevamente confesarse antes de hacer la última, advirtiéndole, que no basta la contrición perfecta, pues Benedicto XIV exige la absolución sacramental. *Inter præteritos.*

cia, con derecho á la herencia de la gloria eterna, tantas veces, sin embargo, os ha ofendido; asistidme os ruego con vuestro favor en estos momentos, á fin de que consiga la Indulgencia Plenaria y remisión de todos mis pecados, que detesto con verdadero dolor. A este fin me uno á la intención del Sumo Pontífice, deseando en un todo conformarme con ella, para que, juntamente con la santificación de mi alma, consiga la exaltación de la Santa Iglesia, la extirpación de todos los errores y herejías, la concordia entre los príncipes cristianos y la paz entre todos los hijos de la Iglesia Católica. Así os lo suplico por los méritos infinitos de vuestra Pasión y Muerte, los de vuestra Madre Santísima la Virgen María, vida y esperanza nuestra, y los de todos los ángeles, santos y justos. Amén.

Ahora se inicia el canto de las Letanias de todos los Santos, como en los días de rogativa, se organiza la procesión y al llegar á la iglesia, que se vá á visitar, se suspende el canto de las Letanias y se reza ó canta la siguiente

Ant. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem Crucis, propter quod, et Deus exaltavit illum et dedit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur coelestium, terrestrium et infernorum.

Ant. Humillose El mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, por lo que, el Señor le levantó y le dió un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla el cielo, la tierra y el infierno.

ŷ. Adoramus te Cris-
te, et benedicimus tibi.

R. Quia por Crucem
tuam redemiste mundum.

OREMUS.

Domine Jesu Christe
Filii Dei vivi, qui de cœ-
lis ad terram de sinu Pa-
tris descendisti et sangui-
nem tuum præciosum in
remissionem peccatorum
nostrorum fudisti, te hu-
militer deprecamur ut in
die judicii ad dexteram
tuam audire mereamur:
Venite benedicti. Qui vi-
vis et regnas etc.

ŷ. Os adoramos Cristo
y os bendecimos.

R. Que por vuestra
Cruz redimisteis al mun-
do.

ORACIÓN.

Señor mío Jesucristo,
Hijo de Dios vivo, que
descendisteis del cielo á
la tierra y derramásteis
vuestra sangre preciosa
para remisión de nuestros
pecados, humildemente os
pedimos, que en el día del
juicio, colocados á vuestra
mano derecha, merezca-
mos oír aquellas palabras:
Venid benditos de mi Pa-
dre. Que vivís y reináis &.

*Se vuelven á cantar las Letanias de los Santos y al
llegar á la segunda iglesia (1)*

Ant. Discite a me quia
mitis sum et humilis cor-
de.

ŷ. Jesu mitis et hu-
milis corde.

Ant. Aprended de mí,
que soy manso y humil-
de de corazón.

ŷ. Jesús humilde y
manso de corazón.

(1) Cuando no hay más iglesia que la parroquial, el or-
dinario está autorizado para mandar, que se visite tantas
veces la iglesia parroquial, cuantas son las que cada día de
los quince prescritos debiera visitar, es decir, cuatro veces
en el mismo día, y con algún breve intervalo entre una y
otra visita. Decret. Urbis et Orbis, 15 Mart. 1852.

R. Fac cor meum secundum cor tuum.

OREMUS.

Omnipotens sempiternus Deus respice in corde dilectissimi Filii tui, et in laudes et satisfactiones quas in nomine peccatorum tibi persolvit, atque misericordiam tuam petentibus tu veniam concede placatus in nomine ejusdem Jesu Christi Filii tui, qui vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus, por omnia sæcula, sæculorum. Amen. (1)

R. Haced nuestro corazón semejante al vuestro.

ORACIÓN.

Omnipotente y eterno Dios: inclinad vuestros ojos hácia el amabilísimo corazón de vuestro Hijo: mirad la satisfacción que él os ofrece en nombre de todos los pecadores; escuchad las alabauzas que os rinden, y aplacado por esos divinos homenajes, conceded el perdón á los que os le imploran en nombre del mismo Jesucristo, vuestro Hijo muy amado, que con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Continúa la procesión cantando las Letanías y al llegar á la tercera iglesia

Ant. Gaudent in cœlis animæ sanctorum, qui Christi vestigia sunt secuti: et quia pro ejus amore sanguinem suum fu-

Ant. Gozan en el cielo las almas de los justos, que siguieron los vestigios de Jesús, y porque derramaron por su amor

(1) El ejercicio en todas las iglesias se ha de terminar con la conmemoración del Patrono ó titular de ella.

derunt, ideo cum Christo
exultabunt sine fine.

ŷ. Exultabunt Sancti
in gloria.

Ŕ. Lætabuntur in cu-
bilibus suis.

OREMUS.

Iufirmitatem nostram
respice omnipotens Deus;
et quia pondus propriæ
actionis gravat, beatorum
martyrum tuorum Fabia-
ni et Sebastiani interce-
sio gloriosa nos protegat.
Per Dominum nostrum
etc.

su sangre, están gozando
para siempre con Cristo.

ŷ. Se gozarán los San-
tos en la gloria.

Ŕ. Y se alegrarán en
sus moradas.

ORACIÓN.

Atiende, oh Dios todo
poderoso, á nuestra fla-
queza y pues nos oprime
el peso de nuestros peca-
dos, alvíanos de él por
la intercesión de los bien-
aventurados mártires Fa-
bián y Sebastián. Por
nuestro Señor Jesucris-
to etc.

*Desde aquí la procesión regresa á la iglesia parro-
quial, donde se reza la estación al Santísimo Sacra-
mento y la*

Ant. O sacrum convi-
vium in quo Christus su-
mitur, recolitur memoria
pasionis ejus, mens imple-
tur gratia et futuræ glo-
riæ nobis pignus datur.

ŷ. Panem de cœlo
præstitisti eis.

Ŕ. Omne delectamen-
tum in se habentem.

Ant. Oh sagrado con-
vite en el cual se recibe
á Cristo, se recuerda la
memoria de su pasión, la
mente se llena de gracia
y se nos dá una prenda
de la futura gloria.

ŷ. Nos diste el pan
del cielo

Ŕ. Que tiene en sí to-
do deleite.

OREMUS.

Deus qui nobis sub sacramento mirabili passionis tuæ memoriam reliquisti, tribue quæsumus, ita nos corporis et sanguinis tui sacra mysteria venerari ut redemptionis tuæ fructum in nobis iugiter sentiamus. Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum. Amén.

ORACIÓN.

¡Oh Dios, que nos dejaste bajo tan admirable sacramento la memoria de vuestra pasión! os rogamus, que nos concedáis venerar de tal manera los sagrados misterios de vuestro cuerpo y sangre, que sintamos en nosotros suavemente el fruto de la redención. Que vivis y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

Después la de la titular de la parroquia.

Ant. ¿Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulcra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum accies ordinata? ¿Quæ est ista quæ ascendit per desertum sicut virgula fumi ex aromatibus myrrahæ et thuris?

Ÿ. Dignare me laudare te, Virgo sacrata.

R. Da mihi virtutem contra hostes tuos.

Ant. ¿Quién es esta que avanza como la aurora rutilante, bella como la luna, escogida como el sol y terrible como un ejército ordenado en campaña? ¿Quién es esta que sube del desierto como varita de humo que despiden los aromas de la mirra y del incienso?

Ÿ. Dignáos, Virgen sagrada, aceptar nuestras alabanzas.

R. Y dadnos valor contra vuestros enemigos.

OREMUS.

Concede nos famulos
tuos, quæsumus Domine
Deus, perpetua mentis et
corporis sanitate gaudere:
et gloriosa semper Virgi-
nis beatæ Mariæ inter-
cesione á præsentí libera-
ri tristitia et æterna per-
frui lætitia Per Chris-
tum Dominum nostrum.
Amén.

ORACIÓN.

Conceded á tus siervos,
oh Señor, la gracia de
gozar siempre de la sa-
lud del alma y del cuer-
po; y por la intercesión
de la bienaventurada
siempre Virgen María lí-
branos de la tristeza pre-
sente, dándonos á go-
zar de la eterna alegría.
Amén.

*Después se acaba la Letanía y se concluye el ejerci-
cio con las preces y oraciones como en las rogativas.*

LAUS DEO.

FÉ DE ERRATAS

PAG.	LIN.	DICE	LÉASE
VIII	18	ingentes ó sublimes	ingentes y sublimes
13	18	Roda	Rada
14	27	reecuerdo	remedo
16	11	Yo	Lo
32	22	carabineri	carabimèri
37	23	¿Ha ella il bousi?	¿Ha ella il biglietto?
43	33	reitorante	ristorante
43	34	ciceroni	cicerone
44	2	Pallazo	Palazzo
45	32	úndice	úndici
46	18	Maddona	Madonna
47	5	Alingheti	Mingheti
48	28	Borsamini	Borromini
53	19	Donas	Dórias
54	25	victato	vietato
57	1	lapi lázuli	lapis-lázuli
59	3	Mavonna	Navonna
60	1	Veetico	Vechio
63	5	Obrs	Ubrs
66	7	victato	vietato
68	8	mayorquines	mallorquines
69	18	un compañero	mi compañero
73	12	cerro	carro
86	5	Nigus	Negus
90	20	pregunta	pregunto
126	26	Civejio	Cinegio
127	18	hay cuartel	hoy cuartel
129	32	companeros	compañeros
137	12	impulsam esse	impulsum esse
138	24	ut omnis etas	ut omnis ætas

